

Sacerdote promotor de comunión y paz.



Programa de Formación Permanente 2023

Sacerdote promotor de comunión y paz



Programa de Formación Permanente 2023



ventas@fototecnia.com.mx

D. R. © 2022

Impreso y hecho en México.
Printed and made in México

Fototecnia, S.A. de C.V.

Miguel Blanco 1033 S.J. Zona Centro C.P. 44100
Tels. 3336 13 2479 | 3336 13 9347
Guadalajara, Jalisco, México..
ventas@fototecnia.com.mx

Todos los derechos reservados. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del autor.



Guadalajara, Jal. 6 de septiembre de 2022.

Asunto: Sobre los Ejercicios Espirituales y la Formación Permanente.

Los saludamos, esperando que Dios Nuestro Señor, esté llenando de bendiciones su ministerio sacerdotal.

El pasado miércoles 22 de septiembre 2021, en el marco de la Jornada de Estudio y Convivencia Sacerdotal, nuestro pastor, el Eminentísimo Señor Cardenal D. José Francisco Robles Ortega, nos dio algunas indicaciones sobre la formación permanente del presbiterio. Al no estar presente todos los sacerdotes en el estudio, nos ha pedido recordarles lo siguiente:

1. Invitamos a todo el presbiterio para que cada año asistan a las semanas de ejercicios espirituales y de formación permanente. Para los sacerdotes de hasta 5 años de ordenados, se les pide una semana completa de formación, quedándose a dormir y con una temática ofrecida por la Comisión Diocesana. Para los sacerdotes de 6 años en adelante de ordenación, se les ofrecen talleres de formación durante una semana, solo por la mañana. En el próximo año, se retomarán las semanas de formación permanente a tiempo completo para algunas generaciones.
2. Al estar permitido que los sacerdotes puedan tener sus ejercicios espirituales por generación o la semana de formación permanente, les pedimos lo siguiente:
 - Que quienes así lo vayan a realizar, avisen a la Comisión para la Formación Permanente o alguno de los Obispos Auxiliares coordinadores de la Formación Permanente que se van a organizar por separado, para no incluirlos en las tandas ordinarias. Indicando en su momento la fecha, el lugar, el proyecto de la semana de formación, los expositores y temática de ejercicios espirituales. Se tiene que avisar a más tardar en el mes de octubre del año anterior. De no avisar, entonces se integrarían a las tandas ordinarias por la Diócesis.



- Las generaciones de **hasta 5 años** de ordenados, **no podrán organizar** por separado las semanas de formación permanente, para poder aprovechar el proyecto global de formación que la Diócesis ofrece a estas generaciones, ya que se lleva un programa adaptado especialmente para ellos.

3. Se les recuerda a los párrocos y encargados de otras instituciones que, tanto para ejercicios espirituales como para la semana de formación permanente, la economía parroquial o de la institución a la que pertenece el sacerdote, dé al menos, el 50% del costo total. Así mismo dar todas las facilidades para que los Vicarios Parroquiales puedan asistir a las semanas de ejercicios espirituales y formación permanente.

4. A partir del año 2022, se tomará en cuenta la asistencia a estas semanas de formación o ejercicios para la renovación de licencias ministeriales.

5. Finalmente Invitamos al presbiterio a la asistencia al Decanato, los jueves de retiro o estudio. Pedimos a los Decanos estar atentos a la participación y de ser necesario motivar personalmente a los sacerdotes que se ausentan constantemente.

Agradecemos su entusiasmo y disponibilidad para aprovechar los diferentes medios que la Comisión Diocesana para la formación integral del presbiterio, ofrece en favor de los sacerdotes.

Mons. Manuel González Villaseñor.
Obispo Auxiliar y Coordinador de la CODIFIP.

Mons. Ramón Salazar Estrada.
Obispo Auxiliar y Coordinador de la CODIFIP.



Guadalajara, Jal. 6 de septiembre de 2022.

Asunto: Tanda de Formación Permanente Especial y Talleres de Formación Permanente.

Te saludamos deseando que la gracia y la paz de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote fortalezcan tu vida y tu ministerio presbiteral.

Nuestra vida sacerdotal requiere de constante renovación en cada una de sus dimensiones para sostenerse en fidelidad y alegría, es decir, requiere una adecuada formación permanente. Dicha formación requiere espacios y momentos concretos que lleven al presbítero a configurarse cada vez con Cristo a fin de ser verdaderos pastores en medio de nuestras comunidades (CIC 279; DVMP 86).

Por tal motivo, mediante las presentes letras queremos informarte que se han reiniciado las tandas de formación permanente para sacerdotes mayores a seis años de ordenación sacerdotal, atendiendo la acentuación de la periferia existencial de los sacerdotes en crisis en sintonía con nuestro VI Plan Diocesano de Pastoral: “En todo tiempo identificar las necesidades de nuestros sacerdotes para acompañarlos y vivir juntos nuestra misión de hacer presente a Cristo”.

Teniendo en cuenta esta necesidad hemos realizado un proyecto de pastoral presbiteral con el objetivo de *acompañar y servir a los sacerdotes mediante un proceso de revitalización integral y permanente para reavivar el don recibido en la ordenación y vivir su sacerdocio y su ministerio de manera más plena*.

La Comisión Diocesana para la Formación Integral del Presbiterio (CODIFIP) a partir de este verano ha comenzado con la realización de estas tandas de formación permanente, y durante los próximos años seguiremos con estas tandas a las cuales te invitamos a participar. Oportunamente te darás cuenta de la fecha en que toca la participación a tu generación.



Si tu generación no aparece en la programación de formación permanente especial entonces puedes asistir a alguno de los talleres que se ofrecen por medio de la CODIFIP.

Recordamos que es necesaria la participación en la formación permanente para renovar las licencias ministeriales.

Que la Madre de Salvador bendiga abundantemente tu ministerio presbiteral.

Con afecto fraterno,

Mons. Manuel González Villaseñor.
Obispo Auxiliar y Coordinador de la CODIFIP.

Mons. Ramón Salazar Estrada.
Obispo Auxiliar y Coordinador de la CODIFIP.

COMISIÓN DIOCESANA PARA LA FORMACIÓN INTEGRAL DEL PRESBITERIO

OBISPOS RESPONSABLES

Excmo. Sr. Obispo D. Manuel González Villaseñor
Excmo. Sr. Obispo D. Ramón Salazar Estrada

Pbro. Marco Antonio García Martínez
Secretario Ejecutivo

Pbro. José Federico Vaca Silva
Secretario Adjunto

Atziri Arjona Sepúlveda
Secretaria Auxiliar



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Pbro. Humberto Ascencio Plascencia
Pbro. Walter Omar Pérez Angulo

DIMENSIÓN INTELECTUAL

Pbro. Juan Carlos Mayorga Enríquez
Pbro. Paulo César Barajas García

DIMENSIÓN PASTORAL

Pbro. José de Jesús Arizaga Durán
Pbro. Santiago Navarro Chávez

DIMENSIÓN HUMANA

Pbro. Ramón Duarte Miranda
Pbro. Rafael Ramírez Lamas

**Pbro. Gregorio Godoy Rivas
Vinculación con el Seminario**



**ARQUIDIÓCESIS
DE GUADALAJARA**

⌚ 3316965442 www.formacionpermanenteegdl.org

ÍNDICE

Carta al Presbiterio 1.....	3
Carta al Presbiterio 2.....	5
Tandas de Ejercicios Espirituales y Formación Permanente.	
Calendario 2023 Celebraciones Diocesanas.....	12
Tandas de Ejercicios Espirituales 2023.....	14
Tandas de Formación Permanente para los primeros 5 años.....	15
Temas de los Retiros Espirituales.	
TEMA 1: La Sinodalidad y el mundo actual.....	17
TEMA 2: El sacerdote, hombre de paz y pacificador de los hermanos.....	25
TEMA 3: La fraternidad sacerdotal, expresión de comunión con Cristo.....	35
TEMA 4: El Sacerdote, signo de Comunión.....	47
TEMA 5: La primera comunidad en los Hechos de los Apóstoles.....	63
TEMA 6: La bienaventuranza del amor fraternal.....	79
TEMA 7: La vida de oración, espacio para construir la comunión con Dios y la paz con nuestros hermanos.	87

Temas de Estudio.

TEMA 1: Factores psicológicos que facilitan la comunión.....	95
TEMA 2: Desiderio Desideravi.....	107
TEMA 3: El sacerdote como agente de fomento y..... construcción de la paz.	117
TEMA 4: Fe y compromiso social, la participación en la..... comunidad humana, desafíos a la pastoral social en nuestro tiempo.	129
TEMA 5: El silencio para la sabiduría: los sacerdotes mayores.....	145
TEMA 6: Algunos desafíos para comunicar el Evangelio..... en la cultura actual.	155

**CELEBRACIONES
DIOCESANAS
2023**



EVENTO	LUGAR	FECHA	HORA
PEREGRINACIÓN AL SANTUARIO DE GUADALUPE	SANTUARIO DE GUADALUPE	VIERNES 13 DE ENERO	12:00 HRS.
MENSAJE DE CUARESMA	SANTUARIO DE LOS MÁRTIRES	MIÉRCOLES 15 DE FEBRERO	10:30 HRS.
ENCUENTRO FRATERNAL CON Sacerdotes JUBILADOS	SEMINARIO MAYOR	JUEVES 16 DE MARZO	11:00 HRS
MISA CRISMAL Y RENOVACIÓN DE PROMESAS	CATEDRAL METROPOLITANA	JUEVES 6 DE ABRIL	10:00 HRS
TORNEO DEPORTIVO	CANCHAS DE LA COCA-COLA	JUEVES 29 DE JUNIO	10:30 HRS.
ORDENACIONES SACERDOTALES	SANTUARIO DE LOS MÁRTIRES	DOMINGO 28 DE MAYO	10:00 HRS
JESUCRISTO SUMO Y ETERNO SACERDOTE	TEMPLO EXPIATORIO	JUEVES 1 DE JUNIO	11:00 HRS
DÍA DEL PARROCO	DEPORTIVO MORELOS	VIERNES 4 DE AGOSTO	11:30 HRS.
XXXI JORNADA DE ESTUDIO Y CONVIVENCIA	UNIVERSIDAD DEL VALLE DE ATEMAJAC UNIVA	MARTES 19, MIÉRCOLES 20 Y JUEVES 21 DE SEPT.	10:00 HRS.
TORNEO DEPORTIVO	CANCHAS DE LA COCA-COLA	JUEVES 19 DE OCTUBRE	10:30 HRS
POSADA SACERDOTAL	DEPORTIVO MORELOS	JUEVES 14 DE DICIEMBRE	10:30 HRS

**TANDAS DE EJERCICIOS
ESPIRITUALES Y
FORMACIÓN PERMANENTE
2023**



EJERCICIOS ESPIRITUALES

SEMANA	FECHA	GENERACIÓN
1º	DEL 6 AL 10 DE FEBRERO	2021 Y 2022
2º	DEL 15 AL 19 DE MAYO	2017 Y 2020
3º	DEL 12 AL 16 DE JUNIO	2011 / 2013 A LA 2016
4º	DEL 3 AL 7 DE JULIO	2000 A LA 2010
5º	DEL 17 AL 21 DE JULIO	1991 / 1992 / 1993 1994 / 1997 / 1999
6º	DEL 4 AL 8 DE SEPTIEMBRE	1977 A LA 1988
7º	DEL 23 AL 27 DE OCTUBRE	CONTEMPLATIVOS
8º	DEL 16 AL 20 DE OCTUBRE	1976 Y ANTERIORES
9º	DEL 13 AL 17 DE NOVIEMBRE	GENERAL ABIERTA

FORMACIÓN PERMANENTE

SEMANA	FECHA	GENERACIÓN	CASA
1º	DEL 23 AL 27 DE ENERO	2019	CASA DE ORACIÓN NAZARET
2º	DEL 6 AL 10 DE FEBRERO	2018	QUINTA SAN JOSÉ
ESPECIAL	DEL 8 AL 12 DE MAYO	CURSO DE INDUCCIÓN	CASA DE EJERCICIOS
3º	DEL 10 AL 14 DE JULIO	2022	QUINTA SAN JOSÉ
4º	DEL 7 AL 11 DE AGOSTO	2008 / 2009 Y 2010	QUINTA SAN JOSÉ
5º	DEL 14 AL 18 DE AGOSTO	2005 Y 2006	QUINTA SAN JOSÉ
6º	DEL 21 AL 25 DE AGOSTO	1993 / 1994 Y 1996	QUINTA SAN JOSÉ
7º	DEL 23 AL 27 DE OCTUBRE	2021	QUINTA SAN JOSÉ
8º	DEL 6 AL 10 DE NOVIEMBRE	1998	QUINTA SAN JOSÉ
9º	DEL 20 AL 24 DE NOVIEMBRE	2020	QUINTA SAN JOSÉ



TEMAS DE RETIROS ESPIRITUALES



TEMA 1 LA SINODALIDAD Y EL MUNDO ACTUAL.

*S. E. Mons. Ramón Salazar Estrada.
Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara.*

Recientemente se ha estado escuchando mucho sobre la Iglesia Sinodal, los Sínodos, la sinodalidad actual, etc. El presente escrito tiene la intención de ofrecer algunas líneas para la reflexión y, por supuesto, la futura toma de decisiones en el ámbito pastoral.

EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Enseña el Concilio Vaticano II, que “la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (LG, 5). La Iglesia, toda Ella, es misionera. Cada creyente ha recibido carismas para su propio bien y el de los demás, por lo mismo, ir a los otros es portar lo donado y trabajado.

- **Se es sinodal cuando se escucha y recibe.** Dios, por la gracia del Espíritu Santo, habla constantemente, según lo ha querido, a través de la Palabra, del Magisterio de la Iglesia y en cada persona atenta a la Buena Nueva de la Salvación.
- **Se es sinodal cuando se entrega.** Lo recibido por Dios será bien aceptado cuando se ofrece para el bien de todos, en la Iglesia y en el mundo. “Señor, cinco talentos me diste; aquí tienes otros cinco que con ellos he ganado” (Mt. 25, 20).
- **Se es sinodal cuando se está en comunión.** El bien y la verdad no son exclusivos para la persona en sí, para una determinada comunidad ni para un tiempo establecido. Siguiendo la enseñanza de San Pablo, Jesucristo se entregó a sí mismo en rescate por todos (cf. 1 Tim. 2, 6). La Iglesia no fue instituida para el bien de unos cuantos, de algunos pueblos, sino, incluso, para el bien presente y futuro de todos, aun cuando no conocen a Dios ni a sus medios ordinarios de salvación.

EN LA “REFORMA” DE LA IGLESIA

Frente a estas características de la sinodalidad es necesario puntualizar que la Iglesia ha pretendido ser fiel al Evangelio y desea continuar con esta tarea de la que en ocasiones se ha distanciado. No es que esta sea la novedad del Magisterio, sino que, precisamente, la Iglesia encontrándose con la Buena Nueva sabe que debe estar en un camino de constante y necesaria fidelidad a Cristo. Así, la escucha de la Palabra, el discernimiento frente a los signos de los tiempos (cf. GS, 4) y la misión evangelizadora son un dinamismo del que cada creyente y la Iglesia, Pueblo de Dios, jamás deberán exentarse.

- Resulta esencial profundizar, a la luz del Santo Espíritu y con su gracia, en el **depósito de la fe**, buscando ser cada vez más coherente.
- No se trata de llegar a la decisión por consensos, estilo parlamentario, de la vida cristiana, sino que, reconociendo la **importancia de la Escritura y la Tradición de la Iglesia**, se pueda ofrecer un camino cada vez más humano y humanizante, cristiano y cristianizante, para un mundo tan plural y relativo cuyo riesgo mayor se encuentra en ofrecer aquello que no alienta, no alimenta, ni alcanza el debido desarrollo de la humanidad.
- La “reforma” de la Iglesia no pretende desechar lo que, gracias a Dios y a lo fructífero de su gracia en tantos hermanos, se ha logrado, sino en la permanente tarea de **volver a la forma original** de la Iglesia que es Cristo.

ESTRUCTURAS DE PARTICIPACIÓN

Dice el libro del Apocalipsis: “El que tenga oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (2,7). Si la sinodalidad es una tarea para todos, lo es de una manera particular, para quienes ostentan el ministerio de dirigir.

El Código de Derecho Canónico señala algunas estructuras sinodales a nivel diocesano y parroquial que deberán implementarse y sostenerse:

- El Sínodo diocesano (cc. 460-468)
- El Consejo de asuntos económicos (cc. 492-494)
- El Consejo presbiteral (cc. 495-501)
- El Colegio de consultores (c. 502)
- El Consejo pastoral diocesano (cc. 511-514)
- El Consejo pastoral parroquial (c. 536)
- El Consejo parroquial de asuntos económicos (c. 537)

CONSIDERACIONES

a). Estas estructuras deben ser ámbitos de participación en los que el Pueblo de Dios se encuentre en comunión para buscar el bien de la Iglesia;

b). La estructura tendrá siempre un director. Todos, pastor y fieles, escucharán, se escucharán, discernirán y, en lo comunitario, se ejecutará con la responsabilidad del pastor;

c). La estructura se renovará periódicamente. No se trata de buscar solo las voces homogéneas ni de fosilizar las estructuras;

d). La estructura prevé:

- reuniones
- atenta escucha de la Revelación, el Magisterio y los signos de los tiempos;
- reflexión y discusión;
- formulación de conclusiones; y
- decisión y actuación manifiesta del pastor.

e). Existen tres “E” que jamás deberán faltar el proceso sinodal:

- La apertura al Espíritu
- La coherencia con el Evangelio
- La tarea desde la Eclesialidad.

UNA MIRADA A NUESTRA REALIDAD

a). El entorno V.I.C.A. (VUCA por sus siglas en inglés) se propuso hacia los años noventas cuando los cambios se percibían cada vez más acelerados, perturbadores y generalizados. Con los acontecimientos posteriores, especialmente la pandemia, dicho entorno se ha acentuado. Cada sigla tiene su particular significado, a saber:

V. Volatilidad. La velocidad con que se realizan los acontecimientos, los avances científico - técnicos que se van logrando, llevan a experimentar

que apenas se están conociendo algunos resultados se encuentran ya obsoletos. Esto es más fácil de experimentar en los medios digitales y computacionales. Al adquirir un equipo y sus respectivos programas se asume que en poco tiempo quedarán superados, generando un sentido de constante insatisfacción.

I. Incertidumbre. Los avances en todos los ámbitos, llevan a pensar que del futuro lo único que se posee es el desconocimiento. Los acontecimientos locales, nacionales y mundiales no ofrecen una seguridad ni aun en los Países más desarrollados. Hoy, por ejemplo, Inglaterra, Francia, Alemania, EEUU, entre otros, no saben cómo lograrán subsistir frente a las altas tarifas de gas debido al conflicto entre Rusia y Ucrania. Localmente, no se sabe cuál será el futuro en seguridad debido al enfrentamiento entre los carteles y las fuerzas armadas. Los efectos del Covid 19 no han terminado de conocerse y explicarse, particularmente los pulmonares, neurológicos y psicológicos. A nivel internacional, una de cada tres personas ha sufrido consecuencias psíquicas; uno de cada dos alumnos presenta problema de aprendizaje y la mayoría ha sufrido consecuencias económicas.

C. Complejidad. Los problemas actuales no tienen una sola causa, mucho menos un solo efecto. Los problemas suelen tener como origen una variedad de causas, entre las que destacan: las sociales, políticas, económicas, nacionales, internacionales, etc.

A. Ambigüedad. Se hace referencia a la falta de claridad no solo de los fenómenos que se están viviendo, sino también de sus causas y la verdad de los mismos (cf. Benedicto XVI, “la dictadura del relativismo”). Baste tener como ejemplo que de cada 10 noticias en las redes sociales una o dos son acontecimientos o verdaderas participaciones, el resto se han considerados

como fake news. Los perfiles falsos se han multiplicado para favorecer la extorsión, el desconcierto y, de forma particular, el anonimato.

b). La realidad en la que el mundo se mueve tiene características comprobadas muy singulares:

IQ. El coeficiente intelectual ha venido desmoronándose paulatinamente a partir del privilegio que se le ha brindado a lo técnico, práctico y a la ley del menor esfuerzo. En el siglo XX, y en México, concretamente el año 2004, se propuso un modelo educativo, llamado por competencias, el cual consiste en proponer más allá de la reflexión humanística el aprendizaje de algo práctico, útil y rentable. Debido al abandono de la lectura, la reflexión y las ciencias abstractas, desde el siglo pasado las generaciones habían venido perdiendo 3 puntos porcentuales en su IQ, sin embargo, en la última generación se habla de una expectativa de descenso de 7 puntos.

A. Adicciones. La repetición nada saludable de un acto querido y placentero lleva a formar lo que se ha llamado una adicción. Lo que, en definitiva, consiste en una fuga de la realidad. En algún tiempo las adicciones estaban muy bien ubicadas y determinadas, sin embargo, en la actualidad las adicciones se han multiplicado. Hoy las adicciones ya no son solo de lo real y cuantitativo, sino de lo ideal y digital. La adicción a los medios de comunicación, a lo digital, a los videojuegos, a la búsqueda de información, a la soledad, al metaverso, etc.

F. Fragilidad. Nunca se había dado el cúmulo de avances en muy diversos campos de la ciencia, la técnica y el desarrollo material, pero tampoco se habían tenido los más altos porcentajes de pobreza, individualismo, violencia y pérdida de sentido común.

La susceptibilidad, sensibilidad y fragilidad son realidades de esta época. Se habla de una generación de “cristal”. Sin embargo, lo que más pudiera parecer el signo de la crisis es el no buscar sobreponerse a las particulares situaciones, llegando incluso a una pérdida de esperanza. Para algunas personas resulta más importante lo que ahora se tiene o lo que ahora preocupa, que lo que se pudiera esperar.

I. Individualismo. Otra de las características sobresaliente de la época se refiere al exacerbado individualismo. Las personas, y muy particularmente las personas jóvenes, han tomado distancia de todo, por ejemplo, por la pandemia, de la escuela (12 millones de alumnos en México no regresaron a la escuela después de 2020), de los amigos, de la sociedad, de la Iglesia, y, más gravemente, de la propia familia.

CONCLUSIÓN

Ante esta realidad que está o estará presente entre los fieles de la Iglesia, cómo seguir buscando la misión de la Iglesia en sinodalidad y hacer presente el Evangelio, recordando las palabras de San Pablo “predica la Palabra, insiste a tiempo ya destiempo” (2Tim. 4,2).

TEMA 2

EL SACERDOTE, HOMBRE DE PAZ Y PACIFICADOR DE LOS HERMANOS.

*“Cuando entren en una casa, digan primero:
Paz a esta casa”
(Lc 10, 5)*

S. E. Mons. Eduardo Muñoz Ochoa.
Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara.

SUMARIO:

Shalom en su esencia es don y tarea, es el grito del corazón del hombre que reconoce tanto la necesidad de la acción benevolente del Creador, como su correspondiente compromiso y tarea de ser hombre de paz y constructor de ella. “No pierdan la paz”, qué encomienda tan urgente, tan actual y tan vital, pero que peligroso malinterpretarla, reducirla y fragmentarla en su comprensión y aplicación: “El hombre ansía la paz desde lo más profundo de su ser. Pero a veces ignora la naturaleza del bien que tan ansiosamente anhela, y los caminos que sigue para alcanzarlo no son siempre los caminos de Dios”.

¹X. LEÓN DEFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, concepto Paz. HERDER¹⁶, 1993.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

La palabra *Shalom* tan propia del alma del pueblo del Israel, y tan metida en el corazón y la médula de cada ser humano, encierra, por la parte de Dios, el deseo infinito de bien para su pueblo: paz, justicia, bienestar, felicidad, perdón, reconciliación. Don ofrecido y provocado por todos los medios posibles y participado a toda la humanidad; y por la parte del pueblo viene a significar la necesidad de la intervención de Dios a tiempo y a destiempo que garantice la prosperidad y la estabilidad de la paz. Paz deseada y pedida con clamor desde lo más profundo del ser como deseo cotidiano y como grito agónico que resuena en tiempo de turbación y desolación: «*Estoy agotado de tanto gemir, baño en llanto mi cama cada noche, inundó de lágrimas mi lecho; mis ojos se consumen de pena, envejecen de tantas angustias*» (Sal 6,7-8), «*Por qué estoy desconsolado? ¿Por qué me siento angustiado? Esperaré en Dios y le daré gracias de nuevo porque él es mi salvador y mi Dios*» (Sal 42,6).

Aunque la paz siendo un don divino que se extiende y se hace palpable en la vida y en las relaciones de cada hombre y de cada mujer con el mundo, con la naturaleza, con el prójimo cercano o lejano y consigo mismo; toma una preponderancia en la vida del pueblo la persona del juez, del rey, del profeta y del sacerdote. Sobre ellos el pueblo dirige en movimiento el reflector y de ellos, por la elección que de Dios han recibido, esperan la procuración y la instauración de la paz. La paz es verdad, alguno podrá responder, que es tarea de cada persona el buscarla, cuidarla y procurarla; pero no podemos ignorar o minimizar la responsabilidad y el impacto de la paz social que tiene la autoridad establecida legítimamente en una comunidad, en una

ciudad o en una nación. Cuántos pueblos y comunidades han prosperado y crecido en la paz a causa de sus buenos pastores, de sus sabios y prudentes gobernantes; pero cuántos, lamentablemente, han perdido la paz a causa de sus autoridades, cuántas vidas se han perdido, cuánta sangre ha corrido, cuánta gente ha sido desplazada y se ha dispersado dejando su hogar y su tierra, y cuántas ilusiones, proyectos de justicia, de libertad y verdadero bienestar han desaparecido de los rostros de tantos hombres y mujeres y sólo se asoma como sueño inalcanzables, como anhelo de un futuro mejor. Lo dramático de esta realidad se centra en la corrupción del ideal y de las personas, que afecta no solamente al rey, al profeta o al sacerdote, sino a todo el pueblo: *«Porque desde el más chiquito de ellos hasta el más grande, todos andan buscando su provecho, y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el fraude. Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: «¡Paz, paz!», cuando no había paz»* (Jer 6,13-14).

La paz cuando se falsea, se maquilla grotescamente y pretende cimentarse en la astucia humana, en alianzas políticas artificiosamente juzgadas como bondadosas, en componendas perversas revestidas de progreso y transformación, en estrategias fundamentadas en los avances sin precedentes de la medicina, de la ciencia y la tecnología, o en propuestas basadas en cálculos aritméticos que resuelven los problemas del hambre, la enfermedad y la guerra; o en mecanismos que presumen controlan cada vez mejor sus causa y sus efectos.

El sin sabor de los resultados y el dato crudo de la realidad, no obstante, los esfuerzos de una cosmética personal y política, repetida una y otra vez hasta

nuestros días, nos hacen seguir buscando y deseando la verdadera paz. Las fuentes a las que hemos recurrido,

²Cf. Y. NOAH HARARI, *Homo Deus. Breve historia del mañana*. DEBATE 2020¹³.

vasijas resquebrajadas, no terminan de saciar esta profunda sed, es necesario recurrir al Príncipe de la Paz, a la verdadera fuente «pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna» (Jn 4,14).

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

La Paz en el texto bíblico es comprendida en modo amplio y es necesario que así lo tengamos presente. De esa comprensión basta y rica, dependerá nuestra vida y ministerio como presbíteros hombres de Paz, constructores y promotores de ella. Podríamos preguntarnos para nuestro caso: ¿Cómo han entendido los discípulos el anuncio de paz al ser enviados a cada casa? “*Cuando entren en una casa, digan primero: Paz a esta casa*” (Lc 10,5) ;Qué estaban realmente anunciando? ;Qué implicaba de ellos ese anuncio y qué en quien lo recibía? ;Sólo era un simple saludo? ;Hay algo más que un saludo? ;Por qué se afirma en la Sagrada Escritura que quien recibe a un profeta, recibe bendición de profeta? ;Hay una bendición que cambia la vida en quien recibe no sólo el saludo de paz, sino al enviado de Paz? Obviamente que aquí nos referimos no al saludo o a la presencia de un profeta, sino de Alguien que es más que un profeta (Cf. Mt 12,38-42).

La paz que trae Jesús está marcada por su presencia: Dios con nosotros: *Emmanuel*; por la alegría de la Buena Noticia, por la luz que brilla en las tinieblas, por la conversión y el perdón de los pecados, por la salud de los enfermos, por la libertad de los cautivos, por la justicia, la libertad, el amor y la verdad: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia de Señor»* (Lc 4,18-19).

La paz es la acción salvífica de Dios para el hombre y es el proyecto que el hombre ha de anunciar y realizar continua y creativamente a través de los incesantes cambios del tiempo. Afirma la Constitución Pastoral del Vaticano II *Lumen Gentium* en el nº 78 «La paz no es una ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas contrarias, ni nace de un dominio despótico, con razón y propiedad, se la define como “la obra de la justicia” (Is 32,17). Es el fruto de un orden puesto en la sociedad por su divino fundador y encomendado a los hombres que ambicionan realizar justicia perfecta. Al tener el bien común del género humano su primera y esencial razón de ser en la ley eterna, y al someterse sus concretas exigencias a las incesantes trasformaciones del tiempo que pasa, la paz ni es nunca una adquisición definitiva, sino algo que es preciso construir cada día. Y como además la voluntad humana es frágil y arrastra la herida del pecado, el mantenimiento de la paz pide a cada uno el dominio de sus pasiones y exige vigilancia a la legítima autoridad»

Papa S. Juan XXIII en su Carta encíclica *Pacem in terrris* manifiesta que la paz entre todos los pueblos ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Nosotros sacerdotes hemos sido ungidos por el mismo Espíritu del Señor el día de nuestro bautismo y más específicamente por el Sacramento del Orden del Sacerdocio ministerial, para siendo partícipes de su Sacerdocio ser enviados como discípulos misioneros. El envío es también para nosotros en el contexto de la paz: “*Cuando entren en una casa, digan primero: Paz a esta casa*” . La pregunta metodológica que podría ayudarnos a oxigenar y dinamizar cada día nuestra vida y ministerio sería ¿el ministerio que he recibido por la Ordenación presbiteral lo he vivido y desempeñado como hombres de paz? ¿La celebración de los sacramentos y las labores pastorales van en el amplio significado de este envío? ¿Considero para mí y para la comunidad el peso bíblico-teológico y pastoral de la invitación litúrgica que en cada Eucaristía nos hace la Iglesia madre y maestra: *Dense fraternalmente la paz?*

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

Quisiera considerar el actuar en tres rangos interconectados.

El Sacerdote que acoge la paz en sí mismo y permite que dé fruto. Paz en la vida y en la conciencia con uno mismo, fruto de la coherencia de vida. La paz es también para nosotros, no lo es sólo para anunciarla a los demás.

. ¿Cómo podríamos llamarnos constructores de la paz cuando nosotros mismo dinamitamos nuestra vida permitiendo el desastre, el descontrol, el caos en nuestra mente y en nuestro corazón por lo que vemos, por lo que permitimos que se vaya anidando en nuestra vida que dispersa y apaga el entusiasmo de la entrega en el ministerio? Para quien ha experimentado el no tener tranquila la conciencia o no tenerla en paz, sabe que es una tragedia que no se tolera por mucho tiempo. Se requiere pedir y trabajar la valentía y la decisión por conquistar nuevamente la paz: «*Mientras callaba, se consumían mis huesos gimiendo todo el día, pues día y noche tu mano pesaba sobre mí; desapareció mi fuerza como humedad en tiempo seco. Pero reconocí ante ti mi pecado, no te oculté mi falta; pensé: "Confesaré al Señor mis culpas". Y tú perdonaste mi culpa y mi pecado»* (Sal 32,3-5). *Qué bendición irse al sueño con la conciencia tranquila «Me acuesto tranquilo y en seguida me duermo, porque sólo tú, Señor, me haces descansar en paz»* (Sal 4,9).

A tiempo conviene no permitir que se animen los rencores, las rivalidades, la amargura, las desilusiones, las ambiciones y las malas pasiones. Advertía S. John Henry Newman: «No toleres nunca que el pecado permanezca encima de ti; no dejes que envejezca contigo, sacúdetelo cuando todavía es reciente, de lo contrario la marca quedará. Que no fije sus raíces; que no abra su camino hacia dentro, ni se convierta en herrumbre. Una naturaleza es consumidora: es como un cáncer; se comerá tu carne».

El sacerdote que siembra y promueve la paz con su hermano sacerdote. Es de suma importancia recuperar la obviedad de la paz como característica de fraternidad sacerdotal.

En las comunidades siempre encontramos un hermano sacerdote sea en la parroquia, en el Decanato o en la Vicaría Episcopal. Con él o con ellos he de construir la paz, he de favorecerla. La paz, volvamos a recordar, tiene muchos rostros: fraternidad, escucha, apoyo, corrección fraterna, comunión, unidad, consolar, sanar, colaboración, tender la mano en la adversidad, ser samaritanos, todo esto sin duda lleva a la paz. La experiencia y el conocimiento ahora como hermano sacerdote en el Episcopado me permite reconocer que la paz reclama ser más cuidada y cultivada entre nosotros. Con frecuencia renunciamos, sin el suficiente esfuerzo, a vivir la paz con el hermano párroco o vicario.

³Citado en I. KER; *La Espiritualidad personal a la luz de J. H. Newman*.
ENCUENTRO 2006, 161

Necesitamos provocar y alimentar los pequeños gestos fraternos que alimentan y fortalecen la paz: cercanía, aprecio, platicar, dialogar, consensuar decisiones, compartir proyectos, respaldar al hermano sacerdote, apoyo en la enfermedad. Por otra parte, evitar la crítica, el chisme, la difamación y la división. Ha de ser evidente para la comunidad el trato fraternal sacerdotal, jamás de patrón y trabajador. Como presbíteros también se nos dice: “Ofrézcanse un signo de paz”.

El sacerdote que siembra y promueve la paz con sus hermanos bautizados y en la sociedad.

¿Cómo podemos ser hombres de paz y constructor de ella entre nuestros hermanos en estos tiempos de crecida e infrenable violencia, de delincuencia y odio; de intolerancia y agresividad verbal y física en los

hogares; de injusticia, impunidad y polarizaciones políticas y económicas? No es suficiente partir espontáneamente de lo que entendemos por paz para actuar consecuentemente; necesitamos tener clara y siempre fresca delante de nosotros la riqueza de la Paz en su concepto y en su realidad como el Señor nos lo da: su paz no es como la entiende y la da el mundo. Ante una realidad que corre el peligro de complicarse el Papa Francisco insiste en la urgencia de promover la fraternidad social en una comunidad diversa por creencias, cultura, origen, etc. *Fratelli tutti* nos ofrece caminos para nuestras comunidades en la instauración de la paz.

Como reflexionábamos anteriormente, la vivencia y el disfrute de la paz en una comunidad pide la valiosa presencia de un presbítero con sensatez y sabiduría que sepa guiar y gobernar según Dios. No ayuda para nada la presencia de un sacerdote que vaga sin sentido por doquier, donde su autoridad se debilita por su estado de corrupción, por su intransigencia y despotismo. Bien merecería el título de mal pastor como afirma el profeta Jeremías que sólo dividen y dispersan a las ovejas (cf. Jer 23,1-2).

En un clima de violencia e inseguridad, la escucha es importante, el ser empático con el que sufre: *"Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo."* (1 Cor 9, 22-23). El Sacramento de la Reconciliación ofrecido con caridad pastoral es muy importante. Ante tanta gente lastimada y con desgastes emocionales de todo tipo es de verdad inaceptable que la gente se vaya del Sacramento más torturada que sanada; más lastimada que aliviada.

Recordemos, el Sacramento de la Confesión, es un sacramento de sanación. No es un banquillo de tribulación ni de inquisición.

De acuerdo a las posibilidades, desarrollar en unión con los fieles de manera sinodal, proyectos de promoción económico-social. S. Juan XXIII en *Pacem in terris* escribe: «Exhortamos de nuevo a nuestros hijos a participar activamente en la vida pública y colaborar en el progreso del bien común de todo el género humano y de su propia nación» (nº 146).

¿Podrías compartir algo concreto y específico de lo que haces por construir y promover la paz en tu parroquia, en tu decanato, con tu compañero sacerdote y por el presbiterio en la Diócesis?

¿Qué está en tus manos para continuar construyendo la paz en tu parroquia frente a la realidad que vivimos? ¿Qué más puedes hacer por conservar la paz en ti? ¿Te invita el Espíritu Santo a ir más allá de donde has ido? ¿Qué tarea de inspira a realizar de manera sinodal?

El hombre de paz no sólo la desea, sino también la ofrece, la promueve, la defiende, la busca, la conquista.

“Felices los que trabajan por la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5, 9).

TEMA 3

LA FRATERNIDAD SACERDOTAL, EXPRESIÓN DE COMUNIÓN CON CRISTO.

Pbro. José Antonio González Borroel.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

En las últimas Asambleas de Pastoral de la Arquidiócesis de Guadalajara se ha reflexionado sobre las periferias existenciales que no sólo las podemos encontrar en la Iglesia local, sino también las ubicamos en la sociedad. En estas periferias sería también loable analizar no solamente el aspecto cuantitativo sino al mismo tiempo el cariz cualitativo. Esto nos ayudaría a comprender cada vez más que vivimos una crisis de fe, en términos del Papa emérito Benedicto XVI, y añadiendo una crisis de humanidad. De estos encuentros, resultaron tres periferias existenciales: las familias en crisis, los jóvenes en crisis y el tejido social en crisis. Como podemos notar el común denominador es “*en crisis*”.

El término “*crisis*”, etimológicamente deriva del verbo en el griego antiguo “*krinein*”, cuyo significado es juzgar para tomar una decisión cuyo sustantivo “*krisis*”, significa juicio, decisión. Según Steven James Venette se puede definir crisis “como un proceso de transformación en el que no se puede mantener el sistema antiguo”, a lo que podemos afirmar que una *crisis* es un cambio para corregir y mejorar, en un sentido optimista.

Nuestra realidad actual, el tiempo en que vivimos, es un periodo que nos exige no solo descubrir el cambio, sino aceptarlo con la conciencia de que nos encontramos ante un cambio de época. Al respecto, si algunos no teníamos claridad, la pandemia del Covid-19 lo dejó manifiesto ya que su aparición repentina y violenta, nos demostró que no sólo fue un problema de salud pública, sino un cambio en todos los sentidos.

En cuanto al caminar pastoral de nuestra amada Iglesia de Guadalajara, surgieron después de lo acontecido por la pandemia y como fruto del análisis de la realidad otras dos periferias existenciales: los adultos mayores enfermos y abandonados (en crisis) y los sacerdotes en crisis. Podemos afirmar que ya son 5 periferias existenciales o por qué no poderles llamar también como existencias periféricas.

Esto nos lleva a reflexionar lo siguiente: periférico significa “lejos del centro”. Desde una óptica médica se refiere a las áreas alejadas del centro del cuerpo o de una parte del cuerpo. Empleo estos términos porque san Pablo compara a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo: “Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tienen muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante, su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo”. (1 Co 12, 12)

Como análisis de la realidad en nuestra Asamblea Diocesana, que tiene como camino la metodología participativa, donde queremos hacer realidad “la Iglesia que soñamos”, viviendo la Gran Misión de la Misericordia, hasta donde la providencia de Dios nos asista y las circunstancias nos lo permitan, se descubrió una nueva periferia existencial: los sacerdotes, ya

que durante la pandemia algunos experimentaron soledad, desánimo, baja autoestima, carencias económicas, entre otras. Ante estos resultados podemos cuestionarnos: ¿La fraternidad sacerdotal es para mí una auténtica y verdadera expresión de comunión con Cristo? ¿Vivo la fraternidad sacerdotal como la Iglesia me lo pide? ¿Tengo interés por mi hermano sacerdote?

El Papa Francisco alude que el cambio nos presenta diversas maneras de hacerle frente; el problema es que muchas acciones y actitudes pueden ser útiles y buenas, pero no todas tienen sabor evangélico. El meollo del asunto, es saber discernir si el cambio y las acciones tienen o no sabor a Evangelio. La actitud que debemos tener se origina al confiar en la realidad anclada en la sabia Tradición viva y viviente de la Iglesia, que puede permitirse remar mar adentro sin miedo. Tener ese arrojo de la fe en el Señor de la historia y que tomados de su mano podremos discernir el horizonte a caminar. Debemos aprender a discernir la voluntad de Dios e interpretar nuestra realidad con los ojos del Señor. Mirar y solucionar los problemas con ternura. Nuestra salud integral sacerdotal no es una salvación aséptica, salvación de laboratorio o de espiritualismos desencarnados. Debemos estar atentos en no caer en la tentación de llevar una fraternidad *sui generis*. Al contrario, debemos esforzarnos por vivir una fraternidad sacerdotal como la Iglesia que, como madre y maestra, nos pide.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

La fraternidad sacerdotal es expresión de comunión con Cristo. Todo el ser y quehacer de la vida sacerdotal es una plena comunión con Cristo. Hay que recordar lo que enseña el evangelio en la perícopa que trata sobre el juicio final: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. (Mt 25, 40) “En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna”. (Mt 25, 45-46) En nuestros temarios y reflexiones de formación tenemos presente que la comunión con Dios la encontramos en la Eucaristía, en el sacramento de la Misericordia y en la oración, quedándonos en ciertas ocasiones solamente con el movimiento vertical del amor, el que se dirige a Dios.

Sería bueno examinar nuestra conciencia deteniéndonos en el movimiento horizontal del amor, es decir, nuestra relación con nuestro hermano sacerdote de carne y hueso. Al hacer este ejercicio podemos responder con sinceridad las siguientes preguntas: ¿Cómo es mi relación con mi hermano sacerdote con el que me toca trabajar en la pastoral en la parroquia, en el decanato, en la vicaría, con mis compañeros de generación? ¿Cómo es mi relación con mi Obispo titular y sus Obispos auxiliares? La prueba de fuego para darnos cuenta que verdaderamente nuestra fraternidad sacerdotal es reflejo de nuestra comunión con Cristo aquí radica, en nuestra comunión con mi hermano sacerdote de carne y hueso.

Traigamos a la memoria lo siguiente: “Si alguno dice: yo amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano”.
(1Jn 4,20-21)

En este examen de conciencia podemos descubrir 3 actitudes negativas hacia la fraternidad sacerdotal:

1.- La “mezquindad” del clérigo. Es lo que constituye un “alma pequeña”, la “pusilanimidad”. No se puede comprender a un sacerdote con falta de ánimo y valor para tomar decisiones o afrontar situaciones comprometidas. Es necesario desarrollar la magnanimitad. Esta virtud es alabada en el Nuevo Testamento y no sólo expresa paciencia o generosidad. Sino que manifiesta una cualidad referente a un alma que vive cotidianamente en espacios grandes, vastos, que vibra por dar solución asertiva a los problemas, que se ocupa de asuntos que están más allá de la sombra de su propio campanario.

La magnanimitad mueve el espíritu a la colaboración y a la ayuda mutua, considerándolas como un modo de cultivarlas y no como una complejidad a evitarlas. La magnanimitad nos recuerda que somos parte de un todo, y no puede hallar a Dios fuera del resto de la humanidad y de mis hermanos.

El Apóstol de las Gentes es un claro ejemplo de una persona magnánima y de quien podemos aprender: “Dadnos lugar en vuestros

corazones. A nadie hemos ofendido; a nadie hemos arruinado; a nadie hemos explotado. No os digo esto con ánimo de condenaros. Pues acabo de deciros que en vida y muerte estáis unidos en mi corazón”. (2 Co 7,2)

2.- Los “celos”. La referencia es a “los celos de alguien” que se diferencia plenamente de los “celos por alguien”. Estos últimos buscan cuidar al otro y son fruto de la caridad, los primeros buscan competir con los demás y son fruto de la rivalidad.

Debemos quitar de nuestra vida sacerdotal la llamada “envidía clerical”. Ésta es contraria totalmente al espíritu de colaboración, ayuda mutua y la fraternidad. No debemos considerar el trabajo ajeno, el aporte de los demás para edificar el Reino, como una competencia y sustracción del espacio del trabajo propio. Los celos pueden hacer perder toda vivencia de eclesialidad, ofreciendo contrariamente una imagen reductiva de sí mismo y del propio ministerio.

Se superará la tentación de defender celosamente cualquier espacio propio de exclusiva responsabilidad, tan solo cuando cada uno se ubique como miembro-servidor de una comunidad ministerial.

3.- “La desconfianza” en los demás y en la presunción de incapacidad de los otros. La realidad es esta: el sacerdote joven mira con sospecha y desconfianza la experiencia del clero mayor; el clero mayor mira con temor la novedad y la diversidad de estilo pastoral del clero joven. Los sacerdotes más activos confrontan su “pastoralidad” a la de los sacerdotes más intelectuales que estudian y enseñan.

A su vez a éstos les cuesta entender el pragmatismo poco iluminado y el activismo disperso de aquellos. Los que tienen cura de almas espacialmente cercanas, se desconfían entre pastores vecinos, presumiendo que estos quieren sustraerse mutuamente la feligresía más activa.

La colaboración se aprende colaborando. Lamentarse de la falta de idoneidad de los demás y simultáneamente practicar la pereza apostólica, es una falta que hiere al núcleo de la misma caridad. Si el sacerdote aprende a considerarse como “descubridor de talentos” o como aquel que es enviado a suscitar, incrementar y coordinar el talento de los otros a su cuidado, entonces no dejará espacios a inútiles egoísmos.

Después de examinar nuestra conciencia sobre estas tres actitudes que destruyen la fraternidad sacerdotal como signo de la comunión con Cristo, debemos caer a la razón de su grave importancia en la vida del presbítero y su misión. El Papa Francisco señala que quien no vive la fraternidad sacerdotal vive con el síndrome de Caín, con la convicción de que no puede amar porque experimenta siempre no haber sido amado, valorizado, tenido en la justa consideración, al final vive siempre como un vagabundo, sin sentirse nunca en casa, y por eso está más expuesto al mal, a hacerse daño y hacer daño a los demás. Por eso el amor entre los presbíteros tiene la función de custodiar, de custodiarse mutuamente.

El Papa Francisco, desde su experiencia sacerdotal y ahora como pastor supremo y cabeza visible de la Iglesia, tiene la certeza en afirmar que, donde funciona la fraternidad sacerdotal, la cercanía entre los sacerdotes,

hay lazos de auténtica amistad, también es posible vivir con más serenidad la elección del celibato. El celibato es un don que la Iglesia Latina custodia, pero es un don que para ser vivido como santificación requiere relaciones sanas, vínculos de auténtica estima y de genuina bondad que encuentran su raíz en Cristo. Sin amigos y sin oración el celibato puede convertirse en un peso insoportable y en un anti testimonio de la hermosura misma del sacerdocio.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

El Papa Francisco asevera que se pueden hacer planes pastorales perfectos, poner en marcha proyectos bien elaborados, organizarse hasta el más mínimo detalle; se pueden convocar multitudes y disponer de muchos medios; pero si no hay disponibilidad para la fraternidad, la misión no avanza. Él mismo nos invita a revisar lo siguiente: ¿cómo llevamos la buena noticia del Evangelio a los demás? ¿Lo hacemos con espíritu y estilo fraternal, o a la manera del mundo, con protagonismo, competitividad y centralidad en la eficacia? Preguntémonos si tenemos la capacidad de colaborar, ayudarnos mutuamente, si sabemos tomar decisiones juntos, respetando sinceramente a los que nos rodean y teniendo en cuenta su punto de vista, si lo hacemos en comunidad, no solos. (Ángelus 03/07/2022)

En la historia de la Iglesia, han sido numerosas las aportaciones al tema de la formación de los sacerdotes, tanto de parte de la Iglesia Universal, como de las Conferencias Episcopales y de las Iglesias locales.

Muestra de ello, la Congregación para la Educación Católica, actualizó la “Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis. El Don de la vocación sacerdotal”. En ella, en el número 88 se menciona que entre las modalidades que dan forma concreta a la fraternidad sacerdotal son:

1.- Encuentro fraternal. Algunos sacerdotes organizan encuentros fraternos para orar, acaso leyendo comunitariamente la Palabra de Dios, en alguna forma de Lectio Divina, profundizar algún tema teológico o pastoral, compartir los deberes del ministerio, ayudarse o simplemente pasar el tiempo juntos. En sus diversas formas, estos encuentros constituyen la expresión más simple y difundida de la fraternidad sacerdotal. En todo caso es muy recomendable promoverlos.

2.- Dirección espiritual y confesión. La fraternidad sacramental se transforma en una valiosa ayuda, cuando toma la forma de la dirección espiritual y de la confesión, que los presbíteros buscan entre sí. La regularidad en este tipo de encuentros facilita que se mantenga viva la “tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia de su ministerio”. Particularmente en los momentos de dificultad, los presbíteros pueden encontrar en el Director espiritual un hermano, que les ayude a hacer el discernimiento sobre las causas de sus problemas y a poner en práctica los medios adecuados para afrontarlos.

3.- Ejercicios espirituales. Tienen una importancia fundamental para la vida del sacerdote, ya que conducen al encuentro personal con el Señor en el silencio y el recogimiento, constituye un tiempo privilegiado de discernimiento personal y apostólico, útil para una revisión progresiva y

profunda de la vida; organizados comunitariamente favorecen entre los presbíteros una participación más amplia y refuerza la comunión fraterna.

4.- Mesa común. Compartiendo los alimentos, los presbíteros aprenden a conocerse, escucharse y apreciarse entre sí, gozando también la oportunidad de un provechoso y amistoso intercambio.

5.- Vida común. Sea por iniciativa personal, por necesidad pastoral, por costumbre o por disposiciones a nivel local, algunos presbíteros realizan una vida común. El hecho de vivir juntos se convierte en verdadera “vida común” mediante la oración comunitaria, la meditación de la Palabra de Dios y otras ocasiones para la formación permanente; además la vida común facilita un intercambio y una confrontación en torno a los respectivos deberes pastorales. La vida común ayuda también a sostener el equilibrio afectivo y espiritual de quienes participan en ella y promueve la comunión con el Obispo. Será necesario procurar que esas formas permanezcan abiertas al presbiterio en su conjunto y a las necesidades pastorales de las diócesis.

6.- Asociaciones sacerdotales. Tienden a favorecer la unidad de los presbíteros entre sí, con el resto del presbiterio y con el Obispo. Los miembros de las diversas asociaciones reconocidas por la Iglesia encuentran en ellas un soporte fraterno, que los presbíteros consideran necesario en su camino hacia la santidad y en su misión. Algunos sacerdotes pertenecen también a los nuevos movimientos eclesiales, dentro de los cuales encuentran un clima de comunión y reciben estímulo para una continua renovación misionera; otros viven una consagración personal en

los Institutos Seculares “que tienen como nota específica la diocesaneidad”, sin estar habitualmente incardinados en ellos.

El Papa Francisco el 29 de marzo de 2021, en el discurso con sacerdotes y futuros sacerdotes de México, trazó el perfil del sacerdote en la reconstrucción de la sociedad tras la pandemia. Estos rasgos delineados por el Pontífice también los podemos aplicar para vivir la fraternidad sacerdotal como expresión de comunión con Cristo:

1.- Mirar los problemas con ternura. Necesitamos tener la mirada de ternura con que nuestro Padre Dios ve las problemáticas que afligen a la sociedad: violencia, desigualdades sociales y económicas, polarización, corrupción y falta de esperanza, especialmente entre los más jóvenes.

2.- Dedicar muchas energías a reconciliar a las personas y a la sociedad. Los pastores estamos llamados a ayudar a recomponer relaciones respetuosas y constructivas entre personas, grupos humanos y culturas al interior de la sociedad, proponiendo a todos “dejarse reconciliar por Dios”, comprometerse en el restablecimiento de la justicia.

3. Construir fraternidad y unidad a su alrededor y en la Iglesia. Hemos de ser capaces de tener una visión de conjunto y unidad, que nos impulse a crear fraternidad, que nos permita poner en evidencia los puntos de conexión e interacción en el seno de las culturas y en la comunidad eclesial.

En esta misma sintonía el Arz. Jorge Carlos Patrón Wong sintetiza el perfil del sacerdote que necesita la sociedad post pandemia: “un sacerdote que

sea tierno en sus relaciones con el pueblo que está sufriendo. Un sacerdote que reconcilie, que teja a nivel familiar, a nivel social, el tejido social de reconciliación y un sacerdote que construya fraternidad en todas partes”.

TEXTOS PARA PROFUNDIZAR:

Jn 17,1-26. La oración de Jesús.

Mt 25, 31-46. El juicio final.

Discurso del Santo Padre Francisco al Simposio “Por una teología fundamental del sacerdocio”.(17/02/2022)

Ángelus. Papa Francisco (03/07/2022)

TEMA 4

EL Sacerdote, signo de Comunión.

*Pbro. Bernardo Santana Ramírez.
Licenciado en Pastoral Juvenil.*

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

Somos parte de un mundo muchas veces divido, enemistado, violento. Nuestra sociedad es cada vez más individualista, narcisista, insolidaria. La mayor parte del sufrimiento humano es causado por nosotros, por estar unos contra otros, por la indiferencia y el desprecio a la vida de los demás ... se da la envidia, la competencia, el resentimiento, la avaricia, el poder, la guerra, la muerte, la explotación ... Asimismo, nuestra sociedad está sedienta de fraternidad, de comunión, de solidaridad, y su futuro, también el nuestro, solo será posible en la medida que todos, en sinodalidad, empeñemos el corazón y las manos para construirlo. Sin comunión no existe amistad, familia, comunidad, Iglesia, ternura, amor, sueños, solidaridad, paz, futuro ...

Un mundo sin comunión entre los hombres y con Dios, es un mundo despiadado, donde explota el absurdo del egoísmo, de la autorreferencialidad, de la dureza de corazón, del *homo homini lupus*; es un mundo inhospitalario y sin piedad, de la conflictividad exasperada, de la rigidez que condena, del juicio inflexible que pone la ley por delante y por encima de la persona, de la arrogancia que no es capaz de comprender y compadecer, de la violencia psicológica de quien no perdona; de la rudeza

mental que rechaza al diferente; de la justicia que, tras la coartada de la igualdad todos frente a la ley confunde a la persona con la norma ... En fin, bajo la agresividad, la frustración y la violencia actual está una sociedad clamando por la inmensa necesidad de amor y comunión.

La necesidad y nostalgia por construir la fraternidad, la comunión, la solidaridad entre todos los hombres es un *signo de los tiempos* que clama al Cielo. La Iglesia es llamada a ser *martyria* e impulso de la comunión, pues en su misma naturaleza lleva el ser pueblo convocado, unido, hermanado, redimido por Cristo, y su misión es ser signo creíble de comunión con Dios y con todo el género humano (Cf. LG 1). Ya, en los umbrales de este milenio, nos decía san Juan Pablo II, que el espíritu y la vida de comunión «encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia», cuya fuente es la comunión Trinitaria, unidad en la diversidad de las personas. Es decir, ser una Iglesia corresponsable y participativa, solidaria y samaritana que refleja el espíritu de comunión que la origina y la manifiesta.

Asumiendo esta apremiante necesidad, el Papa Francisco ha designado para el próximo Sínodo (XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, octubre 2023), la temática: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión»; también, como Arquidiócesis hemos asumido, en la última Asamblea Pastoral Diocesana, ser una *Iglesia sinodal, samaritana y misionera*. El elemento sinodal es una característica estructural constitutiva de la Iglesia en todos los niveles de su realización como *Comunión*.

No hay sinodalidad ni habrá camino de comunión, si no nos dejamos tocar el corazón, si no nos desinstalamos, si no nos dejamos interpelar por la realidad y la luz del Evangelio, para discernir en consecuencia, y actuar como comunidad en la edificación de la Iglesia y en la construcción de una sociedad sobre los valores del Reino: la paz, la justicia, la fraternidad, la solidaridad, etc. Pero comencemos por ti y por mí, por revisar con valentía las (mis) actitudes, conductas y palabras que dividen, separan, alejan de la comunión, así como los gestos, signos y conductas que favorecen y fortalecen la comunión en las relaciones fraternas con los obispos, el presbiterio y los fieles de nuestras comunidades.

⁴JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 2001, 42.

Con gratitud, veamos algunos signos de comunión en la Iglesia; asimismo, veamos con valentía las sombras que obstaculizan la comunión entre nosotros como presbiterio:

Signos de comunión

Son muchos los pronunciamientos que desde diversas instancias de la Iglesia se hacen a favor de la comunión eclesial. Este fenómeno comunitario se va abriendo paso dentro de la Iglesia como fruto de la eclesiología emanada del Vaticano II y responde a la peculiar sensibilidad de los hombres y mujeres de hoy.

Uno de los espacios favorables para vivir, formar y fortalecer la comunión entre nosotros es la diversidad de “estructuras pastorales e iniciativas sacerdotiales”, como la pertenencia natural con hermanos de generación, los decanatos y vicarías, tiempos específicos para ejercicios espirituales,

semana de estudio y formación permanente, asambleas pastorales, encuentros celebrativos de tiempos litúrgicos, ordenaciones, mutuales, etc. En muchos sacerdotes se vive y cultiva la espiritualidad de comunión con relaciones primarias, amistades profundas, el compartir la fe, los carismas y las “monedas”, la hospitalidad, la fiesta, la oración compartida, la corrección fraterna, la reflexión y el estudio, los recursos pastorales, etc.,

- Diálogo abierto: ¿Qué otros signos de comunión encontramos entre los sacerdotes?

Sin embargo, todos experimentamos las dificultades de la comunión eclesial, no en la ortodoxia del contenido de la fe ni en la celebración litúrgica de la misma, sino en el cómo vivir y anunciar la Buena Nueva siendo hermanos entre sí.

Sombras u obstáculos para la comunión

- La ausencia en las instancias sacerdotales: decanato, vicaría, diócesis, deja mucho que desear, no tanto la ausencia física que es poca, sino la calidad de la presencia que es muda, silenciosa, ignorada.
- Lo comunitario se ha vivido más desde la dimensión humana, psicológica y estratégica. Solemos darles mayor importancia a las tácticas pastorales organizativas: revisiones, programas, estructuras, planes, etc., no sin contaminaciones seculares, de lo funcional, pragmático, competitivo, inmediatista... que a la acción del Espíritu Santo que nos convoca y nos une.
- Veladamente competimos, presumimos de “logros” y nos envidiamos mutuamente con una actitud enfermiza que lleva a “pesar” el buen trabajo de los demás, su preparación o sus talentos, pensando que le hacen sombra

a nuestro trabajo. Nos alegra más las “conquistas” personales que el hecho de sentirnos solidarios, hermanos, enviados a una misión común y ser parte de la única Iglesia querida por Jesús.

- Los celos, las competencias y revanchismos ocultos, que no por ser ocultos, no dejan de drenar la comunión y la fraternidad dentro del presbiterio. Estamos más prontos a dar condolencias que felicitaciones.
- Hay una tendencia muy generalizada, como una costumbre, muy poco piadosa, de contar el último desliz o conducta extraña con la más actualizada crítica del obispo y de la curia, del párroco y del vicario. Hay quien está especializado en este tipo de informaciones, que luego él trata de esparcir a los cuatro vientos, incluso “con colorido”, y por este motivo algunos hasta le buscan y les parece “simpático”, solapando una “preocupación” que pretende justificar su pobre fidelidad. ¡Qué feos son los pies y las manos y... todo el resto de quien adopta el noble encargo de difundir las debilidades del hermano!.
- Se nos dificulta la vivencia de una pastoral de conjunto, orgánica y sinodal, debido a que cada quien (sacerdotes, laicos, movimientos, institutos religiosos, parroquias, decanatos, vicarías, comisiones, etc.) evangeliza, proyecta, realiza acciones pastorales, como sabe y como cree. No se cuestiona lo que se hace, sino el cómo.
- Dentro de la acción pastoral se percibe la desorientación y la anarquía, frutos de un exagerado personalismo elitista que, con frecuencia, se manifiesta cuando cada sacerdote, agente de pastoral, movimiento o grupo sigue su propio estilo y su propia obra, y, no pocas veces, distantes del querer de Dios.
- Respecto al intercambio de bienes, contamos con parroquias que acumulan riquezas y parroquias endeudadas; sacerdotes con sueldos altos

y fabulosas primas, y sacerdotes con el mínimo del salario. Hay quienes buscan su propia mutual y pensión para la jubilación, desertando de las iniciativas diocesanas.

- Diálogo abierto: Diálogo abierto: ¿Qué otras actitudes o conductas drenan o dificultan la comunión entre los sacerdotes?

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

“*Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos*” (Mt 18,20), es la premisa y la promesa de la santidad de la comunidad. Una santidad garantizada por la promesa de Cristo que está “en medio” de unos y otros en la comunidad, que nace del hecho de “estar juntos”, de “estar reunidos en su nombre”. Donde dos amigos se encuentran Dios es el tercero.

⁵Cf. AMEDEO CENCINI, *La verdad de la vida*.

Formación continua de la mente creyente, San Pablo, Colombia 2016, 588.

Los cristianos no podemos sentirnos solos, porque creemos que Jesús está junto a nosotros con su poder concreto y fuente de vida. Reunidos en su nombre formamos la comunidad, cuerpo místico de Cristo, pues no somos una asamblea de autoayuda, ni asociación meramente humana en la que hombres de buena voluntad se reúnen para estimularse unos a otros a hacer buenas obras y darse palmadas en la espalda. La comunidad eclesial está constituida entorno a Jesús, con una presencia mística, sobrenatural y misteriosa, pero no irreal, más bien todo lo contrario.

Parece que es más difícil creer que Jesucristo está en cada hermano y cada vez que nos reunimos en su Nombre, que creer en su presencia en la Eucaristía, que ya de por sí no es nada sencillo. No sin razón, Jesucristo, en la última cena con sus discípulos, levantando los ojos ora al Padre: «Te pido que todos sean uno lo mismo que lo somos tú y yo, Padre. Y que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21). Asimismo, al inicio de este Milenio, San Juan Pablo II nos exhortaba para: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo».

Nuestra comunión en fraternidad no viene, por tanto, del consenso humano, de una necesidad psicológica o de diversión, de nuestro esfuerzo por estar de acuerdo, de nuestras estrategias pastorales, ni de dinámicas por vivir bien nuestras relaciones. Nuestra unidad es anterior al consenso humano, porque viene de lo alto: de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por lo que la comunión es una realidad del ser, ontológica, estamos hechos por Dios que es relación, comunión, comunidad de Personas, desde ahí se fundamenta la importancia de compartir la vida, la fe, el caminar para enriquecer a los demás y también, para enriquecernos de los demás, sino un estilo de vida propio del creyente.

⁶Cf. HUSTON SMITH, *El alma del cristianismo*, Kairós, Barcelona 2006, 109-110.

⁷JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica al concluir el Gran Jubileo del año 2000, 6 enero 2001, n. 43.

Nosotros somos comunión gracias a Dios y lo somos a pesar de tantos problemas y tantas divisiones; las divisiones y las tensiones dependen de nosotros, y, aun así, debemos continuamente volver a Dios Padre para conquistar el gozo de la unidad.

Por esto debemos de cultivar algunas virtudes muy importantes que recomienda Pablo en la Carta a los Efesios: «Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef4,1-3).

La formación y la vivencia de la comunión es un reto y una tarea de siempre, donde «el presbítero debe ser “el hombre de la comunión”. [...] En realidad, la fraternidad se construye mediante un desarrollo espiritual, que exige un esfuerzo constante para superar las diversas formas de individualismo. Una relación fraterna ha de ser una elección deliberada y un reto permanente».

⁸ CONGREGACIÓN DEL CLERO, *El Don de la Vocación Presbiteral, Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 8 diciembre 2016, 52.

Hay tres relaciones fundamentales en los sacerdotes donde estamos llamados a vivir y construir la comunión: Con el Obispo, en el presbiterio y con los fieles en las comunidades. Es una comunión que no nace de estrategias voluntariosas de organización, ni de afectos necesitados, ni de ahorro de recursos o ganancias particulares, sino de la misma esencia de los que somos y estamos llamados a ser como sacerdotes.

Con el obispo.

La *Lumen Gentium* indica que: «El Obispo, por su parte, considere a los sacerdotes como hijos y amigos, tal como Cristo a sus discípulos ya no los llama siervos, sino amigos (cf. Jn., 15, 15)» (LG 28). Asimismo, señala la cualidad de la relación por parte del sacerdote para con su obispo, al reconocerle «como verdadero padre y obedecerle reverentemente» (LG 28), pues es una relación en la caridad, ya que ambos participan del mismo Sacerdocio de Jesucristo, como nos los indica la *Presbyterorum Ordinis*:

Los presbíteros, por su parte, considerando la plenitud del Sacramento del Orden de que están investidos los obispos, acaten en ellos la autoridad de Cristo, supremo Pastor. Estén, pues, unidos a su obispo con sincera caridad y obediencia. Esta obediencia sacerdotal, ungida de espíritu de cooperación, se funda especialmente en la participación misma del ministerio episcopal que se confiere a los presbíteros por el Sacramento del Orden y por la misión canónica (PO 7).

Con el presbiterio.

La relación fraterna de los sacerdotes entre sí es uno de los puntos importantes de la teología del presbiterado. Se trata de una comunión que

va más allá de la simpatía, el trabajo compartido, de la geografía, de la edad o de las necesidades emergentes. Es una fraternidad sacramental, como lo señaló san Juan Pablo II:

Cuyos vínculos no provienen de carne y sangre, sino de la gracia del Orden: una gracia que asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, afectivas, amistosas y espirituales entre los sacerdotes; una gracia que se extiende, penetra, se revela y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no sólo espirituales sino también materiales. La fraternidad presbiteral no excluye a nadie, pero puede y debe tener sus preferencias: las preferencias evangélicas reservadas a quienes tienen mayor necesidad de ayuda o de aliento. Esta fraternidad presta una atención especial a los presbíteros jóvenes, mantiene un diálogo cordial y fraternal con los de media edad y los mayores, y con los que, por razones diversas, pasan por dificultades. También a los sacerdotes que han abandonado esta forma de vida o que no la siguen, no sólo no los abandona, sino que los acompaña aún con mayor solicitud fraterna.

En fin, la fraternidad sacerdotal ha de manifestarse superando todo protagonismo estéril, indiferencia, encerramiento o individualismo, pues un sacerdote aislado, distante o al margen del presbiterio, contradice su propia naturaleza. «El sacerdote tiene necesidad del sacerdote para ser sacerdote. El sacerdote es “colegiado” por naturaleza».

⁹PDV 74.

¹⁰J. M. URIARTE, *Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo*, 92.

Con la comunidad de fieles.

El sacerdote no se halla únicamente unido con los demás hermanos sacerdotes, y con su obispo, sino que además le caracteriza la vinculación con la comunidad que se le ha confiado, siendo el lugar privilegiado para realizar su ministerio. «La comunidad parroquial es lugar natural de formación permanente del presbiterio [...] un “acompañamiento” vital, un estar en medio de “los suyos” que se convierte cada vez más en una especie de continuo evangelizar y dejarse evangelizar».

La comunidad cristiana reclama hoy una realización existencial más auténtica, donde el sacerdote necesita (como todos) relaciones personales más estrechas, solidarias y fraternas, así como espacios vitales marcados por relaciones de amistad y ayuda mutua, en la que pueda desempeñar su ministerio como pastor y, a la vez, siendo un cristiano entre sus hermanos. Así lo señala *Presbyterorum Ordinis*: «Los presbíteros son hermanos entre los hermanos, puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación se exige a todos» (PO 9).

La relación de los presbíteros con los fieles ha de ser siempre una relación netamente sacerdotal, evangélica, sin complejos, sin inhibiciones, ni intereses ajenos a la promoción de la salvación de todo el hombre y de todos los hombres, sin olvidar que «es necesario hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros», sino es así, la *crisis* de comunidades cristianas entorno a su Señor se convertirá también fácilmente en la *crisis* del sacerdote.

¹¹J. YUSTA SAINZ, «Formación», en *Diccionario del sacerdote*, 321.

¹²Cf. J. HERRANZ, «Relación entre los presbíteros y los laicos en la vida eclesial» [en línea].

¹³ES 39.

¹⁴GISBERT GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, 458-459.

ACTUAR BAJO EL IMPULSO DEL ESPÍRITU SANTO.

Nos dice el arzobispo de Loreto, Angelo Comastri: «¿Queremos que nuestras parroquias, grupos, decanatos, presbiterio y diócesis sea de verdad la Iglesia que vive y manifiesta la salvación de Cristo en un lugar determinado y en un tiempo concreto? Pues que empiece a mostrarse como comunidad fraterna que desafía todas las heridas del mundo y como lugar de reconciliación, de entrega y de servicio que nos remite irremisiblemente a Cristo y al don de su amor».

La comunión, tan necesaria y deseada por todos, solo en y desde Cristo se puede alcanzar. La fraternidad presbiteral constituye para la comunidad cristiana y para la humanidad un testimonio creíble; que, en gran medida, se alcanzará cuando cada sacerdote sea *signo de comunión*.

Ahora, la comunidad será como sus miembros quieran que sea y como lo dicte el sentido de su responsabilidad. Por eso, debemos preguntarnos: ¿cómo deseo vivir en cualquier comunidad eclesial? Respondámonos...

- Revisemos, a modo de test, nuestras actitudes, deseos, intereses, posturas y conductas que solemos privilegiar en nuestra vivencia comunitaria. Dar a cada sacerdote una copia.

¹⁵Es una **Tipología** de individuos que se resisten a poner en práctica el espíritu evangélico de la comunión, tomada principalmente de: AMEDEO CENCINI, *Relacionarse para compartir. El futuro de la Vida Consagrada*, Sal Terrae, Santander 2001, 233,235; AMEDEO CENCINI, *La verdad de la vida. Formación continua de la mente creyente*, San Pablo, Colombia 2016, 584-587.

Tipología de la no-comunión

- Los *individualistas*. Son los tipos suficientes y un tanto presuntuosos y desagradecidos, con esa ingratitud típica de quien cree haberse hecho a sí mismo y bastarse a sí mismo, que no sólo no necesita de nadie, sino que tampoco ve la necesidad de compartir.
- Los *irresponsables*. Grandes y tal vez doloridos individualistas, teóricos del “a mí no me corresponde lo más mínimo, ese no es mi problema, yo sí hago lo que me encomiendan, no como otros”.
- Los *apologetas*. Que buscan la victoria en todo y sobre otros, bloqueando todo diálogo y cualquier decisión, sintiéndose poseedores de toda verdad.
- Los *puritanos*. Perfectos que no pueden reconocer que ellos participan también en el mal de todos. Solo ven la paja en el ojo ajeno.
- El *homologante*. Son quienes sólo están dispuesto a dialogar y comunicar con quienes piensan como ellos o parecen dispuestos a entrar en su mundo de ideas y convicciones, según sus criterios de verdad. Temen al otro en cuanto tal, en cuanto diverso, que ellos perciben como hostil y desestabilizador de su equilibrio y su identidad, evidentemente muy pobre.
- Los *temerosos*. Los que temen a los demás y no intervienen por temor a la reacción o pensar de los demás. “Si se burlan o me juzgan mal”. Son como fantasmas en las reuniones, dicen que andan por ahí, pero no hacen nada.

- Los *paternalistas*. Los que, al contrario, intervendrían siempre con excesivo e irritante empeño terapéutico. Todo lo quien corregir. Siempre proponiendo mejoras, que nunca se hacen realidad.
- Los *vergonzosos*. Un poco tímidos y cohibidos ante una posible implicación en el mundo interior propio y ajeno. Cada quién su vida. Tienen miedo a la intimidad y viven unas relaciones muy superficiales.
- Los *proyectores*. Extraña categoría de personas “con la viga en el ojo”, que en vez de corregir proyectan el propio mal sobre los demás, engañándose así al pensar que lo había resuelto. Todo lo critican.
- Los *pesimistas*. Aquejoso por “desesperación fraterna”, los que ven únicamente el mal del otro con poca confianza en su posibilidad de cambiar, y por eso se dedican a dárselo a entender. “No creo que cambie”.
- Los *justos*. Descendientes directos de los fariseos, que pretenden corregir sin ser corregidos, y lo hacen, por tanto, desde una postura de superioridad, sin tener conciencia de su propio pecado. “El decantado, la parroquia, la diócesis anda mal”.
- Los *desmemoriados*. Son los que, cuando aceptan llevar el peso del otro, se sienten héroes y hacen que eso... pese sobre todos, olvidándose de todas las veces que los demás se hicieron cargo de ellos sin tantas historias.
- Los *incorregibles*. Los que, sustancialmente no se sienten jamás culpables de nada.

- Los *quisquillosos*. Los que reaccionan ante la llamada al orden como ante una ofensa, son como jarros de Tonalá.
- Los *vengativos*. Los que responden a la observación acusando a su vez y pasando al contraataque. Con tono desafiante resalta las fragilidades de quien le exhorta.
- Los *oficialistas o súbditos*. Que aceptan que los corrijan únicamente los superiores, sobre todo el Cardenal.
- Los *ingratos*. Los que piensan que la comunidad le está en deuda. No reconocen lo recibido o lo desprecian porque les parece poco y mediocre. Y se guardan resentimientos porque consideran que lo que han hecho es por sus méritos; que merecen más y que no son amados suficientemente.
- Los “*bienhechores*”. Son los individuos dispuestos a dar de lo suyo, pero con el estilo y la mentalidad del “bienhechor”, haciéndose a veces un tanto insoportables para el “beneficiario”.

Hacia el compromiso:

¿A qué me invita el Señor, para ser signo creíble de comunión?

No estamos ante una cuestión de edades, ni de capacidad o conocimientos, ni modas o novedades, sino fundamentalmente de **conversión del corazón**, conversión de ese egoísmo o individualismo radicales que nunca son tan diabólicos y peligrosos como cuando se esconden detrás de argumentos

que querrían ser espirituales; conversión que debe comenzar explícitamente siempre y durante toda la vida en comunión con todos mis hermanos compañeros de viaje hacia la casa del Padre.

- Quiero dejar de ...
- Y comenzar a ...

Nos dijo el Cardenal Martini:

Para lograr la unidad es necesario, ponernos continuamente a escuchar, meditar, contemplar a fondo el Evangelio, del cual nacen siempre estímulos de unidad. Estamos desunidos porque somos poco cristianos, porque no conocemos bastante el Evangelio, pero si nos dejamos convertir por los textos sagrados, reencontraremos toda la fuerza, el gozo y el gusto por la unidad.

¹⁶CARLO MARIA MARTINI, *La Chiesa. Una, Santa, Cattolica e Apostolica*, In dialogo, Milano 1994, 66-67.

TEMA 5
LA PRIMERA COMUNIDAD
EN LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES.

Pbro. Juan Carlos Barboza Villaseñor.
Licenciado en Sagrada Escritura.

ORACIÓN INICIAL

Comencemos nuestro Encuentro espiritual, rezando a dos coros y concluyendo todos, la siguiente ORACIÓN A JESÚS, NUESTRO MAESTRO Y SEÑOR, pidiéndole que nos ayude a un seguimiento fiel de su persona y mensaje:

C1: Señor Jesús, Maestro mío, enséñame a ser verdadero discípulo, quiero seguirte por donde Tú vayas, aunque eso signifique no tener en ocasiones “ni dónde reclinar la cabeza”.

C2: Quiero seguirte siendo libre de todo apego, aunque eso signifique desprenderme de mi padre, madre, casa y hermanos.

C1: Quiero seguirte tomando mi cruz de cada día, aunque eso signifique renunciar a mí mismo.

C2: Señor Jesús, Tú eres la luz, por eso quiero seguirte dejando toda oscuridad. Son grandes mis deseos de conversión y no quiero mirar hacia atrás para poder ser digno de Ti.

TD: Pero sólo una cosa te pido: no vayas detrás de mí porque tal vez me pierda, no vayas delante de mí porque tal vez no te siga, ven mejor junto a mí y así los dos seremos compañeros de camino y podremos conversar mientras llega el atardecer. AMÉN.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

(CONTEXTO DEL TEXTO)

Durante los tres años de su vida pública, Jesús puso las bases de su Iglesia:

- 1) Reunió a sus primeros discípulos y los asoció a su misión (ver Mc 3,13).
- 2) Hizo de Pedro el responsable de la “Comunión” y el guardián de la Fe (ver Lc 22,31) en este nuevo pueblo de Dios.
- 3) Hizo de los Doce y de los discípulos un pueblo de testigos (ver Jn 15,16).
- 4) Y les prometió el don del Espíritu Santo para que los guiara en la verdad y los iluminara en plenitud (ver Jn 16,13).

Hoy el Señor está resucitado y con ello un pueblo nuevo, un mundo nuevo ha nacido del costado abierto de Jesús, como el niño nacido en la sangre y el agua que destilan del vientre de su madre (ver Jn 19,34). Iluminado por la palabra de Jesús, animado por su Espíritu, ese pueblo se pone en camino para anunciar a todas las naciones las maravillas de Dios y para reunir en la unidad a esos hijos dispersos (ver Jn 11,52).

En esta hazaña apostólica se van a destacar dos figuras: Pedro y Pablo. Uno se dedicará más a la evangelización de los Judíos (ver Hch 1-12), otro será puesto aparte para anunciar la Buena nueva de la salvación a los paganos (ver Ga 2,7; Hch 13-28).

El autor del tercer evangelio, Lucas, va a dar testimonio de ese nacimiento de la Iglesia en su libro llamado *Los Hechos de los Apóstoles*. Pero es necesario recordar que ni *Los Hechos*, como tampoco los Evangelios, se

presentan como una biografía de Pedro o de Pablo o como una historia detallada de la Iglesia primitiva, sino como un testimonio de la obra del Espíritu Santo. De hecho, el Espíritu Santo es el verdadero “Hechor” del nacimiento de la Iglesia, por lo cual, muchos comentaristas, desde los primeros siglos cristianos, no han vacilado en llamar a este libro como “El Evangelio del Espíritu Santo”.

En efecto, el libro de *Los Hechos* presenta el origen y la trayectoria de la Iglesia desde Jerusalén y hasta la llegada del Apóstol Pablo a Roma, revelando así un diseño no sólo geográfico, sino también histórico y teológico, que presenta el camino de la fe desde el pueblo de Israel y hasta llegar a todas las gentes. El mandato de extender así la fe es confiado, en los primeros 12 capítulos del libro de *Los Hechos*, principalmente a Pedro, que aparece como el jefe y el portavoz de los otros apóstoles; y del capítulo 13 hasta el final domina, por el contrario, la figura de Pablo, el cual continua la obra emprendida por Pedro y por los Doce, en comunión con ellos y bajo su mandato. El relato cubre una treintena de los orígenes cristianos, desde el año 33dC, año en el que se coloca verosímilmente la ascensión, y hasta el año 60dC, probable fecha de la llegada de Pablo a Roma.

Otros rasgos importantes aparecen además en este libro de los Hechos. Para empezar, la Iglesia está enraizada en la experiencia y en la tradición de la fe de Israel. Aquí se manifiesta la misma convicción que ya encontramos en los Evangelios: “*Jesús cumplió las Escrituras*”, es decir, que llevó a su plenitud y transfiguró en su propia persona todas las realidades del Antiguo Testamento: la realeza de David, la predicación de los profetas, el Templo, el maná, el cordero, etc.

En *Los Hechos de los Apóstoles*, Lucas se dedica, a través de las diversas predicaciones de Pedro y Pablo en particular, a señalar cómo el misterio de Cristo y de la Iglesia fueron mencionados y preparados en el Antiguo Testamento, pero también e inseparablemente, cómo este doble misterio da todo su sentido a la historia de Israel.

Obstáculos, prisiones y persecuciones no impiden a la pequeña comunidad de los discípulos expandirse bajo la guía del Espíritu Santo, más aún se revelan como un factor impulsivo. El plan de Dios, vislumbrado ya en las Escrituras antiguas, se cumple no obstante los impedimento de los hombres, más aún y paradójicamente, gracias a ellos la “palabra” se difunde, crece el número de los creyentes, la iglesia se edifica en Israel y entre los paganos, y la predicación del Evangelio alcanza finalmente a Roma, donde el Evangelio de Jesús, Cristo y Señor, es anunciado *“con plena libertad y sin obstáculos”*: es la última palabra y el punto final con el cual termina el libro de *Los Hechos* (ver Hch 28,31).

Según todo lo dicho, entonces, podemos desentrañar del libro de *Los Hechos*, que la primitiva comunidad cristiana, el nuevo pueblo de Israel, la Iglesia naciente, se presenta con varias características que nos motivan hoy a vivenciar un auténtico espíritu cristiano en nuestras comunidades actuales. La primitiva comunidad cristiana es:

1) UNA COMUNIDAD TESTIMONIAL, que vive con profunda CONVICCIÓN y asume con FIDELIDAD total el Seguimiento de Jesús, nuestro Señor y Maestro. De tal manera que, quienes ven la forma de comportarse de estos cristianos, pueden decir con profunda admiración: *“Mirad cómo se aman”*, tal como lo atestigua aquel escritor de los primeros

siglos, Tertuliano, el cual testificaba cómo los paganos admiraban a los cristianos, o al menos quedaban sorprendidos por esa actitud de profundo amor con que vivían y se trataban mutuamente, añadiendo: *“mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro”*. Esta primera forma de vida de la primitiva comunidad cristiana nos invita en el tiempo actual a *DEJAR la MEDIOCRIDAD* con que vivimos nuestro cristianismo, a *NO VIVIR DE APARIENCIAS* en nuestra manera de actuar, a *NO SER CRISTIANOS DE NOMBRE* por el bautismo recibido, sino *AUTÉNTICOS Y CONVENCIDOS SEGUIDORES DE JESÚS*.

2) UNA COMUNIDAD PERSEGUIDA, PERO TAMBIÉN FORTALECIDA, FIEL y PERSEVERANTE hasta el fin, que aún en medio de los sufrimientos, se sentía dichosa por parecerse al Maestro que supo transformar el sufrimiento de la Cruz en un medio e instrumento de redención y de salvación para toda la humanidad. En la actualidad, la Iglesia también es perseguida de muchas maneras, y esto nos invita a los cristianos de hoy a disponernos a la prueba con fortalecimiento, fidelidad y perseverancia y, sobre todo, con grande sentido de esperanza, *VENCIENDO* la tentación del *MATERIALISMO*, *del SECULARISMO* e de la *INDIFERENCIA RELIGIOSA* con que muchas veces vivimos hoy.

3) UNA COMUNIDAD MISIONERA, que aprovecha incluso la misma persecución para salir de Jerusalén e ir a todas partes compartiendo el Evangelio de Cristo para la salvación del género humano. Hoy somos invitados también por el Papa Francisco a *“salir de nuestras sacristías, para ser una Iglesia en salida”*, y de este modo vencer la *BUROCRACIA PASTORAL*,

la *FALTA DE CELO PASTORAL POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS* y la *VIDA CÓMODA YEGOÍSTA* en la actividad eclesial.

4) UNA COMUNIDAD CARISMÁTICA Y ESPIRITUAL, que se deja conducir en todo por el Espíritu Santo y que pone al servicio y en bien de los demás las gracias y carismas recibidos con profundo sentido de fraternidad y solidaridad. Esto nos motiva el día de hoy a vencer la tentación de buscar *PROTAGONISMOS* y permitir con humildad que Dios siga haciendo su obra en la Iglesia por medio de su Espíritu; a vivir con docilidad y humilde obediencia las directrices eclesiales que nos sean dadas para bien de la Comunidad, *EVITANDO LA BÚSQUEDA DE PUESTOS ECLESIASALES Y TÍTULOS HONORÍFICOS* y *ASUMIENDO SERVICIALMENTE LOS CARGOS, ENCOMIENDAS Y DESTINOS ASIGNADOS*.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO **(MEDITACIÓN DEL TEXTO)**

Un texto muy ilustrativo y que sintetiza muy bien la forma de vida de la primitiva comunidad cristiana y de la que da testimonio el libro de Los Hechos es el relato narrado en Hch 2,42-47: *“Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Todos estaban impresionados ante los prodigios y señales que hacían los apóstoles. . Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían las posesiones y haciendas, y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. Todos los días acudían juntos al templo, partían el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y*

gozando del favor de todo el pueblo. El Señor añadía cada día al grupo a todos los que entraban por el camino de la salvación”.

Según su promesa, Cristo resucitado y ascendido al cielo se queda, no obstante, con los hombres hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, su presencia en el tiempo de la Iglesia es diferente a la que tuvo durante su vida terrena. Ahora es el Espíritu Santo, primer don del Resucitado a los creyentes, el que prosigue su obra en la tierra y el que manifiesta el poder de su resurrección en la historia. Por eso transmite Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, como parte esencial de la «Buena Nueva», el relato de los primeros pasos de la comunidad cristiana, animada e impulsada por el Espíritu de Jesús.

En el primero de los «compendios» que describen a la Iglesia naciente aparecen las líneas fundamentales de la vida eclesial (v. 42). Por eso se ha convertido este fragmento en paradigmático para todas las comunidades cristianas. Cuatro son las características que distinguen a los creyentes:

- 1) La ASIDUIDAD A LA ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES, o sea, el reconocerse necesitados de aprender a vivir cada día y continuamente como cristianos.
- 2) La UNIÓN FRATERNA o «COMUNIÓN». La expresión *koinonía* -que aparece sólo aquí en la obra lucana- ha de ser entendida como aquella unión de los corazones que se manifiesta también en el reparto concreto de los bienes materiales.

- 3) La «FRACCIÓN DEL PAN». Ese gesto, típico de los judíos para iniciar la comida ritual y que comenzaba, de hecho, con la fracción del pan para cada uno de los asistentes, indica ahora también la eucaristía, el «memorial».
- 4) Y, por último, LA ORACIÓN, mediante el uso de las que procedían del judaísmo y de las cristianas: el Padre nuestro, y otras que fueron apareciendo muy pronto.

De este modo, la primera comunidad cristiana está totalmente abierta al don del Espíritu, que puede obrar milagros en ella *«por medio»* de los apóstoles (v.43). El relato deja aparecer el clima de alegría y de sencillez que nace de una vida de intensa caridad fraternal (v. 44) y de la oración unánime (vv. 46-47a). Y la cosa es tanto más sorprendente por el hecho de que el texto no oculta tampoco fatigas y persecuciones.

No se trata, por tanto, de un cuadro utópico; más bien es preciso ver en él el *modelo ideal* al que hay que conformarse. El estilo de vida asumido por la Iglesia naciente es en sí mismo testimonio elocuente e irradiador, una evangelización que prepara los ánimos de muchos a recibir la gracia de Dios (v. 47b).

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO (COMPROMISOS DEL TEXTO)

Por lo que nos ofrece el texto de Hch 2,42-47 y tomando en cuenta que: 1) La escucha de la ENSEÑANZA APOSTÓLICA siempre nos invita a la ORACIÓN FRECUENTE; y 2) que la participación en la FRACCIÓN DEL PAN nos compromete a vivir la FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD, hemos de asumir, entre otras, las siguientes actitudes de vida, a ejemplo de la primitiva comunidad cristiana:

1) Acudir a la ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES Y EN ACTITUD ORANTE significa decidirse a VIVIR PERMANENTEMENTE COMO DISCÍPULOS DEL MAESTRO, escuchando con atención y humildad su Palabra (que ha sido comunicada y trasmitida fielmente por los Apóstoles y sus Sucesores), a través de la Meditación diaria, particularmente por medio de la Lectio Divina, participando con devoción y responsablemente en los Retiros Espirituales decanales y en los Ejercicios Espirituales anuales, siendo almas de sagrario con nuestra oración diaria, y en toda otra forma que nos lleve a estar siempre a los pies del Maestro como sus discípulos y así aprender a ser verdaderos Pastores del rebaño encomendado.

El “ser discípulo de Jesús” es una exigencia y una responsabilidad; pero también es un don y un privilegio que produce una felicidad que no es de este mundo. Es fuente de gozo mesiánico. Jesús mismo lo sentía y lo comunicaba: “Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron!” (Lc 10,23-24).

En los evangelios, los discípulos son el pequeño grupo que sigue de cerca a Jesús, o más concretamente, los discípulos son los que están con Él, como testigos, y aprendiendo su estilo de vida. El aprendizaje del discipulado implica un seguimiento atento, vivido paso a paso, siempre abierto a la maravillosa revelación de su identidad, del sentido del camino y de la misión. **¿Y QUÉ PIDE JESÚS A SUS DISCÍPULOS?** De entrada, lo que pide Jesús a sus discípulos es **UN CAMBIO RADICAL E INSTANTÁNEO**. Desde el mismo momento de la llamada, hay que dar la espalda a la anterior manera de vivir y aceptar a Jesús como sentido único y absoluto de la vida: «*Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres... Luego ven y sígome*» (Mc 10,21); «*Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermana, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío*» (Lc 14,26); «*El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios*» (Lc 9,62). Por eso quien quiera ser auténtico Discípulo del Maestro, deberá asumir gozosamente y fortalecido en el Espíritu, el siguiente Programa de Vida:

- **LA CRUZ DE CADA DÍA** (ver Lc 9,23): “*Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos, les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígome; porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero, quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará»*” (Mc 8,34-35). Lucas añade: ‘cada día’.
- **UNA FE INQUEBRANTABLE**: “*Jesús subió un día a la barca y con él sus discípulos. Se desató una violenta tempestad. La barca quedaba tapada con las olas. Jesús dormía. Ellos le despertaron diciendo: «Señor, ¡sálvanos que perecemos!» Y Jesús los increpa: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»*” (Mt 8,23-27).

- UN DESPRENDIMIENTO TOTAL E INMEDIATO: *“Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío”* (Lc 14,26). Hay que comprender bien el sentido de estas palabras de Jesús. Él no está pidiendo ese sentimiento malo que llamamos “odio”, sino un “desprendimiento radical” (ver Lc 9,57-62 para otras exigencias de la vocación apostólica).
- COMPARTIR EL MISMO DESTINO DE JESÚS: *“El que no lleve su cruz y venga en pos de mí no puede ser discípulo mío”* (Lc 14,27).
- UNA RENUNCIA A TODOS LOS BIENES: *“De igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío”* (Lc 14,33).
- ABANDONO TOTAL A LA PROVIDENCIA DIVINA: *“No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y la justicia (de Dios), y todas esas cosas se os darán por añadidura”* (Mt 6,25.32-33).
- SER COMO NIÑOS: SENCILLOS Y SIMPLES: *“Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el reino de Dios como niño, en entrará en él”* (Mc 10,14-15).

2) La FRACCIÓN DEL PAN, es decir, la EUCHARISTÍA es el más grande e importante Sacramento de la vida cristiana. Es el máximo Don que el Señor nos ha hecho: en él Cristo condensa su vida y su obra y se da a nosotros. Demos al Señor una respuesta adecuada a su Don tan maravilloso.

Hagamos de la Eucaristía el centro de nuestra vida y de nuestra actividad. Lleguemos a ser lo que recibimos, o sea, que cada uno de nosotros se entregue en plenitud a Cristo y esté en Él, como Cristo, en plenitud, se entrega y está con nosotros. La Eucaristía nos ha de mover a manifestar nuestro amor a Jesús que como Dios y Redentor nuestro fue enviado por el Padre para librarnos del pecado y llevarnos a la vida eterna, como Hombre y Hermano nuestro nos ha amado primero, llegando su amor por nosotros, hasta el sacrificio de su propia vida, y como Señor y Maestro nuestro nos ha puesto el ejemplo de amar no sólo de palabras sino con la propia vida. Es por eso que al celebrar y participar en la Eucaristía, somos invitados a poner en práctica los siguientes compromisos:

- **OFRECIMIENTO DE LA PROPIA VIDA A DIOS.** La Constitución Dogmática sobre la renovación litúrgica del Vaticano II, nos recuerda: “Con solícito cuidado la Iglesia procura que los cristianos no asistan a la celebración eucarística como extraños y mudos espectadores, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada, no sólo por manos del sacerdote sino juntamente con El” (S.C. 48).

Y en el Decreto Sobre el Orden Sacerdotal el mismo Vaticano II insta a los sacerdotes para que “enseñen a los fieles a ofrecer al Padre en el Sacrificio de la Misa la Víctima divina y a ofrecer la propia vida juntamente con ella” (P.O. 5). No debemos acudir a la Cena del Señor con las manos vacías. Con fe y amor hemos de reproducir el gesto del Redentor, el cual ofrece al Padre total y generosamente su vida. Antes de celebrar y de alimentarnos de la carne y de la sangre de Cristo, hemos de compartir con El su sacrificio: con su vida, ofrecer también la nuestra a Dios. Por eso, todos participamos del sacerdocio real de Cristo.

sacrificio eucarístico es la cumbre de toda la vida cristiana y del ministerio sacerdotal. Hagamos de la celebración eucarística el centro de nuestra vida. Por Cristo y con Cristo, ofrezcamos a Dios: Nuestros trabajos, nuestras luchas, nuestras angustias, nuestras alegrías, nuestras penas, nuestros sacrificios, nuestros éxitos, nuestros fracasos y nuestros proyectos. El sacrificio eucarístico se ofrece, pero antes se vive.

- **PURIFICACIÓN DE LOS PECADOS Y PRÁCTICA DEL AMOR EVANGÉLICO.** Nuestra inmolación ha de llevarnos a una constante y continua purificación de todo pecado en nuestra vida, para que nuestra ofrenda filial al Padre sea cada vez más parecida a aquélla de su Unigénito: digna, agradable, perfecta. Los que comparten con Cristo su sacrificio, buscan crucificar su propia carne con sus vicios y concupiscencias, buscan practicar real y efectivamente el amor a sus semejantes y buscan la Palabra de Dios para entenderla y practicarla. Si todos los sacerdotes y fieles celebráramos y participáramos en el sacrificio eucarístico “consciente, piadosa y activamente” como nos sugiere el Concilio Vaticano II, habría en el mundo menos egoísmos e injusticias, esclavitud y luchas, y habría más fraternidad, justicia, libertad y paz.

- **SANTIDAD DE VIDA POR LA GRACIA DIVINA.** El sacrificio eucarístico, perpetrado en la Iglesia y celebrado continuamente de un extremo a otro de la tierra por todos los que creen y siguen a Jesús, es para la gloria de Dios y la santificación de los hombres. No desperdiciemos tan excelente medio divino de gracia. La Eucaristía es la inmensa riqueza que tenemos los cristianos. Es lo más grande y santo que podemos ofrecer a Dios. Es el sacrificio de Cristo y nuestro. A la ofrenda infinitamente santa y perfecta de Cristo, unamos el pobre e imperfecto don de nuestra vida al Padre celestial.

Es nuestro deber de hijos y será también, nuestra gloria. Recordemos las sencillas y prácticas palabras de la Imitación de Cristo: “Dolores, penas, trabajos, tribulaciones no faltan; lo que falta es que nosotros asociemos nuestras penalidades al sacrificio eucarístico. Todos esos trabajos, que padecidos por nosotros personalmente, apenas tendrían algún valor, al vincularse al sacrificio de Cristo se convierten en actos sacrificiales; en actos del mismo Cristo que les comunica sus propios merecimientos” (Im 4,8-9 y L.G. 6,48). Compartir con Cristo su sacrificio es la mejor preparación para unirnos a Él, después, en la santa Comunión. Como el piadoso autor de la Imitación de Cristo, demos gracias al Señor por haber instituido el sacramento de la Eucaristía: “Gracias te sean dadas, Creador y Redentor de los hombres, por haber dispuesto aquella gran Cena en la que nos diste a comer, no el cordero figurativo, sino tu sacratísimo Cuerpo y tu Sangre, alegrando a todos los fieles con el Sagrado Banquete” (Im. 4,11). Démosle gracias de corazón y siempre, procurando que este inefable Don de Dios encuentre una respuesta digna y plena a lo largo de toda nuestra vida.

ORACIÓN FINAL

Puesto que la Virgen María ocupó un lugar importante en la primitiva comunidad cristiana, concluyamos nuestro encuentro espiritual, rezando a dos coros y terminando todos juntos, la siguiente ORACIÓN A LA VIRGEN MARÍA EN LAS DIFICULTADES:

C1: María, tú conoces nuestro corazón y sabes cómo es asaltado por muchas dificultades.

C2: Hay que luchar para conservar inquebrantable nuestra fe, ahora que tantos a nuestros alrededores ya no creen.

C1: Hay que luchar para conservar intacta nuestra pureza, ahora que el mundo es una gigantesca organización del mal.

C2: Hay que luchar para conservar vibrante nuestro entusiasmo, ahora que los hombres están preocupados por bienes materiales.

C1: Para que nuestra fe se mantenga inquebrantable, sé tú nuestra defensa, ¡oh Virgen María!

C2: Para que el mal no tenga poder en nosotros y para que no siembre de ruinas e incertidumbres nuestras almas, sé tú nuestra defensa, ¡oh Virgen María!

C1: Para que afectos prematuros no dispersen nuestras fuerzas y destruyan nuestro corazón, sé tú nuestra defensa, ¡oh Virgen María!

C2: Para que conservemos jóvenes e intactos nuestros entusiasmos, sé tú nuestra defensa, ¡oh Virgen María!

TD: Virgen Santísima, acompáñanos en las fatigas del trabajo cotidiano, en las plegarias, en las penas y dificultades de la vida, de modo que nuestro entusiasmo inmortal pueda elevarse, libre y puro, a Dios, y servirlo gozosamente, con generosidad y fervor.
AMÉN.



TEMA 6

LA BIENAVENTURANZA DEL AMOR FRATERNAL.

*¡Miren qué bueno es, qué grato
que los hermanos convivan juntos! (Sal 133,1).*

*Pbro. José Federico Vaca Silva.
Licenciado en Sagrada Escritura.*

La unión fraterna (Salmo 133)

¹Canción de las subidas. De David.

*¡Miren qué bueno es, qué grato
que los hermanos convivan juntos!*

*²Como ungüento fino en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la orla de sus vestidos.*

*³Como el rocío que baja del Hermón
sobre las cumbres de Sión;
allí dispensa Yahvé bendición,
la vida para siempre.*

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

Desde el día de nuestra ordenación presbiteral, hemos entrado a formar parte de un presbiterio, del cual todos nosotros participamos íntimamente, sirviendo a una Diócesis, cooperando con nuestro Obispo.

A pesar de ser un presbiterio tan grande en cuanto al número de presbíteros, territorio pastoral y a las distintas actividades, todos nosotros somos hermanos y estamos llamados a descubrir la dicha y la bondad de ser hermanos, pues pertenecemos al mismo presbiterio de la Arquidiócesis de Guadalajara, tal como nos lo recuerda *Presbyterorum Ordinis*: “todos nosotros hemos sido enviados a cooperar en la misma obra de salvación, si estamos ejerciendo el ministerio parroquial, o dedicados a la enseñanza, trabajando con las propias manos o llevando cualquier obra de apostolado, todos trabajamos para un mismo fin: la edificación del Cuerpo de Cristo, que requiere de múltiples organismos y nuevas instancias”.

La Iglesia es la gran familia de Dios en la cual todos nosotros somos hermanos, pero de una manera muy particular entre nosotros los presbíteros existe una fraternidad íntima que brota del mismo sacramento del Orden sacerdotal, de suerte que podemos afirmar que entre nosotros los presbíteros la fraternidad que surge del sacramento del Bautismo se refuerza con la fraternidad que emana del sacramento del Orden.

En el Antiguo Testamento el Pueblo de Israel también se sentía y se sabía un pueblo que en su colectividad eran el “hijo de Dios” como lo podemos leer en el texto de Os 11,1: “Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo”, pues para el Profeta, la verdadera historia de Israel comienza con la salida de Egipto, y el pueblo de Israel se considera como “hijo de Dios” y quienes pertenecen a este pueblo de Dios se consideran entre ellos hermanos.

¹⁷PO 8.

Sabemos que en la literatura del Antiguo Testamento tienen particular importancia los Salmos, pues son la “oración del pueblo de Israel”, pero también el Salterio ha sido llamado con razón el “libro de oraciones de la Iglesia” a causa de su amplio uso en la liturgia. Y para iluminar nuestra reflexión sobre la fraternidad sacerdotal en esta ocasión nos servimos del Salmo 133, que es un bello Salmo que canta la belleza y bondad de la comunión fraterna.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

Sabemos que los géneros literarios más importantes de los Salmos son los himnos, las súplicas y la acción de gracias. Dentro de los himnos, existen unos salmos que se denominan los “salmos de las peregrinaciones” o “canciones de las subidas”, que son los Salmos que los peregrinos cantaban mientras iban de camino hacia el Templo de Jerusalén, y ahí es donde encontramos a nuestro Salmo 133, que canta la bondad de estar juntos como hermanos delante de la presencia de Dio, pues este Salmo ensalza la cooperación y convivencia armoniosa de los hermanos.

Este Salmo comienza con una exclamación de tipo sapiencial, que proclama la bienaventuranza de los hermanos cuando conviven juntos: “¡Miren qué bueno es y qué grato que los hermanos convivan juntos!”, que podríamos traducir a manera de bienaventuranza: “Dichosos los hermanos que saben convivir juntos”. Cada que nosotros vivimos y convivimos unidos actualizamos y renovamos esta bienaventuranza del Salmo 133.

Aquí los hermanos pueden ser los sacerdotes o los levitas, pero lo más probable es que se refiere a toda la familia israelita, especialmente cuando acampaban en las laderas que rodean a Jerusalén durante las fiestas. A medida que más y más personas entraban en la ciudad santa para cada una de las fiestas anuales y todo el pueblo convivía como hermanos se proclamaba la belleza de la fraternidad del pueblo y se veía como una bendición.

El tema que unió a estos antiguos creyentes fue la orden de Dios de que todos los hombres aparecieran en Jerusalén para las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos (Dt 16,16). Estas peregrinaciones eran religiosas, sin duda, pero también suponían un necesario cambio de ritmo. Aquí los hombres podían encontrarse con sus amigos, compartir sus problemas, ponerse al día con las noticias y cumplir con su deber para con Dios.

Este Salmo nos propone dos ilustraciones de la concordia fraterna, las cuales son muy interesantes. La primera imagen es de la unción de Aarón. Éxodo 30,22-25 tiene la receta del aceite y el procedimiento para ungir tanto a los sacerdotes como a los muebles y utensilios sagrados: “prepararás con ello el óleo para la unción sagrada, perfume aromático como lo prepara el perfumista. Éste será el óleo para la unción sagrada” (v. 25). Este procedimiento era costoso; este aceite era fragante; eran los mejores aromas disponibles en la tierra. Aarón fue el primer sumo sacerdote, por lo que representa la dimensión espiritual de la peregrinación de este Salmo, y el aceite con el que se le ungió el día de su consagración sacerdotal desde la cabeza y que corrió por su barba es algo maravilloso y

siempre motivo de ser recordado con alegría, pues así de hermoso es ver a los hermanos conviviendo juntos.

Al poeta le interesa el aroma que se expande a medida que el aceite resbala lentamente por la cabellera y la barba del sumo sacerdote, hasta el cuello de los ornamentos sacerdotales. También el descenso es simbólico: de la cabeza, por el cuello, hasta el pecho; o sea, por el sumo sacerdote, cabeza y mediador, hasta el pueblo. Así es la hermandad de los israelitas: ungida, consagrada, aromática; y lo que decimos de la fraternidad de los israelitas, por extensión lo podemos decir de la Iglesia y particularmente de la fraternidad sacerdotal. Cuando vivimos la fraternidad sacerdotal podemos expandir el dulce y suave aroma de la presencia de Cristo que se dispersa desde nuestro ministerio.

La segunda imagen es del rocío del monte Hermón. Hermón es la montaña del extremo norte de la tierra prometida. En sus laderas comienzan los cuatro afluentes del Jordán. Nevado gran parte del año, simboliza la abundante humedad, el don de Dios a una tierra seca. Algunos se preguntan cómo las plantas pueden sobrevivir a los largos veranos sin lluvia de Palestina. Pero la respuesta es el rocío. Por la noche, a medida que baja la temperatura, la humedad del aire se condensa para proporcionar la humedad necesaria para las plantas. Así como el agua es un regalo, Dios bendice a su pueblo con unidad y vida continua, y cada que los hermanos se reúnen a convivir juntos Dios derrama su bendición no sólo a ellos sino a todo el pueblo.

Una vez propuestas las imágenes, el poeta puede darles otro nombre y explicar la razón de estas imágenes. Allí en el templo, a la comunidad de

unidos, el Señor envía su bendición: bendición que es vida, vida que es duradera. Porque la vida es exquisita fragancia (la muerte es maloliente), la vida es húmeda y fecunda (la muerte es árida y estéril). El amor fraternal es una bendición que atrae bendiciones, es vida plena que se prolonga, es aroma que se difunde, es rocío que se impregna. Y cada que nosotros vivimos y experimentamos la fraternidad sacerdotal actualizamos esta bendición para nosotros y para nuestro presbiterio y para nuestras familias.

Para nosotros los cristianos católicos, los Salmos tienen una particular importancia porque Jesús oró con los ellos. De ahí que es importante descubrir el uso de los Salmos en el Nuevo Testamento. Podemos descubrir en el Evangelio de Juan un paralelo con el Salmo 133. Allí Jesús oró por la unidad de los creyentes, “para que sean uno, como nosotros” (Jn 17,11). Cuando Jesús hace esta petición en su pensamiento, como trasfondo estaba la plegaria del Salmo 133,1: “¡qué bueno es, qué grato que los hermanos convivan juntos!”.

El mismo Cristo quiere que entre nosotros vivamos como hermanos cuando amonesta a sus discípulos: “no se dejen llamar maestros, porque Maestro es uno, el Cristo, y todos ustedes son hermanos” (Mt 23,8). El nombre común para designar a los cristianos era precisamente “hermano” tanto que Pablo puede decir que: “uno que se llama hermano” para indicar a un cristiano (1Cor 5,11).

En cuanto a la imagen del perfume y de la dulce fragancia, en el Nuevo Testamento encontramos una resonancia en el texto de la unción en Betania (Jn 12), y en otra ocasión el mismo Pablo nos dice que “por nuestro medio Cristo difunde por todas partes la fragancia de su conocimiento, porque somos aroma de Cristo ofrecido a Dios” (2Cor 2,14-15).

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

Hemos afirmado a la luz de este Salmo 133 que el amor fraternal es una bendición que atrae bendiciones, y que cada que vivimos la fraternidad sacerdotal actualizamos esta bendición para nosotros y para nuestro presbiterio. Descubrimos que hay distintas maneras de vivir la fraternidad con nuestros hermanos sacerdotes, pues la podemos vivir en las mismas instancias naturales como son la fraternidad en la parroquia, el decanato, la generación de ordenación sacerdotal, los distintos grupos de vida espontáneos que surgen en el presbiterio, en las distintas comisiones, instancias diocesanas, etc.

La podemos vivir también cuando nos reunimos como presbiterio para las distintas celebraciones diocesanas, o las misas en las que participamos como presbiterio, concelebrando juntos, orando unos por otros.

Es importante que todos los sacerdotes nos dejemos llevar por el espíritu fraternal, cultivando la solidaridad, hospitalidad, comunión de bienes, siendo solícitos de los hermanos enfermos, afligidos, los que están cargados por los trabajos, los que están solos. Como lo recuerda *Presbyterorum ordinis*: “que los de edad avanzada ayuden a los jóvenes como a hermanos y los ayuden en sus primeras empresas y cargas del ministerio, y que los jóvenes respeten la edad y la experiencia de los mayores, consultando con ellos las cosas que atañen a la cura de almas y colaboren de buena gana a su lado.

Si hemos descubierto que somos hermanos debemos de reunirnos con buena gana y alegremente para la recreación del ánimo”.

De igual manera la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* nos recuerda que “en virtud de la ordenación sagrada y de la común misión, todos los presbíteros se unen entre sí en íntima fraternidad, que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de caridad”.

De igual manera en *Sacerdotalis Coelibatus* se nos menciona que la “fraternidad sacerdotal también se debe manifestar cuando oramos y ofrecemos nuestra Eucaristía por nuestros hermanos sacerdotes”.

Estas son algunas acciones y actitudes que nos pueden ayudar a continuar viviendo la fraternidad sacerdotal entre nosotros como hermanos, en el servicio a nuestra Iglesia Diocesana de Guadalajara en comunión con nuestro Obispo. Y recordar que cada que vivimos la fraternidad sacerdotal actualizamos la oración y bienaventuranza del Salmista: ¡Miren qué bueno es, qué grato que los hermanos convivan juntos!

No hay que olvidar que ese amor fraternal es don de Dios, como rocío que impregna: “es la gracia de Dios la que hace habitar unidos a los hermanos” (San Agustín).

¹⁸PO 8.

¹⁹LG 28.

²⁰SC 79.

TEMA 7
LA VIDA DE ORACIÓN, ESPACIO PARA CONSTRUIR
LA PAZ Y LA COMUNIÓN CON DIOS
Y CON NUESTROS HERMANOS.

*Pbro. Santiago Navarro Chávez.
Licenciado en Teología Espiritual.*

Orientación pedagógica.

- Disponer el lugar adecuado que invite al silencio
- Si se puede, poner música instrumental tranquila, para recibir a los participantes.
- Recortar noticias de periódico sobre la actualidad y se les entregarán en su momento a los asistentes.
- Lo mismo, se puede preparar en papeletas las citas bíblicas del segundo momento y se les entregan a los participantes o leerlas en voz alta.

ORACIÓN INICIAL

- Se puede iniciar con la hora intermedia o la siguiente oración:

“Señor, Dios de la paz,
Tú que creaste a los hombres para ser herederos de tu gloria.
Te bendecimos y agradecemos porque nos enviaste a Jesús,
tu hijo muy amado. Tu hiciste de Él, en el misterio de su Pascua,
el realizador de nuestra salvación, la fuente de toda paz,
el lazo de toda fraternidad.

Te agradecemos por los deseos,
esfuerzos y realizaciones que tu Espíritu de paz suscitó en nuestros días,
para sustituir el odio por el amor, la desconfianza por la comprensión,
la indiferencia por la solidaridad.

Abre todavía más nuestro espíritu y nuestro corazón
para las exigencias concretas del amor a todos nuestros hermanos,
para que seamos, cada vez más, artífices de la PAZ.

Acuérdate, oh Padre, de todos los que luchan,
sufren y mueren para el nacimiento de un mundo más fraternal.

Que para los hombres de todas las razas
y lenguas venga tu Reino de justicia, paz y amor.
Amen.”

Oración por la paz del San Pablo VI

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

- Se reparte entre los asistentes los recortes de periódicos y cada quien comenta la noticia que le toco.

No estamos exentos de los acontecimientos del mundo que nos rodea, “estamos en el mundo, aunque no somos del mundo” (cfr. Jn 15, 18-19; 17, 14-16), pero somos afectados de una u otra manera.

Y no solo los acontecimientos locales y nacionales pueden ser un referente que incide en nuestro quehacer pastoral, sino también aquellos otros escenarios globales como la pandemia y la tensión de enfrentamientos y guerras de naciones, y más entre nosotros una violencia

galopante que nos sorprende a cada instante, este escenario de violencia, está más allá de Palacio Nacional, donde tienen otros datos, la violencia es una llaga abierta en el México cotidiano.

Tal afectación, no es solo psicológica y ambiental, sino material dado afectando la economía mundial, encareciendo los alimentos básicos, provocando nerviosismo en las familias, porque muchas veces no alcanza el salario para cubrir las necesidades básicas.

Estamos ya en una época del “post – pandemia” que ha dejado secuelas de salud en muchas personas, tristeza, soledad y angustia, así como afectaciones físicas.

Nuestro ministerio sacerdotal ha quedado pues, con bastantes huellas de estos escenarios.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

Ahora se leerán en voz alta los siguientes textos sugeridos y se guardará silencio, entre texto y texto.

“Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” Mt 18, 20.

“Por esto les digo: Todo lo que pidan en su oración, lo obtendrán si tienen fe en que van a recibirlo” Mc 11, 24.

“¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mis Padre? Lc 2, 49.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” Lc 23, 46

“No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí...” (Jn 14, 1)

“Les dejo la paz, mi paz les doy. Una paz que el mundo no les puede dar. No se inquieten ni tengan miedo” Jn 14, 27

“Vivan alegres por la esperanza, sean pacientes en el sufrimiento y perseverantes en la oración” Rom 12, 12.

- Al terminar la lectura podemos hacer la siguiente reflexión, dando lugar también a que los asistentes puedan compartir lo que los textos anteriores les motivan.

Jesús hombre de oración

En los evangelios encontramos a Jesús buscando la soledad y la quietud de la noche para el encuentro con su Padre celestial, sin Él no puede vivir, sin Él no puede cumplir su misión, en horizonte de su vida siempre está su Padre, sus primeras palabras y sus últimas palabras son en relación con su Padre.

Jesús es el hombre de la soledad fecunda, en el silencio de su “yo” se va moldeando el “tú” trascendente, es el hombre de la presencia constante

de Dios, Él es sagrario de la presencia humana, es “Arca de la Alianza” por su continua comunión de amor con su Padre Dios, por su relación íntima, por su oración.

Sacerdote, hombre de Dios por la oración

El sacerdote, prolonga Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote por su oración íntima, dígase de una manera más clara y precisa, no puede “ser” sin la intimidad con el Padre, su existencia depende de esta comunión en la experiencia del “Dios Vivo” y tiene que ir y venir a la hoguera del amor, al fuego de la oración.

Es la oración, fuente permanente donde fluye la fortaleza necesaria en medio de los escenarios de violencia y agresión, allí solamente de cara a Dios, podrá luego estar de cara al pueblo confiado, el sacerdote es mensajero de paz, no de violencia,

“En efecto, entre las graves contradicciones de la cultura relativista es evidente una auténtica desintegración de la personalidad, causada por el oscurecimiento de la verdad sobre el hombre. El riesgo del dualismo en la vida sacerdotal siempre está al acecho.

Esta vida espiritual debe encarnarse en la existencia de cada presbítero a través de la liturgia, la oración personal, el tenor de vida y la práctica de las virtudes cristianas; todo esto contribuye a la fecundidad de la acción ministerial. La misma configuración con Cristo exige que el sacerdote cultive un clima de amistad con el Señor Jesús, haga experiencia de un encuentro personal con Él, y se ponga al

servicio de la Iglesia, su Cuerpo, que el presbítero amará, dándose a ella mediante el servicio fiel e incansable de los deberes del ministerio pastoral.” (DMVP 50)

Entre los medios que articulan la vida espiritual del Sacerdote, la oración que no puede faltar sin lugar a dudas, “la más grande y bella oración”: es la Eucaristía, porque es ahí donde él se hace uno en Cristo y está llamado a ser artífice de paz en medio de la Iglesia en medio de sus hermanos.

Parte de su vida cotidiana, los salmos lo acompañan desde que sale el sol hasta que anocchece, de sus labios se prolonga la oración de Cristo a su Padre y la oración de la Iglesia. No puede despreciar herramientas piadosas, en su vida espiritual, que ayudan recuperar su sensibilidad y respeto a lo sagrado y de lo cual es guardián privilegiado.

“Por tanto, es necesario que en la vida de oración del presbítero no falten nunca la celebración diaria de la eucaristía, con una adecuada preparación y sucesiva acción de gracias; la confesión frecuente y la dirección espiritual ya practicada en el Seminario y a menudo antes; la celebración íntegra y fervorosa de la Liturgia de las Horas, obligación cotidiana; el examen de conciencia; la oración mental propiamente dicha; la *lectio divina*, los ratos prolongados de silencio y de diálogo, sobre todo, en ejercicios y retiros espirituales periódicos; las preciosas expresiones de devoción mariana como el Rosario; el Vía Crucis y otros ejercicios piadosos; la provechosa lectura hagiográfica; etc. Sin duda, el buen uso del tiempo, por amor de Dios y de la Iglesia,

permitirá al sacerdote mantener más fácilmente una sólida vida de oración. De hecho, se aconseja que el presbítero, con la ayuda de su director espiritual, trate de atenerse con constancia a este plan de vida, que le permite crecer interiormente en un contexto en el cual numerosas exigencias de la vida lo podrían inducir muchas veces al activismo y a descuidar la dimensión espiritual. (DMVP 50)

Sin lugar a dudas, será en el silencio del encuentro con Dios, donde el sacerdote recupera la paz y aclara sus pensamientos, así como un sano y equilibrado enfoque a su ministerio, que muchas veces se siente en medio de las crisis y tormentas inevitables de la vida en medio del mundo.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

El “quehacer sacerdotal” será fecundo, en la medida en la que sea dócil al influjo del Espíritu Santo, sin lugar a dudas él ha sido signado por el carácter sacramental para ser de Cristo en la Iglesia y en medio del mundo.

No se podrá hablar de Dios, si antes no se ha hablado con Dios. Será “instrumento de paz”, en la medida que él mismo haya bebido y saciado su sed, en el manantial de agua viva que es Cristo.

Todo sacerdote, está encadenado a la oración para ser hombre de Dios, para ser el hombre del Espíritu, ha de ser un hombre de silencio, la dimensión contemplativa es sustancia de su alma de pastor. Será siempre oveja, cuando se encuentre de cara al Pastor de nuestras almas y será pastor, frente al pueblo que se le ha confiado.

- Preguntas para compartir:

1-¿Estoy convencido de orar siempre?

2-¿Qué dificultades tengo para recuperar mi vida de oración?

3-¿Procuro hacer meditación prolongada?

4-¿Cómo puedo ser mensajero de paz?

5-¿Impulso acciones concretas a favor de la paz?

ORACIÓN

- Se puede terminar delante del Santísimo Sacramento.

- O también con la siguiente oración de Santa Teresa de Ávila

Dichoso el corazón enamorado
que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,
por Él renuncia todo lo criado,
y en Él halla su gloria y su contento.

Aún de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso.

Nada te turbe; nada te espante;
Todo se pasa; Dios no se muda;
la paciencia todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene, nada le falta.
Sólo Dios basta.

Gloria a Dios Padre,
gloria a Dios Hijo,
igual por siempre
gloria al Espíritu.
Amén

TEMAS DE ESTUDIO



TEMA 1

FACTORES PSICOLÓGICOS QUE FACILITAN LA COMUNIÓN.

*Pbro. Ramón Duarte Miranda.
Licenciado en Psicología.*

Todos sabemos que el ser humano es un ser en relación, estamos hechos para socializar, interactuar con los demás y también con el mundo. El poder relacionarnos nos abre un camino amplio para la realización personal y la de los demás. Es un camino que recorremos todos los días de ida y vuelta, de ida porque nosotros salimos con todo nuestro bagaje de personalidad al encuentro del otro, y de vuelta, porque son muchos los que también cada día salen con su ser a relacionarse con nosotros; lo más bonito de la vida sería que en el ir y venir de nuestras relaciones todo fuera, como decimos, color de rosa, es decir, todo grato, edificante y en cierto modo, sin obstáculos y sin problemas, cosa que es imposible porque como seres humanos tenemos muchos aspectos que van haciendo que esas relaciones humanas, que deberían de ser, una oportunidad para alcanzar las más grandes metas y sueños, se ven truncadas e interferidas por una serie, llamémosle dificultades de la misma condición humana, es decir que por el mismo hecho de ser personas diferentes, con un montón de condicionantes de todo tipo, es muchas veces imposible, que nuestra

relación y comunión con los demás sea serena, gozosa y sin ningún problema, el detalle está en que los diferentes tipos de personalidad, llegan a chocar entre sí, y la mayoría de las veces, es por no darnos cuenta que el estilo de personalidad propio, obstaculiza el avance en la relación con los demás, en sentido más profundo, decimos que incluso, hay muchos factores inconscientes, que nos hacen ser y reaccionar como generalmente actuamos y que posiblemente van poco a poco aniquilando la unidad, la comunión y la paz entre nosotros sacerdotes.

Quiero enumerar algunos factores que influyen de manera negativa para alcanzar el sentido más profundo de comunión, unidad y sinodalidad entre nosotros.

La educación recibida

Es un factor que a veces no lo tenemos en cuenta y que tiene que ver para que nuestra relación y convivencia sea más sana y gratificante. No es lo mismo haber recibido una educación dura, estricta, a veces con golpes y hasta malas palabras, donde no podíamos contradecir o tratar de explicar la situación a nuestros padres, superiores o maestros, a una educación donde no hubo golpes ni maltratos, y se podía platicar o exponer la situación a nuestros padres o superiores. Esto marca, porque entonces la relación a veces se vuelve rígida, y movida por el deber y la obligatoriedad y no por el sentido de hermandad y de comunión. Por tanto, la relación es un deber que debo cumplir, no hay apertura ni profundidad, esto da como resultado relaciones muchas veces funcionales.

La Edad

Junto con el estilo de formación, está el factor de la edad, nuestro presbiterio es un mosaico de diferentes etapas y edades que sin nosotros quererlo, marca como una raya que no nos permite acercarnos tanto como deseamos, somos como de otra época, y además, los prejuicios, estilos de pensar, el estilo de teología y de formación recibida han sido diferentes, y como nosotros mismos decimos, la formación nos marca y sin quererlo, ya estamos comentando que en nuestros tiempos, a esa edad ya hacíamos esto y aquello, y que lo que hacen tales o cuales sacerdotes de otra edad no nos parece sensato por esto y por aquello. Edad, que nos hace pensar de manera muy diferente y por lo mismo reaccionar y socializar de manera muy diferente, y la realidad es que no nos entendemos, los viejos no entienden a los más jóvenes y viceversa, y esto también fractura la comunión, no debería ser así, pero es una realidad que vivimos continuamente.

La envidia

Aunque somos pastores del pueblo de Dios, este lado humano dañado nos lleva a vivir entre nosotros con envidia, en medio de tantas cosas buenas, como la buena semilla en el campo sembrado, aparece la cizaña de la envidia, que nos lastima y nos aleja de los demás, y que no nos permite vincularnos como tendría que ser entre hermanos, porque el corazón está afectado por este bicho que no nos permite alegrarnos y acercarnos y fraternizar como se debiera, porque la envidia causa incomodidad a la persona que la sufre, ante el hermano o los hermanos que luchan por hacer un presbiterio unido.

Celos Pastorales

Este síndrome así llamado entre nosotros, va muy de la mano de la envidia, ya que es fruto de dejar crecer la envidia en nuestro corazón y entonces el resultado es la molestia porque al hermano, al compañero, al vicario o al cura, lo quieren más que a mí, lo atienden mejor, lo buscan más y a mí no me hacen caso, pareciera que no existo, y esto tiene consecuencias funestas, como el dejarnos de hablar, poner al hermano en mal con los superiores, hasta echarle encima la gente o tales grupos afines a mi persona, so pretexto de que no está trabajando adecuadamente, y muchas cosas más que entre nosotros sacerdotes, conocemos, y tristemente vivimos.

Aislamiento

No es raro que en nuestras reuniones de todo tipo, decanato, vicaría, presbiterio, nunca estemos completos, siempre faltan algunos, eso da tristeza, pero también hay desilusión, y lo peor es que siempre faltan los mismos, les cuesta a estos hermanos el hacer comunión, y en primer lugar cuesta mucho trabajo acercarse a ellos porque suelen ser herméticos, se alcanza a sentir de entrada como una barrera con un letrero que dice: "favor de no meterse en mi vida", y cuando por fin se logra dialogar y se les pregunta ¿hermano qué te pasa? no participas en nada , ¿estas enfermo? ¿tienes alguna dificultad? Las respuestas son varias, pero en general escuchamos expresiones como éstas: Yo desde el seminario soy reservado, yo así soy y me gustaría que me respetaran mi individualidad, no voy a nada porque a nuestros obispos ni les interesamos y por ende pues, para que voy, vayan ustedes, para que voy a eso, son pura pérdida de tiempo, no vemos

nada nuevo y además son reuniones muy superficiales, estoy ocupado porque tengo cosas más importantes, hay algunos más que en los jueves precisamente que toca decanato, tienen rehabilitación o tienen citas médicas, o salidas al banco, o difunto. En fin, una lista muy grande de pendientes y quehaceres que hacen imposible la asistencia de muchos sacerdotes a las reuniones o encuentros programados con mucho tiempo de anticipación, y que esto va aislándolos cada vez más del ambiente sacerdotal propio de nuestro ser.

La Crítica y murmuración

Es una pena y una tristeza que entre nosotros, sacerdotes del Señor, se de este fenómeno de lastimarnos mutuamente con la crítica, con los comentarios negativos sobre la persona de otro sacerdote, eso lastima la fraternidad, no solo lastima a un hermano sino que afecta a todo el presbiterio, porque la murmuración se mete como la humedad y va enfermando a todo el cuerpo presbiteral; ya no hay confianza, se limita la apertura y va engendrando enemigos por todos lados, se llega a vivir una inseguridad, a veces vivimos cuidándonos de tal o cual sacerdote, todo ello como fruto de críticas y de comentarios que no deberían de darse entre nosotros.

Y también otra repercusión es la división y separación, porque cuando nos damos cuenta de que fulano hablo mal de mí, se hiere el corazón, esto llega a producir rencor, coraje, rabia, deseos de venganza, y así vamos teniendo un presbiterio cada vez más roto.

El carrerismo

Quiero decir con esto, que algunos hermanos sacerdotes pareciera que están buscando siempre como subir peldaños en la jerarquía sacerdotal, afanados en buscar puestos, cargos, tristemente no con el fin de servir, sino de sentirse importantes, sobresalir por encima de los demás, pareciera que el sacerdocio es una oportunidad para buscar escalafones que se buscan y se persiguen, algunas veces se alcanzan, muchas veces no, pero algunos hermanos no desisten en insistir tocar puertas, buscar amistades que los coloquen en la palestra de lo que para ellos es “gente importante”, por supuesto que esto lastima la fraternidad, porque en ese afán de buscar puestos y honores, se recurre a un sin fin de manipulaciones, mentiras, a veces falsos testimonios, pisoteando al hermano sacerdote y creando por ende división y malestar en el ámbito presbiteral.

**Cuando hablo de envidia, critica y murmuración, más que fijarme en el ámbito moral, lo toco como un tema que tiene que ver más con ciertos aspectos psicológicos, esto no quiere decir que no tengan connotación moral, pero yo los abordaré desde el punto de vista de la psicología.*

Nuestro ser sacerdotal está íntimamente ligado al misterio de Dios, que en su dimensión Trinitaria, somos sacerdotes de Cristo y por lo tanto, este ser sacerdotal sacramentaliza toda nuestra vida. Es decir, el sacramento del orden nos da un vuelto ontológico que nos convierte en presbíteros, para vivir de por si para la comunión, podemos decir que somos presbíteros en cuanto nos debemos a un presbiterio, y por consiguiente, parte esencial en nosotros es vivir para la comunión, para la fraternidad.

“Es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana y, por tanto, también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio. En efecto, el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo, se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo.

Se puede entender así el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero. Mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo, según la oración del Señor: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,11.21)”.(PDV 12)

Los marcos bíblicos y doctrinales son muchos, me limito a señalar solo estos párrafos de Pastores Dabo Vobis, para que recordemos que la comunión no es un añadido a nuestro ser y misión, no es un gusto de los obispos, no es un requisito que nos ponen los superiores, es parte de nuestra esencia.

Ahora les propongo una serie de herramientas de tipo psicológico que nos pueden ayudar para ser mejores personas y por lo mismo evitar caer en esos aspectos tan nefastos antes mencionados

1.- El autoconocimiento

En la medida en que no dejemos de mirarnos a nosotros mismos, en el sentido de darnos cuenta de nuestro yo, es decir tomar seria conciencia de mí, de lo que digo y de lo que hago, de por qué lo digo y por qué lo hago, nuestra toma de conciencia de quién soy yo en realidad, me ubica en un plano donde entre mejor me conozco, más me doy cuenta de mis posibilidades y también de mis limitaciones y esto es un paso muy grande para abrirme de manera natural a los hermanos, porque conforme me voy conociendo, también soy capaz de entender y comprender al otro.

2.- Aceptación

No basta conocerme, es necesario aceptarme, aceptar mi historia, con todo sus cosas buenas y también aquellas que nos duelen y nos han lastimado, la aceptación es la capacidad de recibirme a mí mismo y de mirarme sin esconder nada de lo que soy y he sido, saber y darme cuenta que no tengo por qué culparme de nada, diríamos en términos espirituales, reconciliarme conmigo mismo, el darme cuenta de mí y de mi historia personal, me hace más receptivo al saberme aceptado por Dios que me ha amado y conociéndome me ha llamado. Por supuesto, que una persona que se acepta, está abierta para aceptar y comprender al otro, es como un corazón abierto donde se pueden alojar los demás.

Entre mejor nos aceptemos, la fraternidad y la comunión es más fluida y natural. Se termina la crítica y las mentiras, porque hay un entendido personal que se valora y se vive.

3.- Valoración Personal

Después de aceptarme, tengo que valorarme, es decir, darme cuenta que soy valioso, no importa lo que haya pasado en mi vida, el solo hecho de ser persona me ubica en la dignidad, y no solo eso, darme cuenta de tantas cosas buenas que tengo en mi ser, hará que mi percepción de mí mismo sea más real, con defectos y virtudes, pero un ser valioso; no se diga ante los ojos de Dios, que soy su hijo, y no solo eso, hijo predilecto, para una misión específica. Merezco amar y ser amado, el dar valor y sentido a mi ser, hace que mi autoestima sea cada vez más profunda y sólida. No necesitaré de la aprobación de los demás, la envidia no cabe en un corazón sano, no andaré buscando puestos, cargos, ni que pongan en una vitrina, me basta el saberme valioso; pero no solo eso, me hace capaz de valorar a mis hermanos sacerdotes, de alegrarme con ellos, de darme cuenta de sus capacidades y de formar familia sacerdotal.

4.- Expresión de mis emociones

La mayoría de los sacerdotes fuimos educados para no expresar lo que sentimos, nos cuesta trabajo el poder compartir también lo que sentimos, quizás porque desde pequeños nos dijeron eso, por ejemplo: no llores, los hombres no lloran, no te quejes, el quejarse es de mujeres, deja de hacer esos guiños o gestos de ternura porque no eres niña, eso déjalo para

tus hermanas, y un montón de cosas y prohibiciones que nos dijeron y que eso marcó nuestra vida, y luego en el seminario también nos dijeron que no a la amistad particular, el casi prohibir la expresión de cariño y afecto por el amigo y compañero, todo eso hace que nos cueste mucho el poder dar y recibir afecto de manera sana, nos cuesta trabajo llorar, contar que me siento mal, que me siento frustrado, que me he equivocado; me cuesta decir te quiero, te amo, porque no aprendimos, la expresión de nuestras emociones y sentimientos parece ser que siguen encarceladas y eso hace un revuelo dentro de nuestro ser que nos va ahogando hasta que estallamos buscando salida a todo eso y casi siempre sale de la manera más inadecuada, compensaciones, vicios, adicciones o también con una neurosis insoportable.

Hemos de ser conscientes de nuestros sentimientos, darnos cuenta que lo origina, llamarle por su nombre y encausarle de la manera más sana que me haga crecer como persona, esto hará que nuestras relaciones como sacerdotes sean más ricas y provechosas, se tejen lazos de amistad y se crea una comunión estrecha y de verdadera hermandad. El aislamiento se aleja de nuestra vida, nuestro carácter se estabiliza y nuestra vida toma un sentido de alegría y cordialidad.

Me permito ser yo, me permito molestar, reír, amar. Eso es básico para que nuestro presbiterio sea más claro, honesto, transparente y se viva la comunión de manera genuina. Cristo les enseñó a sus discípulos a expresar lo que sentía, les llamó la atención, mostrando su molestia, les dijo que estaba triste, les expreso su alegría, y les dijo muchas veces que los amaba,

no que los quería, que los amaba, les llamó amigos. Pudo ser libre para expresar sus emociones, eso como base de un grupo de amigos que después serían los ministros del Señor, al igual que nosotros.

Espero que estos cuatro elementos, o herramientas psicológicas nos sirvan, realmente son cosas que ya sabemos y conocemos, pero que a veces olvidamos y por consiguiente no vivimos y que, si estamos más al pendiente de nosotros mismos, no me refiero al narcicismo, sería mucho más hermosa nuestra vida, nuestro sacerdocio y también nuestra vida fraterna.



TEMA 2

DESIDERIO DESIDERAVI.

Sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios

*Pbro. Lic. Walter Omar Pérez Angulo.
Licenciado en Teología Espiritual.*

El pasado 29 de junio de 2022, fue publicada la Carta Apostólica del Papa Francisco “Desiderio Desideravi” sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios.

El comunicado del Dicasterio para el Culto Divino, al anunciar el nuevo documento, nos lo presenta como una reflexión sobre la belleza de la celebración litúrgica.

Estructura del Documento Dd:

Viene acompañada por un encabezado: La formación litúrgica del Pueblo de Dios.

Los párrafos van enumerados y con títulos en cursiva, que indican los diversos apartados que estructuran el texto. Tiene un total de 65 números y al final presenta un texto de san Francisco de Asís.

Comienza con la presentación Dd 1, donde el Papa explica que después de la “Traditiones custodes” quiere reflexionar sobre la liturgia.

Después hay 8 apartados:

1. La liturgia: el hoy de la historia de la salvación (nn. 2-9)

2. La liturgia: lugar del encuentro con Cristo (nn. 10-13)

3. La Iglesia: sacramento del Cuerpo de Cristo (nn. 14-15)

4. El sentido teológico de la liturgia hoy (nn. 16-19)

5. Redescubrir cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana (nn. 20-23)

6. Asombro ante el misterio pascual, parte esencial de la acción litúrgica (nn. 24-26)

7. La necesidad de una seria formación litúrgica (nn. 24-26)

7. Ars celebrandi (nn. 48-60)

Luego presenta una reflexión a modo de conclusión (nn. 61-65)

Al final aparece un fragmento de la Carta a toda la Orden (II, 26-29) de san Francisco de Asís, referido a la celebración de la Eucaristía y su efecto en nosotros.

La motivación del Papa Francisco de escribir la Carta Dd la señala en el n. 1 “quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la liturgia”.

Más claramente el Papa expresa su intención en el n. 16, al tratar el sentido

teológico de la liturgia: “*Con esta carta ... quisiera simplemente invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana*”. En resumen, el Papa quiere animarnos a tener un conocimiento profundo de la liturgia para que esa vivencia de la salvación realice la verdadera comunión y se superen las tensiones que se han producido en algunos lugares, tras la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II.

Dd no es un documento disciplinar ni establece ninguna normativa, desde el principio, intenta ofrecer una reflexión serena sobre la liturgia que la Iglesia celebra en continuidad con lo que Jesucristo mismo ha realizado en la última cena. De esa acción salvadora brota la liturgia de la Iglesia, que pastores y fieles deben conocer y celebrar.

En el presente estudio de Dd podemos centrarnos en tres apartados de la carta:

1. El sentido teológico de la liturgia (nn. 16-19).
2. La necesidad de una seria y vital formación litúrgica (nn. 27 47)
3. Ars celebrandi (nn. 48-60)

1. El sentido teológico de la liturgia (nn. 16-19)

Nos recuerda el Papa el documento conciliar *Sacrosanctum Concilium* que marca los principios generales y fundamentales de la reforma conciliar. Conocer este documento nos sitúa en el verdadero sentido de la liturgia cristiana, su verdadero significado y nos ayuda a reconocer que de ahí se derivan los demás documentos que el magisterio ha ofrecido para seguir profundizando.

Menciona el Papa que afecta mucho un conocimiento superficial o reductivo de su valor, o peor aún su instrumentalización al servicio de alguna ideología.

En estos números el Papa nos dice que la liturgia es el antídoto contra la “*mundanidad espiritual*”, que en otros mensajes ha referido. Esta mundanidad es alimentada por el gnosticismo y el neopelagianismo vinculados entre sí. La carta enumera que *el primero reduce la fe cristiana a un subjetivismo que encierra al individuo en su propia razón o de sus sentimientos. El segundo peligro anula el valor de la gracia para confiar solo en las propias fuerzas, dando lugar a un elitismo narcisista y autoritario...*

La liturgia en sentido teológico es el antídoto contra estos venenos, advierte. Porque la liturgia

+ no es un *ceremonial decorativo, o un conjunto de leyes y normas que deben ejecutarse fríamente*. Señala cual es el verdadero sentido de la acción celebrativa *que no pertenece al individuo sino a Cristo-Iglesia, a la totalidad de los fieles unidos a Cristo*. Lo que celebramos no nos pertenece a nosotros, es de Cristo y de la Iglesia, nosotros somos servidores de la liturgia y no dueños que podamos modificar, quitar, omitir lo que la Iglesia de Cristo señala como propio para celebrar su misterio de redención.

+ no dice “*yo*” sino nosotros, y cualquier limitación a la amplitud de este “*nosotros*” es siempre *demoniaca*. Con esto entendemos una gran verdad litúrgica que siempre es en comunidad. El Papa menciona que la limitación a la comunidad es siempre “*demoniaca*”.

El sentido de la celebración litúrgica nunca será excluyente, limitado o para unas cuantas personas, es un atentado al misterio de la universalidad de la Iglesia y de la acción salvífica de Cristo.

+ no nos deja solos en la búsqueda del presunto conocimiento individual del misterio de Dios, nos lleva de la mano juntos como asamblea, para conducirnos al misterio de la Palabra y los signos sacramentales. La liturgia es expresión de comunidad, de asamblea de sinodalidad, de caminar juntos y celebrar juntos a Cristo.

Preguntas para la reflexión del tema:

¿Qué entendemos por el sentido teológico de la liturgia? ¿Has vuelto alguna vez a releer la *Sacrosanctum Concilium*? ¿Qué entiendes al decir que la acción celebrativa no pertenece al individuo sino a Cristo? ¿Cómo juzgas que la liturgia siempre es una expresión de la asamblea, del caminar juntos?

2. La necesidad de una seria y vital formación litúrgica (27-47)

Un primer obstáculo que menciona el Papa para que esta formación sea eficaz es que el hombre moderno ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, parte esencial del acto litúrgico. Además, resalta la situación en la que vive el hombre postmoderno, “huérfano de todo”, de valores, carente de sentido...

La Iglesia ha dado respuesta a esta situación del moderno con las grandes constituciones conciliares, *Lumen Gentium* la Iglesia sacramento de Cristo

y luz de las gentes; *Dei Verbum* la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios; *Gaudium et spes* la Iglesia que reconoce y acompaña a los hombres de hoy en sus gozos y esperanzas. Y la *Sacrosanctum Concilium* que ya se mencionó al inicio de este estudio. Añade el Papa que como podemos aceptar una reforma a medias, como afirmar la validez de la reforma del concilio y no aceptar la reforma litúrgica.

Menciona el Papa las siguientes preguntas: ¿Cómo podemos crecer en la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? ¿Cómo podemos seguir asombrándonos de lo que ocurre ante nuestros ojos en la celebración? Necesitamos una formación litúrgica seria y vital. Esta formación de la liturgia tiene dos aspectos: la formación para la liturgia y la formación desde la liturgia. El primero está en función del segundo que es esencial.

Menciono los puntos que el Papa en la Carta nos dice acerca de la formación desde la liturgia:

1. Necesario encontrar causes para una formación que se difunda a todo creyente para que crezca y conozca el sentido teológico de la liturgia.
2. Los ministros muestren en sus celebraciones una experiencia de fe viva, alimentada de la oración y no quedarse en el frío cumplimiento del deber.
3. En los seminarios procúrese una formación que llegue a la vida y no solo en el cumplimiento estético de rubricas, una celebración que no evangeliza no es auténtica, insístase que la liturgia va más allá del aparecer y mostrar vestiduras antiguas, quedando la liturgia al nivel del aparecer la matamos.

4. La formación litúrgica no es algo que se pueda conquistar de una vez para siempre, es necesaria la formación permanente de cada uno, con la humildad de los pequeños, actitud que abre al asombro.

5. Ultima recomendación a los seminarios: que se logre que la celebración sea auténtica y que toque la vida, que permita vivir una verdadera comunión con Dios.

Qué se entiende ahora sobre la formación litúrgica:

1. Que cada uno según su vocación reciba una formación litúrgica.

2. La formación litúrgica no es un proceso mental y abstracto, sino debe ayudarnos a alcanzar una conformación plena con Cristo. Cita el Papa a León Magno con la siguiente frase: “Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, no tiene otra cosa sino convertirnos en lo que comemos”.

3. La liturgia no está compuesta de abstracciones espirituales, sino que se sirve de las cosas más sencillas de la creación: vino, agua, aceite, fuego, ceniza, colores, telas

4. La liturgia da gloria a Dios no porque podamos añadir algo a la belleza de Dios. La liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios.

5. El hombre debe ser capaz de símbolos, ya que el hombre moderno es analfabeto, ya no sabe leer los símbolos, apenas conoce su existencia.

6. Ver las cosas de la creación con respeto, pues con ellas se hacen los sacramentos, debemos situarnos ante ella con respeto, con una mirada nueva, no superficial.

7. Recibir la educación necesaria para adquirir la actitud interior, que nos permite situar y comprender los símbolos litúrgicos.

3. El Ars Celebrandi (nn. 48- 60)

Este apartado tiene mucho que ver con nosotros sacerdotes y nos ofrece varios consejos que debemos llevar a la práctica en nuestras celebraciones. Señala la carta que un modo de custodiar y crecer en la comprensión vital de los símbolos de la Liturgia es, ciertamente cuidar el arte de celebrar. Se debe cuidar el *ars celebrandi* que no quede en una mera observancia de las rubricas, ni tampoco en una fantasiosa creatividad sin reglas.

Menciona la carta que algunos conocimientos que debemos tomar en cuenta en el arte de celebrar:

1. La liturgia encierra un dinamismo y debe comprenderse justamente, de manera que los bautizados puedan experimentar la fuerza pascual del misterio de Cristo, pues sin esa fuerza puede reducirse a un mero exteriorismo o un rubricismo.
2. Conocer la actuación del Espíritu Santo en cada celebración: el arte de celebrar debe estar en sintonía con la acción del Espíritu Santo.
3. Conocer la dinámica del lenguaje simbólico, su peculiaridad y eficacia.

Con estas indicaciones se desprende que el arte de celebrar no se puede improvisar. Siempre requiere una aplicación asidua. La propia celebración debe trasmitirnos su arte. El arte de celebrar no consiste en un protocolo litúrgico, se trata más bien de una disciplina que debe observarse con autenticidad, son gestos y palabras que ponen en orden nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes y comportamientos.

Otro elemento que no puede faltar de revisar en el arte de celebrar es el silencio, toda la celebración eucarística está inmersa de silencio desde el inicio hasta el final. Con el silencio en la celebración damos su lugar al Espíritu Santo que anima toda la celebración. El silencio mueve al arrepentimiento, a la conversión, a la escucha de la Palabra de Dios, a la oración, y a la adoración del Cuerpo de Cristo.

La carta hace única invitación a los ministros a no mal acostumbrar a la asamblea con los gustos personales en el momento de celebrar, la invitación es clara a que se cuide el arte de celebrar conforme a la liturgia, solo debe haber un modelo de presidencia y no que cada uno hagamos el propio. Se mencionan algunas características de estos modelos celebrativos que obviamente son inadecuados: *rigidez austera o creatividad exagerada; misticismo espiritualizador o funcionalismo práctico; prisa precipitada o lentitud acentuada; descuido desaliñado o refinamientos excesivo; afabilidad sobreabundante o impasibilidad hierática*. Todas estas formas tienen una raíz común un personalismo exagerado en el estilo celebrativo.

Se hace una invitación a nosotros los presbíteros a tener en cuenta que en virtud del sacramento del orden recibido somos capacitados por el Espíritu Santo a realizar la presidencia de la Eucaristía. Se mencionan algunos consejos que el presbítero debe tener en cuenta:

1. Tener ante todo la viva conciencia de ser, por misericordia, una presencia particular del Resucitado.
2. El Resucitado es el protagonista y no nuestra inmadurez, que busca asumir un papel que no le corresponde.

3. Al presidir la Eucaristía el sacerdote se sumerge en el “horno del amor de Dios”.

4. Por nuestra dureza de corazón necesitamos un *directorio* para la celebración.

5. El arte de celebrar no puede improvisarse.

6. El presbítero por el sacramento del orden se asemeja a la Virgen María que custodiaba al Verbo en su seno, el sacerdote repite estos gestos de custodiar el sacramento, por lo tanto ¿Necesitamos una norma que nos diga cómo comportarnos?

7. Dejar que el Espíritu siga moldeando en nosotros la obra que Él mismo comenzó en el día de la ordenación.

8. La formación del presbítero para presidir mediante las palabras y los gestos la Liturgia que está puesta en sus manos y en sus labios.

En la conclusión el Papa nos invita a tener en cuenta dos aspectos de la Liturgia y a darles su importancia: el Año Litúrgico y la celebración del Día del Señor. Y al final una exhortación del Papa a abandonar las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantenernos en comunión, seguir adelante asombrándonos por la belleza de la liturgia.

A manera de conclusión. El Papa Francisco hace un llamamiento a todos los cristianos, obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, para que descubran la centralidad de la liturgia y la vivan. La formación nos lleva a comprender y a valorar lo que celebramos, por encargo del mismo Jesucristo.

Todo esto es posible en la comunión de la Iglesia, anunciando al mundo la salvación, como exhorta San Francisco en el texto final.

TEMA 3
EL SACERDOTE COMO AGENTE DE FOMENTO
Y CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ.

Pbro. Lic. Ernesto Hinojosa Dávalos.
Licenciado en Ciencias Sociales.

INTRODUCCIÓN

«Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente». Así lo cita el Concilio Vaticano II en la constitución dogmática *Gaudium et spes* (n. 53).

La Iglesia, doblemente milenaria, ha contribuido a la generación de cultura en la que han vivido innumerables generaciones a lo largo y ancho del mundo. La historia es testigo de ello. Mecenas de grandes artistas forjadores de sublimes obras de arte que elevan y engrandecen el espíritu humano, y quedan para la posteridad como testigos admirables de la capacidad humana de trascendencia. Por las aulas de conventos y seminarios, así como de sus escuelas y universidades, se han gestado innumerables pensadores e intelectuales que han contribuido grandemente al desarrollo de la ciencia, la literatura, la filosofía, la política, etc., contribuciones que en más de una ocasión han dado rumbo a la historia. Hombres y mujeres con espíritus sensibles a la creación de Dios que han dejado en arrebatos místicos poesía y composiciones de carácter espiritual sublimes y arrobadoras.

La generación de cultura ha hecho que la Iglesia sea interlocutora de su tiempo y en muchas ocasiones intercesora, le ha permitido entablar un diálogo creativo y propositivo; la sinergia que une esfuerzos comunes ante problemas comunes, ha producido resultados asombrosos para muchas generaciones. Tal ha sido el intercambio y aprovechamiento cultural con los que la Iglesia ha nutrido al mundo, particularmente al mundo occidental.

Pero parece que nos hemos detenido. La Iglesia ya no genera cultura y si no lo hace no puede ser tampoco interlocutora, no puede comprender los problemas de su tiempo y estará lejos de ser una voz acreditada que intervenga en las grandes transformaciones que necesita el mundo. Con un pie clavado en la rancia tradición de prácticas medievales, no ha puesto el otro pie firmemente en la renovación del Concilio Vaticano II, es decir, en el mundo actual. Los cristianos contemporáneos anhelamos los logros del pasado, conservamos lo que nos queda de esa grandeza y nos da miedo salir y arriesgarnos a cambiar el mundo por la fuerza del Evangelio. El llamado del Santo Padre el Papa Francisco, así como el de sus predecesores, es de renovarnos constantemente en el Espíritu Santo para que su sabiduría fluya en nuestras comunidades.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE

Nuestro país sufre los terribles estragos de la violencia. Ésta ha alcanzado niveles inimaginables y las formas o sus expresiones son verdaderamente monstruosas. Al momento de escribir estas líneas, la cifra de fallecidos por violencia tan solo en lo que va de este sexenio son más de

mil; los desaparecidos suman más de 100 mil en todo el territorio nacional. Dos flagelos lacerantes de nuestra vida comunitaria. La escalada de violencia llega a todos, a nadie deja indemne, la sufren tanto el caminante cotidiano en la calle como el encumbrado empresario; lo mismo que el político y el ama de casa, así como el sacerdote o la religiosa. También los niños son víctimas fatales de esta demencial espiral de agresividad que parece haber contagiado a la sociedad. También la violencia se sufre en pequeñas dosis de la vida diaria: los pleitos, pequeños o grandes, en las familias, entre los vecinos, en el trabajo, en el tráfico, en el transporte público, etc., enturbia la manera de tratarse y envuelve las relaciones interpersonales con características de ansiedad, miedo, depresión o violencia.

En este proceso de madurez comunitaria, la familia humana ha entrado en un momento de suprema crisis (GS 77). Las transformaciones culturales acontecidas en los últimos tiempos en nuestro país dan cuenta de ello, los valores sociales han cambiado, algunos con celeridad y otros lentamente. Por ejemplo, se ha pasado del asombro y el respeto por la persona en el vientre de su madre, a la aprobación y legalización del aborto; del matrimonio como base de la familia y la sociedad, a los mal llamados “matrimonios igualitarios”; de la definición sexual de lo masculino y lo femenino como parte de la identidad psicosexual, a la defensa de la diversidad sexual por la ideología de género; de la cultura de la paz y el encuentro, al distanciamiento social por miedo a la agresividad y la violencia; del estudio y la preparación como camino de vida y superación personal, al sueño de convertirse en influencer en las redes sociales y conseguir una vida fácil; de la filosofía y el amor a la verdad, a la corrupción,

la mentira y la simulación. Este cambio de valores sociales por fuerza obliga también el cambio cultural. Es necesario señalar lo que la Iglesia entiende como cultura para comprender la necesidad de generarla: «Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano» (GS 53).

Consecuentemente a lo señalado por el Concilio Vaticano II, podemos decir que, por las formas de la sociedad actual, está generando una anticultura, específicamente de la muerte, de lo andrógino, del miedo y la violencia, del desprecio del conocimiento, de la falsedad, entre otras formas de expresiones sociales que se van generalizando o han alcanzado ya una amplia aceptación como modo de conducta.

En estas circunstancias de la vida social, descuelga la máxima necesidad imperante en todas las capas de la sociedad: la paz. Sin duda alguna, «la paz es hoy el ardiente anhelo de la humanidad». La paz, para que sea duradera debe ser parte de la cultura, es decir debemos construir la cultura de la paz.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). El verdadero discípulo del Señor es un agente de paz y reconciliación. Los sacerdotes están llamados a replicar en sus vidas y comunidades el mensaje evangélico de paz. Inmerso en la vida de sus ovejas como su pastor, el sacerdote también goza y padece lo mismo que ellas. No se sustraerá al ambiente de su comunidad porque forma parte de ella, vive tanto sus tiempos como sus problemas. «También Jesús vivió en tiempos de violencia.

Él enseñó que el verdadero campo de batalla, en el que se enfrentan la violencia y la paz, es el corazón humano: “Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos” (Mc 7,21). Pero el mensaje de Cristo, ante esta realidad, ofrece una respuesta radicalmente positiva: él predicó incansablemente el amor incondicional de Dios que acoge y perdona, y enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (cf. Mt 5,44) y a poner la otra mejilla (cf. Mt 5,39). Cuando impidió que la adúltera fuera lapidada por sus acusadores (cf. Jn 8,1-11) y cuando, la noche antes de morir, dijo a Pedro que envainara la espada (cf. Mt 26,52), Jesús trazó el camino de la no violencia, que siguió hasta el final, hasta la cruz, mediante la cual construyó la paz y destruyó la enemistad (cf. Ef 2,14-16).

²¹Discurso del Santo Padre Francisco a una delegación de autoridades del budismo de Mongolia, 28/05/2022

Por esto, quien acoge la Buena Noticia de Jesús reconoce su propia violencia y se deja curar por la misericordia de Dios, convirtiéndose a su vez en instrumento de reconciliación, según la exhortación de san Francisco de Asís: “Que la paz que anunciáis de palabra la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones”».

Es el corazón humano, emociones, sentimientos y pensamientos, el primer campo donde se realiza la batalla para construir la paz. «... por eso la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y vigilancia por parte de la autoridad legítima» (GS 78).

El sacerdote, un hombre tomado de entre los hombres (Hb 5,1) que habita en medio de un pueblo de labios impuros (Is 6,4), es el primero en ser llamado a purificar su corazón para que asumiendo la voluntad divina, toda su persona se convierta en mensajero, agente y constructor de paz. Como sacerdote de Cristo, está llamado a ser promotor de paz en el corazón de su comunidad. El grito desesperado de las víctimas clamando justicia al cielo puede decirse que es del mismo Cristo que «levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos» (GS 88).

No obstante, esta apremiante situación que carcome la realidad por la violencia, pareciera que tanto la Iglesia como sus sacerdotes han bajado las manos en la generación de cultura y en el trabajo por la construcción de la paz como exigieran las bienaventuranzas.

²²Mensaje del Santo Padre Francisco por la 50 Jornada Mundial de la Paz, 1/01/2017

Una pasividad pasmosa nubla la visión de atender urgentemente los signos de los tiempos. Llamados a ponerse en camino, «Es en Cristo, el Señor, nuestra Paz, y en su Evangelio de gracia, de vida, de justicia y de paz que encontraremos la brújula, la inspiración y la fuerza, para salir de esta situación de inamovilidad y comenzar a caminar, guiados por esa luz tenue pero inextinguible de la fe; comencemos a construir, lenta pero inexorablemente, la nueva Iglesia y sociedad que soñamos para nuestro país.

Es un proceso pausado, gradual, sostenido, pero, así lo creemos, imparable porque es portador de las semillas, de los valores y principios del Evangelio».

La paz no vendrá sola, no se construye por mero deseo, sin embargo, encuentra en los sacerdotes de Cristo, verdaderos agentes de amor y misericordia. Es necesario, por tanto, que con mucha seriedad renueven el entusiasmo y asuman la responsabilidad de generar aquellos cambios necesarios que ayuden a asegurar en sus comunidades las condiciones de vida favorables para la justicia, la solidaridad y la paz, «porque el espíritu de caridad en modo alguno prohíbe el ejercicio fecundo y organizado de la acción social caritativa, sino que lo impone obligatoriamente» (GS 88).

²³ Carlos Garfias Merlos, Arzobispo de Morelia, Utopías, Revista de la Arquidiócesis de Morelia, año 2021, no. 25

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

Siendo el sacerdote discípulo del Señor, le corresponde imitar su vida y replicar sus enseñanzas. «Gustar las cosas de arriba no disminuye la importancia de la misión que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano» (GS 57).

La vida pastoral del sacerdote es muy diversa, entregado a la santificación de sus ovejas, busca las maneras para que su comunidad siga creciendo en el bien suscitado por el Espíritu Santo. Sensible a los peligros que amenazan a su rebaño, hace sinergia con diversos actores de la sociedad para lograr los beneficios que ofrezcan un mejor vivir para sus feligreses. En medio de todos estos esfuerzos, no se pueden olvidar aquellos que ayudan a construir la paz, «el deseo de paz se corresponde con un principio moral fundamental, a saber, con el derecho y el deber a un desarrollo integral, social, comunitario, que forma parte del diseño de Dios sobre el hombre. El hombre está hecho para la paz, que es un don de Dios».

En estos tiempos de violencia y agresividad es urgente trabajar para lograr una verdadera cultura de la paz. Estos tiempos ofrecen una oportunidad histórica para que la Iglesia se convierta en actor de la vida social, asumiendo su papel evangélico de ofrecer a los hombres el anuncio de la paz emparejado con la promoción humana.

Es necesario que nuestras programaciones, acciones, subsidios y formación en las diferentes pastorales tengan como eje transversal la cultura de la paz y se incluyan las experiencias que otras personas e instituciones han logrado en este campo.

²⁴Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI por la 47 Jornada Mundial de la Paz, 1/01/2013

Comparto con ustedes cinco ejes que como sacerdotes podemos aportar a la construcción de la paz propuestos por el Arzobispo de Morelia Carlos Garfias Merlos:

1. Oración por la paz

Acciones concretas que podemos implementar son: la Eucaristía por la paz; el Rosario por la paz; la Hora Santa por la paz; procesiones por la paz y las víctimas de la violencia; los Espacios Sagrados por las víctimas de las violencias, etc.

2. Fomentar ambientes, lenguajes y expresiones relacionadas con la paz

Entre otras acciones se pueden llevar a cabo Jornadas de Formación Técnica en Respuesta en Crisis; ofrecer la Formación de los catequistas como constructores de Paz; impulsar desde la Pastoral Familiar una verdadera educación para la paz a las nuevas generaciones; así como la educación para la justicia y la paz de los jóvenes desde la Pastoral Juvenil.

3. Crear vínculos y estrategias eclesiales y sociales para la construcción de la paz, fomentando el diálogo social

Dar respuesta a la situación de crisis y de inseguridad no es solo competencia del Estado, sino de toda la sociedad, por eso es necesario la vinculación con Organizaciones, Colectivos y Asociaciones que trabajan para lograr el objetivo de la paz.

²⁵ Carlos Garfias Merlos, Arzobispo de Morelia, Utopías, Revista de la Arquidiócesis de Morelia, año 2021, no. 25

4. La formación permanente del presbiterio para la construcción de la paz

Las acciones que se pueden implementar en este campo de la vida sacerdotal son cursos y talleres de capacitación de intervención

5. Atención integral a las víctimas de la violencia

Cuando las personas o las familias son golpeadas por algunas de las formas de violencia más agresivas, se encuentran en una situación de indefensión y alta vulnerabilidad, que puede derivar hasta en una situación de terror y de encerramiento.

Busquemos ofrecer recursos espirituales y pastorales para que estas personas y familias en situación de mucho dolor puedan recibir el acompañamiento que requieren. El recurso de una comunidad cristiana que acoge y acompaña en la fe, suele ser de mucho valor, lo mismo que el recurso de la palabra de Dios que anima, consuela y alienta la esperanza en las situaciones difíciles. Capacitémonos para escuchar, generando una relación de confianza y de apoyo moral y espiritual, de manera que podamos reducir al máximo los efectos de la violencia en las personas, en las familias y en las comunidades.

Es importante reconocer que ante el panorama de violencia extendida por todo el territorio nacional, el trabajo parece abrumador. Es posible que un sacerdote solo o una comunidad no alcance a dar respuesta a todas las exigencias de la cultura de la paz. Sin embargo, es esperanzador que los esfuerzos puedan ser unidos y compartidos por las diferentes instancias de la vida diocesana, entre ellos el Decanato.

Es decir, se pueden promover acciones comunes, así como espacios de formación y encuentro en el Decanato, diversificando así las acciones y los recursos para obtener mejores resultados.

No está por demás recordar que la respuesta de Dios a las oraciones y súplicas de tantos fieles y de la Iglesia en general por la paz, la encuentra en los sacerdotes de Cristo.

Para el compromiso

¿Qué acciones concretas puedes emprender en tu parroquia para construir la cultura de la paz?

Como Decanato ¿es posible que se asuma una acción concreta que ayude a la construcción de la paz?



TEMA 4
FE Y COMPROMISO SOCIAL,
LA PARTICIPACIÓN EN LA COMUNIDAD HUMANA,
DESAFÍOS A LA PASTORAL SOCIAL EN NUESTRO TIEMPO.

*Pbro. Lic. Paulo César Barajas García.
Licenciado en Ciencias Sociales.*

La vida cristiana personal debe asumirse reconociendo que el Evangelio es fuente, no sólo de una relación individual con Dios sino, de una relación en la que la vida social llega a ser ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos, por ello tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales, de modo que la fe, si ha sido verdaderamente aceptada, incide sobre nuestra vida integralmente.

A través del presente texto deseamos presentar algunos de los desafíos que en nuestro específico contexto diocesano y nacional enfrenta la actividad pastoral en su dimensión social. En el discernimiento de los desafíos contemporáneos, la luz que los principios de la Doctrina Social de la Iglesia nos ofrecen, nos conducirá a reconocer diversas tareas a impulsar fundados en la Caridad en la verdad testimoniada por Jesucristo «principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad».

²⁶Cfr. *Evangelii gaudium* n. 180. En adelante EG.

²⁷*Caritas in veritate* n. 1.

1.-Un primer acercamiento...

Partamos de alguno de los desafíos de la realidad que para pastoral social señalaba ya nuestro II Sínodo Diocesano, donde no sin maravillarnos descubrimos la actualidad y vigencia de las palabras que desde hace casi treinta años nos acompañan.

Entre otros el II Sínodo Diocesano indicaba como prevalencia en general en la comunidad Diocesana *un desconocimiento y poco aprecio de la Doctrina social de la Iglesia, así como la no equilibrada integración de la pastoral social con la pastoral profética y litúrgica*. Señalaba también *la poca preocupación por la formación sistemática de los laicos a fin de que asuman, la responsabilidad de ser fermento transformador de la sociedad, así como la separación entre actuación y creencia frente a la gravedad de los problemas sociales que se dan en nuestro ambiente socio-cultural y contradicen nuestro ser de cristianos*, cabe señalar que este último desafío resuena en lo que en cierta manera identificará el PGP *como el problema antropológico cultural de los católicos en nuestro país*.

²⁸Cfr. Documento Conclusivo II Sínodo Diocesano de la Arquidiócesis de Guadalajara, Desafío n. 126. En adelante IISD

²⁹Cfr. IISD, Desafío n. 127.

³⁰Cfr. IISD, Desafío n. 129.

Otro elemento a considerar como *una de las claves más importante* de este trabajo, y que determinará nuestro actuar pastoral en estos ámbitos, es sin duda *la necesidad de favorecer la sensibilización de los sacerdotes, de los religiosos y de las religiosas ante los problemas sociales que padecemos*, que el Segundo Sínodo Diocesano señalaba en el desafío n. 131.

A la vez, entre las líneas pastorales que el Segundo Sínodo mencionaba está la de *promover la difusión de la Doctrina social de la Iglesia referente a la política, a la economía, a la cultura, a los derechos humanos y su aplicación a la realidad de la diócesis a través de medios eficaces*, que también encontramos en el PGP en los nn. 80 y 176 (a); otra línea señalaba *la necesidad de impulsar la capacitación y la formación de equipos de sacerdotes, religiosos y laicos que tengan carisma para atender problemas sociales urgentes, como drogadicción, alcoholismo, prostitución, emigrantes, indigentes, niños de la calle, empleadas domésticas, enfermos de sida, etc., a quienes podemos incluir en el n. 402 del Documento de Aparecida en el que se enumeran los nuevos rostros sufrientes de Cristo.*

³¹ Cfr. IISD, Desafío n. 133.

³² Cfr. IISD, Desafío n. 134.

³³ El Documento de Aparecida en el n. 402 nos presenta los rostros de los nuevos excluidos en: *los migrantes, las víctimas de la violencia, los desplazados y refugiados, las víctimas del tráfico de personas y secuestros, los desaparecidos, los enfermos de HIV y de enfermedades endémicas, tóxico dependientes, los adultos mayores, los niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o explotados en el trabajo infantil, las mujeres maltratadas, las personas víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas*

Una más de las “*intuiciones pastorales*” de nuestro citado Sínodo Diocesano y que es de las más identificadas también hoy en el PGP es la necesidad de *que en los materiales de catequesis haya contenidos de la Doctrina social de la Iglesia para responder mejor al Evangelio de la caridad y las exigencias de la Nueva Evangelización*.

Por otra parte, algunas de las disposiciones del Sínodo, llamaban a:

- despertar y avivar, en los fieles laicos, la dimensión social de la caridad, procurando la realización del bien común desde la propia área de competencia.

- procurar que, en la formación permanente para el presbiterio, se tome muy en cuenta la actualización en los temas básicos de la pastoral social y la profundización en la Doctrina social de la Iglesia.

Además de la necesidad de que todas las parroquias tuvieran junto con otros equipos, el equipo específico de pastoral social; la necesidad de formación de especialistas en la Doctrina social de la Iglesia; la necesaria elaboración de material orientador para impulsar la pastoral social en los distintos ambientes y niveles de nuestra realidad diocesana e impulsar diversas iniciativas que ayuden a despertar el compromiso por la promoción humana integral, como parte de la tarea evangelizadora de nuestra comunidad.

que viven en la calle de las grandes urbes, los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros.

³⁴Cfr. Cfr. IISD, Desafío n. 136.

³⁵Cfr. Conferencia del Episcopado Mexicano, Proyecto Global de Pastoral 2031-2033, nn. 80 y 176 (a); En adelante PGP.

³⁶Cfr. IISD Disposición n. 26.

³⁷Cfr. IISD Disposición n. 27.

Estos elementos presentan ya así ante nuestro horizonte algunas urgencias pastorales que han llegado hasta nuestros días, algunas casi intactas, y que nos llaman a una cotidiana vivencia de la Caridad y a la integración progresiva de la DSI en nuestra vida pastoral;

Señalamos sin embargo que, por la necesidad de circunscribir este tema, quedará pendiente a otro momento analizar los desafíos que tanto el estilo de vida de las grandes ciudades como el cuidado de la casa común, significan para la Pastoral Social de hoy.

2.- Los acentos del Proyecto Global de Pastoral 2031-2033 para la Pastoral Social.

El Plan Global de Pastoral 2031-2033 de la CEM, es un proyecto que no se pretende atropellar, suplantar o nulificar lo que cada diócesis hace; sino que ofrece, mediante un estudio sistemático y profundo de la realidad nacional es sus distintas dimensiones, una serie de criterios que faciliten la eficacia de tales tareas, mediante un ejercicio pastoral más coordinado, sinérgico, transversal, subsidiario y gradual.

El PGP busca precisar y responder al núcleo problemático que aglutinó toda la realidad expresada y que es denominado *problema antropológico-cultural*: “...Por eso, con más fuerza y convicción creyente que nunca, queremos ahora afirmar, con corazón y mente de pastores, que para nosotros *el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor*.

Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (GS 22).

A partir de lo cual se reconoce la urgencia de que, valorando nuestra dignidad común, junto a otros hermanos que desde otras trincheras trabajan por este noble empeño, delante de Dios y como una responsabilidad histórica se busquen concretizar nuestras respuestas a las situaciones que hoy aquejan nuestra nación y que son una llamada a la conversión pastoral.

En concreto la tercera parte del PGP se busca que toda la Iglesia en México reconozca la gravedad y necesidad de algunas opciones pastorales para acompañar y afrontar estos momentos cruciales de nuestro país y de la humanidad. Se han identificado y se presentan así **seis opciones pastorales** con una serie correspondiente **compromisos** buscan de manera operativa ser la respuesta que los miembros de la Iglesia en México estamos llamados a aportar desde lo que nos es propio, de manera humilde, respetuosa, dialogante, incluyente, pero a la vez que valiente y profética, en orden a la construcción de una sociedad más humana y que procure el desarrollo integral de sus miembros a la luz de Jesucristo Redentor y de Santa María de Guadalupe.

³⁸Cfr. PGP n. 87.

³⁹Cfr. PGP n. 164.

A continuación, mencionamos las *opciones* establecidas en el PGP, resaltando aquellas que directamente se vinculan a la pastoral social, además de los ejes *fundamentales* que en el actual trienio 2021-2024, la CEM ha establecido, así como los *compromisos pastorales* que tocan directamente la pastoral que nos ocupa. Para una visión completa de las opciones pastorales, su especificación y el total de los compromisos pastorales referimos a los correspondientes números del PGP.

a- Opción por una Iglesia que anuncia y construye la dignidad humana.

De esta opción se ha establecido el *Eje Familia*, desde el que se llama a implementar el compromiso pastoral de atender especialmente a las necesidades materiales y espirituales de la familia, base fundamental de la sociedad y de la Iglesia, para que cumpla su misión de educar en los valores humanos y cristianos (PGP 173 d).

b- Opción por una Iglesia comprometida con la paz y las causas sociales.

De esta opción surge un primer *Eje* que mira a la *Violencia*: por el que se llama implementar el compromiso pastoral de dialogar y colaborar con la sociedad civil y con los organismos nacionales e internacionales para construir la paz.

⁴⁰Cfr. PGP nn. 172-188.

⁴¹Cfr. PGP 176 c.

A la vez se identifica un segundo *Eje* que mira a los *Migrantes*: en el que se reconoce el compromiso pastoral de recibir con caridad, acompañar, defender los derechos e integrar a los hermanos y hermanas migrantes que transiten o deseen permanecer con nosotros.

c- Opción por una Iglesia que comparte con los adolescentes y jóvenes, la tarea de hacer un país lleno de esperanza, alegría y vida plena.

Desde esta opción se establece el *Eje Jóvenes*, en el que se propone instrumentar iniciativas pastorales para acercarnos a los adolescentes y jóvenes en sus diversas realidades y ambientes campesino, indígena, estudiantil, obrero, migrante, urbano y como jóvenes adultos, con una disposición a la escucha y al diálogo, ayudando a fortalecer su proyecto de vida.

⁴²Cfr. PGP 176 f.

⁴³Cfr. PGP 188 b.

Finalmente enunciamos sin buscar ser exhaustivos quince de los compromisos pastorales del PGP que nacen de las seis opciones y que se refieren a tareas que tienen vinculación inmediata con la pastoral social, entre los cuales:

1. Destacar en los espacios eclesiales de evangelización y catequesis una formación antropológica cristiana de manera integral y sistemática, presentando con claridad la persona de Jesucristo como modelo de hombre desde una perspectiva kerigmática. **n. 173 a.**
2. Incorporar la Doctrina Social de la Iglesia como un eje transversal en la formación de los agentes de pastoral, en las catequesis ordinarias y pre-sacramentales de todos los fieles cristianos. **n. 175 a**
3. Impulsar y reconstruir el sentido comunitario de nuestras comunidades, para que toda persona se involucre y participe en las causas sociales de la sociedad. **n. 175 b.**
4. Fomentar el sentido de responsabilidad civil de los ciudadanos. **n. 175 f.**
5. Implementar las estructuras necesarias a través de los diversos consejos de pastoral y asuntos económicos en las parroquias, para favorecer la colaboración de los laicos y hacer operativos los principios de comunión y participación. **n. 179 b.**
6. Promover el liderazgo femenino y una participación más amplia en la vida de la Iglesia desde un auténtico respeto a su dignidad. **n. 179 e.**
7. Como una Iglesia en salida, fortalecer la experiencia de la Misión Continental, así como la misión “Ad gentes”, a fin de que podamos hacernos presentes en todas las periferias existenciales y geográficas. **n. 183 a.**

8. Realizar con efectividad y creatividad, en los diferentes ámbitos eclesiales, el compromiso de hacer una Iglesia pobre para los pobres (EG 198). **n. 186 a.**
9. Implementar y hacer crecer centros de escucha y atención a víctimas. **n. 186 b.**
10. Identificar y acompañar a los grupos vulnerables de nuestra sociedad: migrantes, mujeres violentadas, indigentes, damnificados por los constantes desastres de la naturaleza, jóvenes en situaciones de riesgo, enfermos y presos, entre otros. **n. 186 c.**
11. Crear centros de apoyo para el desarrollo integral de las personas, impulsando de manera especial, la promoción económica para el trabajo comunitario y solidario. **n. 186 d.**
12. Crear o fortalecer los grupos de Cáritas. **n. 186 e.**
13. Promover iniciativas de educación y desarrollo humano integral de los adolescentes y jóvenes en nuestras parroquias, en espacios donde se sientan atendidos y acompañados, con el esfuerzo y la participación de los mismos jóvenes y de las familias. **n. 188 a.**
14. Instrumentar iniciativas pastorales para acercarnos a los adolescentes y jóvenes en sus diversas realidades y ambientes: campesino, indígena, estudiantil, obrero, migrante, urbano y como jóvenes adultos, con una disposición a la escucha y al diálogo, ayudando a fortalecer su proyecto de vida. **n. 188 b.**
15. Realizar proyectos pastorales encaminados a acompañar y ayudar a los jóvenes en riesgo de: violencia, narcotráfico, prostitución, trata de personas, etc., con ambientes más sanos que les ayude a desarrollar su espíritu juvenil. **188 e.**

3.-La importancia de la Doctrina de la Iglesia para inspirar una respuesta Pastoral

Sin lugar a duda, la búsqueda de la conversión cristiana nos exige revisar «especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común». Creemos en que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estemos llamados a la plenitud eterna. Por ello vivencia de integral de nuestra fe, no ha de permanecer sin influir en la vida social y nacional, o sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, o sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos.

Encontramos también esta inquietud en el objetivo diocesano del VI plan pastoral al señalar la importancia de *la formación integral permanente de laicos y consagrados*. Ya el Papa Benedicto XVI advertía en la *Caritas in veritate* que «Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. En efecto, “el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez”».

La reflexión y la formación permanente específica es una tarea que incumbe a las comunidades cristianas desde las cuales se podrá tanto analizar con objetividad y sin filtros la situación propia, para reconocer cuánto y cómo inciden, en cada realidad, las graves cuestiones sociales que afectan al mundo actual, y de este discernimiento podrán surgir las respuestas pastorales que hagan presente la misericordia en las periferias existenciales identificadas.

⁴⁴Cfr. EG n. 182. ⁴⁵Cfr. EG n. 183.

⁴⁶Cfr. VI Plan Diocesano de pastoral n. 107. ⁴⁷CV n. 30.

Para cada uno de nuestros procesos pastorales, aun para los más recientes, sin duda que el inicio de los procesos de formación permanente como parte de las acciones prioritarias, serán de gran ayuda en el origen de obras que permitan ir realizando los compromisos pastorales, las opciones y los objetivos que cada comunidad cristiana haya identificado y asumido. Sin duda que el conjunto del pensamiento social de la Iglesia que, siendo positivo y propositivo, se orienta a una acción transformadora, favorecerá la creatividad y empeño para que la Iglesia sea un signo de la esperanza que brota del amor a Dios en nuestros hermanos.

4.-Promover la renovación eclesial desde la conversión pastoral y misionera

En la búsqueda de la renovación eclesial, en la comunión con el Señor, estamos llamados a procurar los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. En la Iglesia ya no es suficiente una «simple administración» es urgente tomar conciencia de la llamada a un «estado permanente de misión»; a **una renovación**, entendida como apertura a una permanente reforma de nosotros mismos por fidelidad a Jesucristo, donde las estructuras posean una vida que las anime, las sostenga y las juzgue, reconociendo la indispensable «fidelidad de la Iglesia a la propia vocación».

⁴⁸Cfr. EG n. 182.

⁴⁹Cfr. EG n. 25.

⁵⁰Cfr. EG n. 26.

La búsqueda de esta renovación eclesial, nos llama a asumir la **“opción misionera”** que es capaz de transformarlo todo: costumbres, estilos, horarios y lenguajes. El ser **“más misionera”**, de la pastoral ordinaria significa que sea más expansiva y abierta, favoreciendo por el testimonio y vida de los agentes pastorales la respuesta positiva del total de los bautizados, aquellos a quienes Jesús ha convocado a su amistad.

En este proceso de misión a la que hemos sido llamado en los distintos niveles eclesiales, cada Parroquia ha de ser reconocida y asumida como una estructura aun válida, pero que también puede ser enriquecida por la plasticidad y favorecida por la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Para ella, la llamada a reformarse y adaptarse significa una mayor relación y contacto con los hogares y con la vida del pueblo, evitando convertirse en un ente aislado, elitista y autorreferencial al interno de la comunidad. Las comunidades están llamadas a ser verdaderamente ámbitos de viva comunión y participación, en colaboración con las demás instituciones eclesiales que actúan en favor de la evangelización.

⁵¹Cfr. EG n. 26.

⁵²Cfr. EG n. 28.

⁵³Cfr. EG n. 29. El Papa Francisco nos invita en EG a reconocer que las demás instituciones eclesiales, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. Evitando parcializar el Evangelio y la Iglesia, y que no se conviertan en nómadas sin raíces.

En cada lugar donde se encuentra, la Iglesia está llamada a mirar en dirección de los más necesitados, de las periferias del propio territorio y de los nuevos ámbitos socioculturales; con permanente discernimiento, purificación y reforma, y fomentando la comunión misionera de las primeras comunidades cristianas, donde *los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma*.

Además de ser fuente y signo de comunión, la Iglesia, con su Pastoral Social, y como ya se señaló, debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan.

5.-Evangelización de lo social y Dimensión social de la Evangelización.

La *Evangelii gaudium*, del Papa Francisco ha sido una específica ocasión para profundizar en “*La dimensión social de la Evangelización*”, llamándonos a reconocer que la evangelización posee una dimensión social, que debe estar debidamente explicitada, para no desfigurar el sentido auténtico e integral de la misión evangelizadora, es por tanto dimensión necesaria para la integralidad de la obra de evangelización.

⁵⁴Cfr. EG n. 30.

⁵⁵Cfr. EG n. 31. Cfr. Hch 4,32.

⁵⁶Cfr. EG n. 176.

Nos dice el Papa que en el *kerygma* hemos de reconocer un contenido ineludiblemente social, pues en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. Por ello la caridad hacia cada hombre es el centro de la inmediata repercusión moral del contenido del primer anuncio. Así quien sinceramente acepta el anuncio del Evangelio ha de asumir libremente las consecuencias que en él se contienen, y está llamado a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, asumiendo en la propia vida el deseo del bien de los demás. Creer en Dios, es para cada hombre una llamada a amar el bien de todos los hombres.

Nuestra fe nos llama a salir de nosotros mismo hacia los hermanos, como respuesta a la donación gratuita de Dios. Por ello el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia. Señala el Papa Francisco que, de la naturaleza misma de la Iglesia, brota la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve, por lo que podemos reconocer que la Iglesia es caritativa por naturaleza. La íntima conexión presente entre evangelización y promoción humana que nos señalan los evangelios, ha de expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora.

El Evangelio es fuente no sólo de una relación personal con Dios sino de una relación en la que la vida social llega a ser ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. El anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. La fe si ha sido verdaderamente aceptada incide sobre nuestra vida integralmente.

⁵⁷Cfr. EG n. 177.

⁵⁸Cfr. EG n. 179.

⁵⁹Cfr. EG n. 180.

Conclusión.

La parte más importante de este espacio de reflexión será no solo darnos cuenta de los desafío y retos que enfrentamos como Iglesia y como sociedad en el ámbito de nuestras relaciones comunitarias, sino el que como seres relationales nos abramos a la comunión, dando lugar aquellas respuestas y procesos que favorezcan que todos los seres humanos puedan vivir en conformidad a la dignidad que han recibido y de Dios.

Y que todo lo que se ve como una propuesta en lo que anteriormente se ha expuesto pueda impulsar a reconocer aquello que está realmente presente en el propio contexto y comunidad, para que juntos se pueda crecer y purificar lo que es contrario a una vida humana digna.

De manera particular es urgente reconocer y asumir que la Iglesia sigue siendo espacio de humanización y maestra en humanidad, sobre todo en momentos en los que reaparecen posturas opuestas a su participación en la vida social. Así es la Iglesia misma la que está llamada a reconocer no solo su vocación a guiar a los hombres al encuentro eterno con el Creador y a hacer presente el reino de Dios en la historia, sino a insistir y dar testimonio ante la humanidad de que: *«la caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad»*

TEMA 5
EL SILENCIO PARA LA SABIDURÍA:
LOS SACERDOTES MAYORES.

*Pbro. Jorge Luna Casillas.
Licenciado en Diseño Gráfico.*

“El silencio es precioso, sobre todo en este bullicio de la ciudad moderna. En un mundo de ir y venir, subirse al vehículo del silencio es como conquistar la fortaleza, la cordura y la paz. Percibimos que el silencio es un gran maestro para aprender sus lecciones, se debe prestar atención: ¿Quieres aprender a ser creativo? Silencio... ¿Quieres la estabilidad?... Silencio ¿Quieres vivir la sabiduría?... Silencio, ¿Quieres llegar ya al final del viaje que es el Señor?... Silencio. En este momento está el Señor contigo, deja que se calmen las aguas de las preocupaciones, deja tus sueños, tus dolores,...”

Esperamos sinceramente que estas sugerencias cumplan el objetivo de hacer más llevadera la vida de los sacerdotes adultos mayores. La preocupación de la Iglesia por la atención pastoral de los sacerdotes mayores es ciertamente necesaria; pero se torna más urgente en los últimos años al creciente abandono que sufren las personas mayores de parte de la sociedad, incluso de sus propias familias.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

En numerosas oportunidades San Juan Pablo II señaló la necesidad de “priorizar” y “centralizar” toda acción pastoral al interno de la vida consagrada. El lugar de las personas mayores está en el seno de sus propias

familias, y allí merecen una atención privilegiada por deber de gratitud y veneración. Recordamos que en las Sagradas Escrituras se presenta al anciano como “*símbolo de la persona rica en sabiduría y llena de respeto a Dios*” (Eclesiástico 25, 4-8).

El valor de la vida no puede juzgarse “principal y exclusivamente como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas relacionales, espirituales y religiosas de la existencia” Evangelium Vitae, n. 23

Nos dice el Santo Padre Francisco en su alocución a la unión de Movimientos Diocesanos de Personas Ancianas de Italia el 23 de marzo de 2020: “La entrada en la tercera edad ha de considerarse como un privilegio; y no sólo porque no todos tienen la suerte de alcanzar esta meta; si no también y sobre todo, porque ésta es el periodo de las posibilidades concretas de volver a considerar mejor el pasado, de conocer y de vivir más profundamente el misterio pascual, de convertirse en ejemplo de la Iglesia para todo el Pueblo de Dios”.

Advierte también que “aprender a envejecer requiere sabiduría y valor”, porque la experiencia de la vejez es uno de los capítulos más difíciles del gran arte de vivir”.

Todos debemos sentirnos invitados a estimar y valorar a las personas de edad, a acompañarlas y ayudarlas. A su vez, los sacerdotes mayores deben esforzarse para asumir un rol activo tanto en la Iglesia como en la sociedad.

Es un hecho triste, pero real, la falta de preocupación cuando un verdadero abandono que se da en muchas diócesis en orden a la atención de sus mayores. Muchos son “excluidos” del trato normal con sus familiares y comunidades; muchos son «marginados» por las graves deficiencias en la atención de la salud. Junto a esta triste realidad también falta en gran medida una adecuada atención humana, espiritual y religiosa. Es deber y misión de la Comunidad Eclesial llevar la “Buena Nueva” a sus miembros de más edad. Es necesario conocer la situación de su fe, pues “el anciano puede haber llegado a esa edad con una fe sólida y rica... otros viven una fe más o menos oscurecida y una débil práctica cristiana...; a veces el anciano sacerdote llega a su edad con profundas heridas en el alma y en el cuerpo. Cada una de estas situaciones requiere un acompañamiento particular para acrecentar la Fe y sostener la Esperanza en la Vida Futura.

En el actual contexto social y cultural en México, requerimos de una Iglesia que continuamente evalúe sus acciones en una estructura pastoral, los sacerdotes mayores no se pueden considerar como una clase jubilada y se deben ajustar al Espíritu de Jesús y al testimonio de su justicia y caridad como Don del Padre.

La Pastoral de los Sacerdotes Mayores vista desde este ángulo, tiene una práctica real que define el comportamiento que producen las obras de carácter religioso para la salvación integral y la construcción del Reino. Es una acción dirigida ***hacia el interior***, que consolida el tejido de quien ha sido llamado a servir a la comunidad cristiana como Iglesia y ***hacia el exterior*** la transforma, cuando está presente en todas las actividades temporales de los sacerdotes mayores.

Dentro de la Iglesia, sacerdotes mayores que de acuerdo a sus carismas dan testimonio de la esperanza de Jesús y se comprometen con el Mensaje de salvación. En esta obra, busquemos orientar las acciones en favor de los hermanos sacerdotes mayores que incluyen también a los obispos eméritos.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO

En un principio al analizar e interpretar la realidad mediante la aplicación de las ciencias humanas, como la Geriatría, la Gerontología, Antropología Social, etc, se recurre a la reflexión teológica para descubrir, desde la fe, los elementos permanentes y los transitorios o eventuales; se confrontan los datos de la realidad con la voluntad de Dios, se deducen los nuevos principios de acción y se determinan prioridades. La acción Pastoral actualiza la vida de Jesús al constituir al pueblo de Dios en comunidad de discípulos.

La acción en la Pastoral de los sacerdotes mayores tiene tres momentos inseparables e íntimamente relacionados:

1. El anuncio de Jesús del reino de Dios, como la parte espiritual, fundamental.
2. La liberación de Jesús a los pobres y dolientes, que como parte de un apostolado apoya a cargar con la cruz de la edad y la enfermedad.
3. La creación de Jesús de una comunidad de discípulos (Koinonía) que

dentro de los grupos de apoyo enseña a los sacerdotes adultos mayores a ser amigos de sí mismos y de aquellos que viven circunstancias similares, propicia una conciencia eclesial en la cual todos tenemos **una sola misión**, aunque cada uno tenga su propia y bien diferenciada enfermedad y carácter, además, exista gran diversidad de carismas. Es buscar la unidad en la diversidad de diversidades.

La proclamación de la palabra de Cristo es el fundamento de la comunidad y de la comunión, “que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 8 21). Estos están en condiciones de comprometerse a difundir los tres momentos más importantes:

- El anuncio de la doctrina y vida de Jesús. Sacerdotes ancianos con gran experiencia en el confesionario.
- La catequesis, a través de los puntos esenciales de la fe, “Asimilar una teología como ciencia de la fe, esclarecimiento y desarrollo metódico por medio de la reflexión, de la revelación aceptada y aprendida en la fe”. *La comunión y la participación* son uno de los principales puntos a los que, por la etapa que viven los sacerdotes mayores, deben comprometerse junto con la Jerarquía, inspirados en el pensamiento de los documentos de Puebla, a seguir formando parte del Cuerpo de la Iglesia.

“Cada comunidad eclesial (y de ellos primordialmente los mayores), deberá esforzarse por constituir para la Arquidiócesis, un ejemplo de modo de convivencia, donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor.

Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y, sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, **cualquier otra forma de comunión puramente humana, resulta a la postre incapaz de sustentarse** y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre”.

En la realidad existe una severa distorsión de estos conceptos probablemente por la falsa seguridad que dan los años, existe una separación entre comunión eucarística y comunión eclesial. Con frecuencia se olvida la comunión eclesial, en tanto se mantiene la eucarística. Se da el fenómeno de cristianos sin Iglesia. **En otros casos se da el hecho insólito y más perjudicial de creyentes sin Eucaristía.**

Evitar semejante situación es obligación en conciencia, de todos los que estamos integrados, mediante la actitud de velar por que el crecimiento y desarrollo de nuestros hermanos sacerdotes gastados en edad y cargando la cruz de la enfermedad, se dé a la luz del misterio de la Paternidad de Dios e **impulsar a la participación**, a la fraternidad, a la solidaridad y el apostolado con ellos y de estos con los sacerdotes al frente de las comunidades parroquiales.

La formación permanente debe ayudar a los sacerdotes mayores a hacer una lectura sapiencial de la propia historia personal, a vivirla y experimentarla como verdadera historia de salvación.

Debe ayudar a descubrir la originalidad de la aportación que en este momento de la propia vida cada sacerdote está llamado a hacer al dinamismo de la Iglesia particular, del presbiterio y de toda la pastoral. Una aportación que es fundamental y necesaria, aunque, a veces, no logremos identificarla ni describirla convenientemente. Nos ayuda a ello la exhortación apostólica: «Para estos presbíteros la formación permanente significa tanto un compromiso de estudio, de actualización o de diálogo cultural, cuanto la confirmación serena y alentadora de la misión que todavía están llamados a llevar a cabo en el presbiterio; no sólo porque continúan ejerciendo el ministerio pastoral, sino también por la experiencia que tienen, gracias a su experiencia de vida y de apostolado, de ser valiosos maestros y formadores de otros sacerdotes»

La pastoral no es sólo dimensión, es también finalidad de toda la formación permanente. Como finalidad caracteriza al resto de las dimensiones (humana, espiritual e intelectual), siendo el punto determinante de toda la formación para el sacerdocio y en el sacerdocio. Como sacerdotes intentemos madurar humana, espiritual e intelectualmente para ser buenos pastores entre los hermanos pastores.

Se puede decir que crecemos y maduramos para los demás. De ahí recibimos nuestra formación armonía y unidad: «El camino hacia la madurez requiere no sólo que el sacerdote profundice cada vez más en los diversos aspectos de su formación; exige también, y ante todo, que los sepamos integrar entre sí de manera cada vez más armónica, alcanzando progresivamente la unidad interior, que la caridad pastoral garantice, en

efecto, no sólo coordina y unifica los diversos aspectos de la formación, del sacerdote como transparencia, imagen viva y ministro de Jesús, buen Pastor en todo tiempo y en toda edad».

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO.

La participación de los sacerdotes mayores en la iglesia es de integración:

- Manifestarse como pueblo en todas las áreas de responsabilidad, en su vocación de justicia, paz, amor y salvación de los demás y de sí mismo por su ascendencia.
- Manifestarse como signo o sacramento, es decir, significar, hacer evidente su fuerza de espíritu profético. Esta participación, es hacer una opción por los sacerdotes mayores, ver por sus necesidades, principalmente por los miembros más débiles, indefensos y oprimidos.
- En el servicio de la caridad, el compromiso liberador consiste en que, haciendo uso de la pequeña o gran ascendencia de los sacerdotes mayores nos esforcemos por motivar, convencer en la necesidad de edificar el Reino de Dios dentro de la gran comunidad eclesial, gracias a la participación de todos los sacerdotes formando un solo cuerpo porque es uno solo el llamado.

1. Concientizar a los miembros de la Iglesia y a las comunidades acerca del deber de acompañar y ayudar en forma integral a quienes recorren esta etapa de la vida.
2. “Despertar en los sacerdotes ancianos la conciencia de que todavía tienen una misión que cumplir y una ayuda que dar” y, en la medida de sus posibilidades, darles participación en los diversos campos del apostolado.
3. Invitar a la comunidad parroquial a facilitar la presencia de los sacerdotes mayores en los servicios religiosos regulares y favorecer la continuidad de sus prácticas sacramentales.
4. Ayudar y animar evangélicamente a las familias que convivan con sacerdotes mayores, para que puedan darles vida en el seno de su hogar.
5. Acompañar y asistir a los sacerdotes de edad que por diversos motivos deben permanecer en sus domicilios, o en su defecto en el Nuevo Trinitario sacerdotal.
6. Abogar para que los mayores obtengan jubilaciones dignas, en consonancia a una vida de trabajo mediante la cual “han participado en la obra del Creador”, así como cobertura integral de sus necesidades que son específicas en esta etapa de la vida.

ORACIÓN FINAL

Cristo bendito, Tú voluntad ha sido darle a tu Iglesia una imagen viva que encarne tu caridad como Pastor de tu fiel rebaño. Ilumina a los sacerdotes para que puedan seguir el ejemplo del santo Cura de Ars, que puedan aprender de su sencillez, su carisma y su devoción, y de cómo tu amor y tu palabra nos alimentan y nos instruye, nos enseña el arrepentimiento y nos cura el alama de nuestros pecados, a luchar con paciencia y perseverancia contra las fuerzas y tentaciones del Maligno; enséñanos a nosotros tus sacerdotes el ejemplo del santo Cura de Ars de saber escuchar tu llamado y llevar tu voz a todas las comunidades para que se replique y multiplique la gracia de tu santidad.

TEMA 6

ALGUNOS DESAFÍOS PARA COMUNICAR EL EVANGELIO EN LA CULTURA ACTUAL.

*Pbro. Lic. Juan Carlos Mayorga Enríquez.
Licenciado en Teología Fundamental.*

INTRODUCCIÓN

En el 2022 se cumplieron 60 años del inicio del Concilio Vaticano II. Para la historia de la Iglesia, este acontecimiento es considerado como un nuevo Pentecostés y un verdadero *kairós*. Una de las prioridades del Concilio fue el dar respuestas a los problemas e interrogantes que se presentaban, no solamente entre los católicos, sino en la humanidad entera que se encontraba en un mundo dividido y en una constante transformación.

Como sabemos, la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* fue el documento conclusivo con el que, en un tono propositivo y esperanzador, los padres conciliares ofrecieron respuestas a muchas de las inquietudes del hombre contemporáneo. A la luz de la Revelación y de su propia experiencia, la Iglesia comenzó a tener un diálogo abierto con la humanidad y su cultura. El Concilio comprendía que un número creciente de personas, independientemente de su opción religiosa y su situación moral, habían experimentado la ambigüedad de esta vida y la necesidad de encontrarse con la Verdad.

La *Gaudium et spes* resalta la importancia que tiene la cultura para lograr el verdadero desarrollo integral del ser humano, quien está destinado a un fin que trasciende su propia existencia terrena. Pero, ¿qué entendieron los padres conciliares por el término “cultura”? Textualmente, el documento señala:

“Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales; pretende someter a su dominio, por el conocimiento y el trabajo, el orbe mismo de la tierra; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, en sus obras expresa, comunica y conserva a lo largo de los siglos las grandes experiencias y aspiraciones espirituales para que sirva de provecho a muchos, más aún, a todo el género humano” (GS 53).

Si la cultura comprende todos y cada uno de los aspectos de la vida humana, comprendemos la necesidad de “evangelizar la cultura”, es decir, de entrar en diálogo con ella, para poder ser la sal de la tierra y la luz de un mundo que vive en oscuridad (cf. Mt 5, 13-16).

Una situación cultural cada vez más compleja

La mayoría de los expertos coinciden en que nos encontramos en un momento peculiar de la historia, en el que no solamente se están dando una serie de cambios superficiales, sino que estamos ante lo que han

denominado como un “cambio de época”. La misma Iglesia tomó conciencia de este cambio, principalmente a partir del Documento de Aparecida. En él se señala: “Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios” (No. 44).

¿Cuáles podrían ser algunas de las manifestaciones de este cambio que también se presentan como desafíos para nosotros como pastores? Sin pretender dar una lista exhaustiva y una descripción detallada de cada una de estas manifestaciones, podemos señalar las siguientes:

1. Paso del entorno “VICA” al entorno “FANI”

A finales del siglo pasado, se acuñó el término “VICA” para describir el entorno o ambiente que se vivía en la sociedad mundial. Este vocablo designa los siguientes términos: “Volátil, Incierto, Complejo y Ambiguo”. Esta descripción de la realidad, no es ajena a nuestra propia percepción. Todo es cada vez más volátil, y no sólo la economía. La incertidumbre y falta de credibilidad es algo que ha afectado tanto a las grandes instituciones, como a la mayoría de las relaciones interpersonales.

La realidad es cada vez más compleja, pues con el internet se han multiplicado las opciones y las posibles respuestas a los problemas e interrogantes, que anteriormente, eran más sencillos. También, vivimos en un entorno ambiguo, en el que la verdad queda diluida en un mar infinito de opiniones.

No obstante, en el 2019 la humanidad experimentó algo completamente disruptivo: una pandemia, que como efecto inmediato, llevó a una crisis sanitaria global. Este fenómeno de la pandemia, con todo lo que implicó el confinamiento, las muertes y las consecuencias de la enfermedad del COVID en un número considerable de personas, al igual que las crisis económicas y de desabasto de materias primas, han hecho que el panorama mundial se reconfigurara. Los analistas señalan que hemos pasado de un entorno VICA (Volátil, Incierto, Complejo y Ambiguo) a un entorno que se ha denominado como FANI: (Frágil, Ansioso, No lineal e Incomprensible).

A partir de la pandemia, la humanidad volvió a tomar conciencia de la *fragilidad* de su condición mortal. Ahora, más que antes, sabemos que ningún sistema de salud o medicamento pueden asegurar que el desenlace de un padecimiento no culmine en la muerte. Además, estamos ante un momento marcado por una *ansiedad* generalizada. Tenemos noticia de que los problemas de salud mental se han elevado considerablemente en los últimos 2 años.

También, vivimos en una etapa marcada por la *no linealidad*, en el que se ha perdido el sentido común de la realidad. Lo que antes era lógico, como lo era la idea de familia y de la sexualidad humana, ahora ya no lo es. Y por último, la *hipersaturación* de la información y el relativismo han hecho que la realidad se perciba, no sólo como ambigua, sino como incomprensible. Por este motivo, cada vez importa menos saber qué es la verdad.

2. *Deconstrucción cultural*

La cultura que se había forjado a lo largo de siglos, y que tiene profundas raíces cristianas, ha sido desmantelada de sus principales cimientos en las últimas décadas. La idea de un cambio cultural no es algo nuevo, pues desde la época la Ilustración, se comenzó con el proyecto de una nueva humanidad que prescindía de la religión y de Dios. Sin embargo, la novedad está en el cambio de estrategia para lograr tal fin.

El Iluminismo pretendió instruir al hombre y a la mujer para que, iluminados por la “diosa razón”, pudieran gestar esa nueva humanidad “más adulta” y sin Dios. No obstante, en las últimas décadas, la estrategia al parecer cambió. La deconstrucción de la cultura tradicional que ahora se está llevando a cabo, y con mejores resultados, consiste en hacer a la persona cada vez más idiota, es decir, sin ideas y menos pensante. Si el énfasis en la educación, en el siglo pasado, estaba en el conocimiento de las ciencias empíricas, ahora los modelos educativos parecen que apuestan a que la persona piense menos, y sea cada vez más esclavo de sus emociones. Tan sólo veamos la indigencia de nuestro lenguaje. Sabemos que las nuevas generaciones conocen y usan menos palabras que nosotros.

Pero, si las palabras son el vehículo para las ideas, esto significa que se está presentando un acortamiento también de la capacidad pensante, pues al tener menos palabras, se generan menos ideas. Esto explica por qué la falta de juicio y la ignorancia aparecen como verdaderas lacras de la humanidad, aun cuando ésta ha superado el analfabetismo que se vivía hace siglos.

Aquí y allá, nacen nuevos fundamentalismos políticos, religiosos e ideológicos, que llevan a la polarización y destrucción de una sociedad, cada vez más dividida por la defensa irracional y ciega de errores y mentiras, que se defienden como si fueran verdades absolutas.

Ahora bien, si se está configurando una sociedad cada vez más idiota, ¿qué espacio queda para la fe?

3. Una sociedad adicta y cansada

Los neurólogos y psiquiatras advierten cómo las conductas adictivas se han disparado en la última década. Esto explica por qué la psiquiatría es la rama médica con más demanda en sociedades que denominamos “avanzadas”. Al parecer, ser adicto es más fácil y complejo de lo que se cree. No sólo se habla de adicciones causadas por el consumo de sustancias, como las drogas y el alcohol, sino originadas por otros medios, como puede ser la adicción a la dopamina que se genera por el uso no controlado de la tecnología, principalmente de las redes sociales. También se habla del número gradual de otras adicciones, tales como el consumismo, la adicción al sexo, a situaciones de peligro o de violencia, etc.

Esta creciente situación adictiva ha abonado mucho a lo expuesto en el punto anterior. Una sociedad menos pensante y más adicta tiene los ingredientes perfectos para llevar a la cultura actual a su decadencia.

Nos encontramos en “la sociedad del cansancio”, como lo ha señalado el filósofo coreano Byung-Chul Han.

Él habla de una sociedad que se encuentra agotada y enferma por tantos excesos que ha vivido. Estamos ante una sociedad hastiada de novedades que no logran llenar el vacío que padece.

4. Crecimiento del odio

Otro signo preocupante de nuestra cultura es el crecimiento de las múltiples expresiones de odio entre los seres humanos. A nivel internacional, los conflictos entre las naciones no han disminuido, y todavía existe mucho resentimiento de parte de aquellos países o pueblos que en el pasado fueron reprimidos o explotados. A nivel nacional, podemos observar cómo detrás de la violencia, que lamentablemente es algo cotidiano en nuestras comunidades, existen muchos deseos de venganza y de odio.

Además, el fenómeno de la polarización en las opiniones y opciones políticas, ideológicas o religiosas, ha propiciado que las personas vivamos más divididas y con una mayor exposición a recibir muestras de desprecio y hasta de odio. La falta de respeto por las personas y sus opiniones, han hecho que los foros de opinión y las redes sociales se conviertan en el mayor “ring” de la sociedad, en el que todos nos vemos expuestos a recibir muestras de desprecio o repudio, tan sólo por expresar algo que va en contra de la opinión de otra persona.

Estas son algunas de las múltiples manifestaciones culturales que se presentan en este cambio de época. Sin duda, existen más indicadores y signos que evidencian la fragilidad y complejidad del momento presente.

La realidad nos dice que estamos ante una crisis cultural que está arrastrando a muchos hacia la pérdida del sentido de la vida. No obstante, desde la óptica divina, esta crisis cultural también puede ser un kairós, como lo han sido las otras épocas difíciles de la humanidad. No dudemos que el Esposo sigue impulsado a su Iglesia a remar mar adentro (cf. Lc 5, 4), para que, guiada por la fuerza del Espíritu, continúe siendo el sacramento universal de salvación al servicio de la edificación del Reino (cf. LG 1), en este momento de crisis o cambio época.

Una humanidad herida ante un Corazón traspasado

En las manifestaciones y expresiones de una cultura que está cada vez más deshumanizada, aparece un elemento que ha estado presente tanto en este cambio de época, como en otras etapas de la historia del cristianismo. Este elemento común, presente en esta y las demás crisis culturales de la humanidad, es el ser humano vulnerable, herido y necesitado de la salvación. Una vez más, estamos ante la persona humana que vive el drama de su propia existencia lejos de la casa su Padre, tal como lo experimentó el hermano menor de la parábola de los dos hijos y del Padre misericordioso (cf. Lc 15, 11-32).

No obstante, a diferencia de otras épocas, ahora la persona es menos consciente de su situación lamentable y de la posible toxicidad del ambiente cultural en el que se encuentra. La mayoría de nuestros contemporáneos viven tan cerrados en sí mismos y, quizás, tan satisfechos por los logros materiales que han obtenido, que no pueden darse cuenta de su propia indigencia.

Igualmente, muchos de ellos viven tan distraídos por tantas ocupaciones y expectativas que deben de cumplir, que difícilmente les queda un espacio para “entrar en sí” (cf. Lc 15, 17) para poder caer en la cuenta de que en la casa de su Padre hay más que las simples bellotas que se comen los cerdos.

Posiblemente la pandemia del COVID-19 ayudó a la humanidad a despertar del letargo existencial en el que vivía. La experiencia de la cercanía de la muerte y de la impotencia ante aquello que ni la ciencia, ni el dinero, ni los gobiernos podían remediar, nos hizo levantar la mirada hacia el Único que podía salvarnos. En realidad, las situaciones de vulnerabilidad son aquellas que más nos ponen en contacto con ese Dios vulnerable y herido del que nos hablan los Místicos de la vida espiritual, como San Juan de la Cruz, entre otros. (cf. *Cántico espiritual, Canción 12*). En esos momentos de angustia existencial, es cuando la persona, desnuda de sus falsas seguridades y sedienta de sanación, se encuentra con el Dios sediento y herido por el amor, y que está dispuesto a sanarla y a ser su compañero de camino hacia la Pascua.

Recuperar el diálogo con la cultura

No se puede negar que la situación cultural de los inicios del Concilio Vaticano II y la nuestra son diferentes. Sin embargo, no por ello han dejado de tener validez las enseñanzas e intuiciones que se recogen en la *Gaudium et spes*. Hoy, como en el pasado, es necesario estar en continuo discernimiento y diálogo con la cultura, para poder descubrir las oportunidades que se nos presentan para poder comunicar la alegría del Evangelio.

El diálogo con la cultura, y por ende, el diálogo con los hombres y las mujeres que le dan vida, requiere de ciertas condiciones. El Papa Francisco, en su discurso a los participantes en la Conferencia Internacional para la Paz celebrada en Al-Azhar (El Cairo, Egipto) el 28 de abril de 2017, recordó que el diálogo entre nosotros puede darse siempre que se observen tres reglas fundamentales: 1) el deber de respetar la propia identidad y la de los otros; 2) la valentía de aceptar las diferencias; 3) la voluntad de reconocer la sinceridad de las intenciones del otro. ¿Qué es lo que nos sugieren estas reglas?

1. *El diálogo parte siempre de la propia identidad y del respeto a la identidad de los demás.* Sería una equivocación el pretender ofrecer un Evangelio “aligerado” o “descafeinado”, para que sea bien recibido por aquellos que no se identifican con nuestros valores e ideales. Más bien se trata de tomar conciencia de qué es aquello que es propio de nuestra identidad cristiana y, desde ahí, comunicar nuestra propia experiencia del encuentro con Jesucristo.
2. *Aceptar que el otro piensa diferente a mí.* Antes de formular juicios de la otra persona, debemos partir del hecho que, muy probablemente, nuestro interlocutor ha nacido en un *ethos* diferente al nuestro y ha bebido en otras fuentes. Posiblemente, esa persona piensa y vive con otros criterios y valores, porque no hubo quién le mostrara un rostro más auténtico de Dios.

La invitación es que, sin dejar de lado las diferencias que puedan existir, tengamos más comprensión de su situación y nos enfoquemos más en aquello que tenemos en común y no tanto, en las diferencias que nos separan.

3. Probablemente el otro está equivocado, pero no con una mala intención. Uno de los grandes defectos que tenemos en la comunicación es el no saber escuchar. Esto favorece que nos cueste trabajo comprender realmente al otro, no sólo en sus ideas, sino en sus motivaciones más profundas. La mayoría de quienes se han extraviado en la búsqueda del sentido auténtico de su vida, lo han hecho no con una mala intención. Si existe un número creciente de expresiones culturales deshumanizantes, es porque sus seguidores han encontrado en ellas algo que les da sentido, y por ello, las defienden y consideran valiosas. La invitación radica en tener una mayor apertura y paciencia para tratar de comprender a quiénes viven equivocadamente, pero sin ser conscientes de ello.

A manera de conclusión, traemos a la memoria la conocida frase de san Ireneo de Lyon: *Gloria Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei [est]»* (*Adv. haer. IV, 20, 7*). Que podría parafrasearse de este modo: la gloria de Dios es la plena salud del hombre, y esta consiste en estar en relación profunda con Dios. Y la plena salud o sanación a la que el hombre está llamado, no sólo incluye a la cultura, sino que podría ser que a partir de ella, la humanidad recupere el camino que le conduzca su plena realización.

Algunas preguntas que nos pueden ayudar para nuestra reflexión

- En general, ¿cómo reaccionamos ante la cultura actual? ¿Tenemos una actitud dialogante o defensiva?
- ¿Cuáles otros signos o manifestaciones culturales deshumanizantes descubro en mi ambiente pastoral?
- ¿Cuáles signos positivos encuentro en la cultura actual para comunicar una imagen más auténtica de Jesucristo y de su Iglesia?
- ¿En dónde percibo que se ha roto el diálogo de la fe con la cultura? Es decir, ¿en dónde descubro que nuestros hermanos y hermanas buscan dar sentido a su vida, fuera del proyecto de Dios?
- ¿Cómo podríamos aprovechar mejor la oportunidad que tenemos en la homilía, para responder mejor a las inquietudes existenciales de nuestros hermanos?
- Desde mi ministerio, ¿cómo podría abonar para que el nivel cultural de mi comunidad se “eleve”, es decir, sea más humano?
- ¿Cómo me siento y me sitúo frente a los que no piensan y viven como yo? ¿Qué actitudes nos podrían ayudar en el diálogo con aquellos más alejados?

NOTAS



**ARQUIDIÓCESIS
DE GUADALAJARA**

📞 3316965442 www.formacionpermanentegdl.org

